



CUANDO FLOREZCAN LOS CEREZOS

ANNABEL ARCOS RUIZ



Cuando florezcan los cerezos

Annabel Arcos Ruiz

Baker Street Ediciones



Copyright © 2022 Baker Street Ediciones

© Annabel Arcos Ruiz, 2022

© Baker Street Ediciones, 2022

BAKER STREET EDICIONES
Calle Horno de Haza, 29. 18002 Granada
www.bakerst.es
info@bakerst.es

Directora editorial: Ayes Tortosa
Edición a cargo de: Mar Delgado García
y Víctor Miguel Gallardo Barragán
Diseño de cubierta de Mar Delgado García

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización».

A Aina, a quien le dedico todas las páginas de mi vida.

¿Y en dónde queda, exactamente, ese tal Japón?

Seda, Alessandro Baricco

«El viaje más largo empieza con un primer paso»

Proverbio japonés

La casa está en la parte derecha de la bahía, cerca del hotel que da a la cala donde los bañistas, grandes y pequeños, expertos y torpes, se tiran desde el trampolín. A escasos metros comienza el camino de Ronda, que va desde Tamariu hasta Cala Pedrosa.

El verano se tiñe de sal, pinos y tramontana.

El Mediterráneo se mimetiza con mi piel y la impregna de sal y brisa marina. Al cerrar los ojos puedo imaginar cómo atravieso el mar mientras las olas me acarician libre, sin ataduras. Por las tardes, contemplo el horizonte desde el balcón posando ante mí, en un cielo azul salpicado de rosa flamenco.

La felicidad son estos pequeños momentos.

Tan fugaces como efímeros.

Soy experta en clavar la sombrilla en la arena y que no se mueva en toda la jornada de playa. Nevera con unas piezas de fruta —peras, melocotones y unas rodajas de melón o sandía—, agua y un par de bocadillos minis para Nil y Eva.

—Ven mami, ven, que el agua no está fría —me anima desde la orilla Nil.

Paco se ha puesto el bañador de palmeras azules que le regaló su madre por su 43 cumpleaños. Los rizos se le han acurrucado en la frente como si se fuesen unos espaguetis al dente.

—Yo ya salgo —dice mientras se acerca a la toalla con Eva en brazos y Nil cogido de la mano.

—Mama, ¿por qué tienes las tetas tan largas? —me pregunta Nil.

Ni rastro me queda del pecho erguido. Cuando nacieron, mamá insistió en que sería buenísimo darles el pecho a los niños y que, aunque fuesen mellizos, podría ir alternándolo con algún biberón en caso de que fuese necesario.

—Con calma, Magda, todas hemos pasado por esto, cariño —sentenció en la habitación del hospital delante de la tía Mari y la tía Enriqueta.

No pude negarme. Desde luego, está comprobado médicamente que dar el pecho es bueno para el bebé y también para la madre. Pero ¿y si no quieres hacerlo? ¿te convierte eso en una madre de segunda? Somos dueñas de nuestro cuerpo, aunque no esté médicamente comprobado.

—¡Niños, niños! Secaros bien los pies en la toalla. ¡Ya veréis como vea la abuela que

habéis ensuciado el suelo de casa con la arena!

Papá es un santo. Con los años se ha ido arrinconando, sigiloso y sumiso, a la sombra del carácter controlador de mamá. Ella es la matriarca de la familia, la que parte la pana. La que decide cómo, cuándo y dónde se va. A él ya le va bien. Ha trabajado toda su vida en una compañía de la luz, por todos conocida, y por fin disfruta de una jubilación tranquila al lado de su mujer y centrado en mimar a sus nietos.

—¡Yayo, yayo! Mira, yayo —le reclama Nil dando brincos en la toalla para secarse los pies más rápido—, he pescado un caracol para la paella.

El verano se ha llevado dos dientes de leche de Nil y uno de Eva. El Ratoncito Pérez les ha dejado unas monedas y dos notitas bajo la almohada en las que les recuerda que «solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos».

—Cuando lleguéis a casa me mandáis un wasap. Que no se te vaya a olvidar. Que luego vaciáis el coche, que si la ducha de los niños, la cena y ya no y yo aquí preocupada por si habéis llegado sanos y salvos. Entonces le digo a tu padre: ¿Ves? ¿Ves, Fernando? ¡Qué te había dicho! Luego dice que soy una pesada.

Vaciar las maletas y poner lavadoras. De blanco, color y ropa delicada. Detergente líquido de Marsella. Sin suavizante, que estropea la ropa y además desgasta el color de los tejidos. Paco atiende a los niños y prepara la cena mientras yo cargo con los cestos de ropa llenos hasta rebosar. Bragas de algodón, sujetadores lisos, calzoncillos tipo bóxer y *culottes* para dormir. La paleta de colores de mi ropa interior se reduce a los básicos: gris, negro, blanco y color carne. Sí. El prohibido. ¿Hay algo más feo que unas bragas de color carne? Una faja del mismo tono. También la tengo. El último tanga que me puse fue para asistir a una cena de reencuentro de antiguos alumnos del colegio donde he estudiado: «¡Compañeros y compañeras del Roger de Flor! Os invitamos a la cena de antiguos alumnos el próximo viernes a las 21h en el restaurante La cocina de San Telmo. Adjuntamos ubicación. Se ruega confirmación para la reserva. Saludos a todos».

Tengo que reconocer que ver al guapo de la clase con cuatro pelos y barriga cervecera me animó. Pasé toda la noche charlando con Rocío e Isabel, las compañeras de clase de las que guardo mejor recuerdo. Ambas solteras y sin hijos. La primera había decidido hacerse una fecundación *in vitro* porque no quería renunciar al sueño de ser madre por el mero hecho de no haber encontrado pareja. La segunda no quería ni oír hablar de niños y mucho menos de hombres. Y ahí estaba yo, con el tanga rojo que había rescatado del fin de año anterior, pantalones negros pitillo y camisa blanca.

—¿Cómo se llaman tus hijos? —me pregunta Rocío.

Isabel escucha.

—Eva y Nil.

—¿Y tu marido? —añade.

—Paco.

—¿Y queréis tener más? —insiste.

—¿Hijos? —me adelanto.

— Sí, más hijos. ¿Queréis más o ya os plantáis con dos?

—¿Pero esto qué es, un tercer grado? —respondo con ironía—. Pues no lo sabemos. No nos lo hemos planteado.

—Eso es un «no».

—Es un «no sé, no lo hemos pensado» —la corrijo.

—Entonces sí que queréis tener más hijos.

Lo cierto es que Paco y yo no hemos vuelto a hablar del tema. Por mi parte, me planto. Bastante tengo con el trajín del día a día, el colegio, el AMPA, Pentagrama, mis padres y... ¿Y qué más? Nada más. Mi vida es tan rutinaria que la única curva que hay es la de mi barriga.

—Pues anímate, Magda —insiste Rocío—. Con un poco de suerte igual te vuelves a quedar embarazada de mellizos.

Cuento hasta diez antes de contestar:

—Creo que me planto.

—Lo que yo te decía... que no queréis más.

Me rindo.

Una mañana, nos regalaron un conejo de Indias. Llegó a casa enjaulado. Al mediodía, le abrí la puerta de la jaula. Volví a casa al anochecer y lo encontré tal como lo había dejado: jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad.

El libro de los abrazos. Eduardo Galeano.

Septiembre huele a lápiz, a libreta de cuadrados y anillas, a inicio de curso escolar.

Tengo un amplio abanico de grupos de wasap con nombres, si cabe, de lo más originales. La excusa, es lo de menos. A la gente le gusta esto de crear grupos y ponerles nombres absurdos. Por ejemplo, el grupo de las MILF, en inglés *mother I'd like to fuck* y en el castellano de Cervantes, la madre que quisiera follarme. Magda creó el grupo de wasap en la época en la que todas habíamos sido ya madres y teníamos pareja. Ahora seguimos siendo madres, pero la gran mayoría de amigas nos hemos separado.

La última he sido yo.

El nombre del grupo ha derivado en MFS: madres felizmente separadas. También estoy en grupos con nombres, si cabe, más pedantes o zen, según se quiera ver. El grupo Mar y Montaña, que es de salidas —excursiones— que tanto les da si vamos a la playa como oxigenamos los corazones en la montaña. Y mi preferido, el grupo Candado, que en realidad es un grupo bilateral que comparto con Magda, mi mejor amiga desde la facultad. En él nos contamos nuestros secretos más íntimos, todo aquello que negaríamos hasta la saciedad si nos interrogasen.

—¡María, date prisa!, que está tu padre esperando en la portería.

—Pues que se espere —me responde con desgana adolescente.

—Lleva un cuarto de hora ahí plantado; te lo pido por favor.

—Dile que entre. ¡Ay, no!, que no quieres que pise esta casa —me recrimina.

—¿Qué tonterías dices? Ya sabes que si hubiese venido...

—Solo —me interrumpe—, sin «ella» —recalca.

—No es su casa.

—Pero sí la de papá. La comprasteis juntos. ¿Recuerdas?

—Perfectamente, cada mes el banco me carga el recibo de la hipoteca.

Quince años. Quince maravillosos años de matrimonio hechos añicos. ¿Y por qué? Por un capricho. Él, que siempre ha sido tan formal y educado, dedicad en cuerpo y alma a la familia, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Y, casi sin percatarme, empezó a pasar más tiempo en el trabajo y menos en casa. Le siguieron los fines de semana; al principio, más espaciados. Pronto

formaron parte de la rutina.

—Es un fin de semana de retiro para premiar el trabajo en equipo del departamento —se había excusado cuando se marchó a una casa rural en el Montseny antes de Navidad—. Estaré de vuelta el veintidós por la tarde para celebrar que nos ha tocado la lotería —había bromeado.

Septiembre huele a lápiz, a libreta de cuadrados y anillas, a inicio de curso escolar.
A vuelta a empezar.

3.

La primera vez que fui a Inglaterra fue a los veinte. Desde entonces, han llovido casi dos décadas. A mamá casi le da algo cuando, desde secretaría de la Universidad de Barcelona, contestaron a mi solicitud y me informaron de que «iniciaría el segundo semestre del curso en la Universidad de Surrey, Inglaterra».

—Tú lo que tienes que hacer es acabar la carrera aquí, en Barcelona, y ponerte a trabajar. La hija de Teresa, nuestra vecina, estudia por las mañanas y por las tardes trabaja como cajera en el Hipercor.

Estudí en la Stag Hill University, en la localidad de Guilford, al sureste de Inglaterra. La ubicación era excelente. Me alojé en la típica residencia de estudiantes con habitación minúscula y cama de ochenta. Una ventana gris daba a un patio de cemento gris y a un cielo, si cabe, aun más gris. En la parte izquierda de la habitación, junto a la ventana, había un escritorio roído de experiencia en el que apenas podía colocar un estuche, una foto de mis amigas —Oli y Lydia— otra de mamá, papá y Vanesa. Una silla de madera decorada con mocos que algún estudiante aburrido de tanto hincar codos, habría depositado con sutil delicadeza los tesoros de su fosa nasal. Chiclos de diferentes colores, formas y tamaños recordaban que por aquel techo habían pasado pensamientos varios que, al igual que los míos, habían encontrado a su «verdadero yo» mirando a las musarañas. Aún así y pese a la tristeza del cielo inglés que no dejó de llorar durante todo el semestre, a excepción de cinco días en los que aprovechamos los tímidos rayos de sol para organizar fiestas en el *garden* de mi amiga Alison, recuerdo aquella época con nostalgia y alegría. Quizá porque por primera sentí que era libre, lejos del control de mamá, sin la necesidad de dar explicaciones sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

No aprobé ni una, en honor a la verdad. Pero era Magda a secas, sin coletilla. La estudiante de Barcelona que se había trasladado temporalmente a Inglaterra para seguir formándose—¿en serio alguien piensa que los estudiantes de Erasmus estudiamos? — en Inglaterra.

La primera vez que probé un *latte macchiato* fue en el Starbucks que me quedaba de camino hacia la universidad. El té se me resistía, ni que fuera con «a little bit of milk». Yo era más de café con leche por la mañana y café solo por la tarde. Por aquel entonces el personaje de Carrie Bradshaw, de Sexo en Nueva York, aun no había nacido, así me sentía yo. Magda Ruiz Serrano, de Sexo en London.

Pero ¿dónde estaba mi Mr. Big?

Paco y yo nos conocimos en una de las barbacoas que organizaba Alison en casa de sus padres y que eran conocidas por toda la universidad. Tenía la suerte de haber entablado una buena amistad con ella, inglesa de pura cepa con corazón mediterráneo, a juzgar por la alegría que siempre desprendía. La casa de sus padres estaba en Woking, una ciudad a unos cuarenta kilómetros de Londres y a diez minutos en tren de Guilford.

No era la típica casa inglesa de ladrillo apagado. Esta era blanca, con acabados color teja y puertas de color marrón oscuro. Garaje para dos coches. Suelo enmoquetado de un blanco perfecto e impoluto. Césped cuidado hasta el más mínimo detalle el cual quedaba dividido en dos por un caminito de piedras que te conducía desde la entrada de la casa hasta el jardín.

Nuestras miradas se cruzaron enseguida.

La lluvia no se apiadó de aquella primavera de 1996 en la que mi corazón se había olvidado de dónde provenía para declararle su amor incondicional al cielo inglés. Sí, también a Paco, pero eso sucedió más tarde. Inglaterra fue sin lugar a duda mi primer amor. Me enamoré de su tristeza alicaída, del gris opaco y de las cortinas tristes del cielo británico cayendo como un telón de lluvia sobre el escenario. Uno en el que yo era la protagonista.

Recuerdo que llovía casi a diario.

El olor a césped mojado y los adoquines resbaladizos.

Los canales del River Wey. El Mirador de Newland's Corner. Las pintas en el Row. Las clases de gramática inglesa. Los paseos por Regent's Park. Las barbacoas en la casa de los Andrews. La primavera inglesa trepando por las casas, floreciendo por las ventanas exultantes.

Sí. Llovía casi cada día, pero no me importaba.

La primavera florecía en mí como el amor por Paco.

Mi hermana Vanesa es más lista que yo. O, dicho de otro modo, le he allanado el camino. Es lo que tiene ser la mayor. Ella siempre ha sido la protegida de mamá, la niña de sus ojos. La pequeña a la que todos tenemos que cuidar.

Desde que me casé con Paco, las preguntas sobre cuándo tendríamos hijos eran cada vez más asiduas en ambas familias. Y aunque siempre he tenido muy presente el instinto maternal, me agobiaba muchísimo la insistencia de nuestro entorno acerca del tema por excelencia:

—¿Habéis pensado/planificado/decidido tener hijos ya?

A lo que mamá añadía enseguida:

—No se te vaya a pasar el arroz, Magdalena, que quiero ser abuela. Y tu hermana, tía.

4.

Odio la Navidad. Desde que me he separado la Nochebuena es impar, aunque hay vacíos que son mejor no llenar. Papá ha cerrado la puerta de la cocina y me ha preguntado, casi susurrando, si estoy bien.

—Perfectamente —le he dicho mientras engullía una tartaleta de ensaladilla rusa.

El hilo del tanga me está partiendo el culo en dos como si fuera un pollo a *l'ast* con hilo dental. La faja me oprime tanto la barriga que estoy empezando a hiperventilar. Tengo los órganos comprimidos entre el ombligo y la tráquea y no soy capaz de hablar sin soltar un bufido que no pasa desapercibido entre los presentes. Me ha embutido en un vestido de lentejuelas rojo talla cuarenta y cuatro de las nuevas, que en realidad es una treinta y ocho para las abuelas. No entiendo cómo pueden vivir así las modelos y sobrevivir en en la pasarela.

La mesa navideña está decorada por papá. Mamá no ha hecho nada como de costumbre. Me ha tocado sentarme al lado de mi cuñada Roser. Le sonrío. Le pregunto por la tienda de productos esotéricos que regenta y me contesta que me ha traído una velita de ruda para que limpie la energía negativa de casa y me abra el campo al amor.

Al amor, pienso. Lo que tendría que abrimme es el karma entero.

—¿Qué haces, cariño?, le pregunto a María.

Silencio. Más silencio. Grillos.

—María ¿qué haces? —insisto—, ¿podrías dejar un ratito el móvil, al menos en la mesa, por favor? Que hoy es Nochebuena.

Mirada desafiante de adolescente, con entrecejo cruzado y labio ladeado de asco.

—Estoy hablando con mis amigas. Que si salimos esta noche. ¿Puedo?

—No— respondo con contundencia.

—¿Hola? Es Nochebuena —contesta con la mano ladeada a lo *influencer*.

—¿Hola? —replico imitando su voz—. Y mañana Navidad. Ahora estamos en familia.

—Querrás decir con parte de la familia. No veo a papá por ninguna parte.

Touché. Me desinfla. Las lentejuelas salen despedidas del vestido, la realidad de mi primera Navidad como separada me pesa como una losa, el hilo del tanga se rompe y noto cómo los glúteos se desparraman a sus anchas.

No puedo respirar.

Cuando recupero la compostura han pasado demasiados segundos para contestar a mi hija adolescente, resignada y dolida por la separación de Luis y yo.

—¿Quién quiere un poquito de cava para brindar? —se ofrece Roser.

—Lléname la copa, por favor.

5.

—Ha llamado Silvia, que llegará diez minutos tarde —me informa Chus, la secretaria de Pentagrama.

Pues empezamos bien el día, me digo.

El manuscrito que me envió antes de iniciar las vacaciones de verano era realmente bueno.

Querida Silvia.

Hemos valorado el manuscrito que nos hiciste llegar a través de la web de Pentagrama y nos gustaría, al equipo y a mí, reunirnos contigo para comentar la posible edición de tu novela. Dificilmente podremos encontrar ahora un hueco, estamos hasta arriba de trabajo y las vacaciones de verano están a la vuelta de la esquina. Te propongo que nos veamos en septiembre.

Puedes responder a este mismo correo.

Gracias.

Un saludo.

Magda Ruiz Serrano

—Y Peter está en la ofi, dice que si coméis juntos hoy —me informa Chus.

—¿Peter? —me sulfuro—, ¿cuántos días estará por Barcelona?

—Creo que, hasta el jueves, luego se va directo a la feria de Frankfurt. ¿Os reservo mesa en el Mandarin?

—Sí, vale...A las dos. No, perdona, mejor a la una, que sino no me da tiempo a recoger a Eva y Nil. Gracias, bonita.

Septiembre siempre ha sido el mes del inicio de todo. El punto de inflexión. Visto desde otra perspectiva, también es el mes del fin de todo. De las vacaciones, de las relaciones, del amor. Las parejas se separan más en septiembre en comparación con otros meses del año. Está claro: no a todo el mundo le sentaba igual pasar veinticuatro horas con sus respectivas parejas. Si te llevas mal, acabas peor. Mira Oli, es el mejor ejemplo.

Septiembre se reduce a un concepto: la vuelta al colegio.

—¿Cómo ha ido el verano, Unicornios? —pregunto en el grupo de wasap de los padres del colegio—. Como presidenta del AMPA, os quería recordar que el próximo 27 de septiembre pasaremos una circular con las actividades extraescolares que el AMPA propone para este curso. Entre las novedades, me gustaría destacar la papiroflexia en inglés, la cocina vegana (actividad a realizar por padres e hijos), manual para *Youtubers* y natación sincronizada.

—El jueves los macarrones estaban fríos.

—Mi Eric dijo que no se los comió porque el tomate estaba seco y que le daba asco.

—La cocinera nueva no me gusta nada, era mejor la otra.

—Sí pero este año siguen una dieta equilibrada.

—¿Cuánto cuesta un día suelto de comedor?

—Ocho euros, aunque te sale mejor apuntarlo todo el mes.
—Perdón, ¿de qué habláis?
—La cocinera nueva del comedor; yo prefería la del año pasado.
—Esta noche fiesta. Nos vemos a las once en el Alfa.
—¿Qué dices?
—Uy, perdonad, que me he equivocado de grupo.
—Nada, nada.
—Hablaré con el director y le transmitiré vuestras quejas sobre la cocinera y los macarrones del jueves.
—¡Festival!
—¿Cómo?
—Ostras, lo siento. Me he vuelto a colar.
—Gracias Magda.
—Nos vemos en un ratito, a la salida del cole.

Los cotilleos sobre la vida sexual y familiar de los padres de los Unicornios van más rápido que internet por cable: ¿Te has dado cuenta? La madre de Eric hablando de los macarrones fríos y el padre del festival que se iba a pegar. Estos se van a separar. Que si la madre de Nerea se había hecho una *in vitro*, que si los padres de Marta son unos desastres, que si te has fijado en la cara que traía hoy la madre de Gina, que si Sonia se ha operado las tetas. Chismes. Chorradas. Comentarios a los que no hago caso ni me afectan, ajenos a mi vida...

Hasta que han empezado los que hablan sobre nosotros.

Silvia ha llegado a Pentagrama excusándose en el tránsito que hay en la ronda de entrada a Barcelona.

—Todo es culpa de la Colau —se queja.

El manuscrito que nos envió narra la vida de tres hermanos con vidas muy distintas que se reencuentran tras la muerte de su padre. La trama es buena, la sinopsis aceptable, pero los signos de puntuación del borrador brillan por su ausencia.

Un buen manuscrito es la combinación perfecta entre la historia y la calidad del texto. Una coma puede cambiar por completo el significado. Un punto. Un punto y aparte. Un paréntesis.

El orden sí altera el producto.

—Te quiero. Quiero té. Té, quiero. Té. Quiero. ¿Lo entiendes?

—No —responde rotunda—. La historia es perfecta, es lo que dijiste en el correo que me enviaste en julio. El resto se corrige luego, ¿no?

—Es solo un consejo que te doy. Leo muchos manuscritos, el tuyo es bueno. La historia es genuina, pero falta pulir el texto. Darle forma, profundizar en los personajes.

Jóvenes promesas de las letras. ¿Qué se creen?

No basta con tener imaginación. Publicar un libro es mucho más complicado que enviar un manuscrito y listo. Es una cadena. La exquisitez de un texto se debe al dominio de la técnica, la vocación, el don para las letras, la perseverancia y la humildad del autor. Sí. La humildad de saber cuándo tenemos que destruir lo que hemos escrito para volver a empezar. O para quedarnos con una sola página de las veinte que hemos redactado.

—Sé honesta contigo misma —le aconsejo—, ¿de verdad crees que el texto está bien escrito?

—A Universo les ha encantado. Si no estáis interesados tengo otra oferta sobre la mesa —sentencia.

Se levanta, me mira y sale despedida con su ego hacia Universo, la editorial de la

competencia.

Las letras quedan reducidas al orgullo del escritor. No importa lo que yo pueda aconsejarle. Las prisas nunca han sido buenas consejeras. La codicia guarda las mejores historias.

Silvia se ha llevado la suya con ella.

Peter me espera en la mesa que hace esquina. Está leyendo la última Contra que ha publicado Amela.

Me acerco a él sigilosa y antes de que pueda sorprenderle, alza la vista.

—¡Magda! You look great, sweetie!

—Please, don't say lies. How are you? —digo mientras tomo asiento.

Peter es el eterno atractivo, un George Glooney versión holandesa. De complexión atlética. Extrovertido, talentoso, carismático. De semblante serio que se diluye en cuanto oyes su voz dulce marcada por un más que reconocido acento holandés. Siempre que viene a la oficina hay revuelo. De su vida personal sabemos poco, lo cual le hace aún más atractivo y enigmático.

—So, Magda, come with me to Frankfurt—me tienta.

—Ya sabes que no puedo, Peter. It is impossible with the children.

—Excuses. You should come.

—Whatever. Maybe... in a future —me excuso.

Sería la envidia de Pentagrama. Peter y yo codo con codo en la Feria de Frankfurt, haciendo lo que más me gusta, envuelta de letras y cultura, al lado de un hombre que desprende genialidad y alegría.

Me pregunto cómo sería.

Lo primero que hago al llegar a casa es quitarme los zapatos. Es una manía. Me calzo las zapatillas y los pies descansan de las ocho horas de jornada laboral y rutina.

— Estoy en la cocina —me dice Paco—, los niños en la salita. ¿Hacemos una ensalada de primero y pollo rebozado de segundo para cenar?

—Ya había descongelado la sopa para los peques —replico mientras me voy desnudando y voy hacia la ducha.

—Entonces cenamos sopa y pollo —acepta, resignado.

—¿Podríamos cenar un poco antes, sobre las ocho? Estoy destrozado. Los de cuarto han acabado conmigo hoy.

—Ya lo sabes, Paco, es lo de todos los años. El inicio de curso siempre es duro. Luego te acostumbras —digo antes de que el agua empiece a caer.

Lo de Paco es pura pasión por la docencia. Lleva la vocación de profesor en las venas. Sabe conectar con los alumnos, empatiza con sus problemas. Le respetan y confían en él. Consiguió una plaza fija como profesor de lengua castellana en el IES Baró al poco de nacer Eva y Nil.

Antes de salir de la ducha me pongo un poco de mascarilla capilar en las puntas y recojo el cabello con una toalla para que haga mayor efecto. El lavabo es una nube de vaho envuelto de aceite de almendras dulces con el que me he hidratado los codos, piernas y pecho. Me rocío con Escale de Portofino, mi perfume favorito. Dos gotas de sérum, contorno de ojos y dos pulverizaciones de Agua de rosas para hidratar la piel.

—Hoy he comido con Peter, ¿y sabes qué me ha dicho? que si me iba a Frankfurt con él, a la feria —le digo a Paco mientras me dirijo a la cocina.

—No entiendo por qué insiste, si ya sabe que no puedes.

—Quizá algún año podría...

—Pensaba que no querías —contesta, serio.

—...Pero quiero.

Y es la primera que lo siento.

6.

Pentagrama es mucho más que mi trabajo; es mi pasión.

Todo lo compensa. Trabajar mucho, nivel de exigencia alto, agotamiento mental e incluso las horas de más que no computan en nómina.

Mi amor por las letras viene desde bien pequeña: devoraba libros y fantaseaba con la idea de que algún día yo misma podría escribirlos. Sin embargo, cuando finalicé la carrera, me decanté por el otro rol: el de editor. Por mis manos han pasado verdaderas joyas de las letras: manuscritos, textos que, como un diamante en bruto, necesitan ser pulidos, obras y propuestas que en un principio no se hubiesen editado sin la chapa y pintura que les había dado. Tengo la oportunidad de conocer a gente diferente, artistas de la pluma y genios de la inspiración, pioneros de las letras, de la prosa y la poesía, maestros de la palabra, técnicos del soliloquio y dueños de los monólogos. Pentagrama me abre la ventana a un mundo de personajes e historias en el que yo escojo si la historia vuela o se queda en la imaginación.

No es un trabajo. Es una vocación.

Un regalo de la vida.

—Mañana tenemos reunión para preparar la Feria de Frankfurt. Peter nos ha pedido que le acompañes. Este año la novela policíaca viene fuerte. Tendríamos que presentar dos o tres propuestas, a lo sumo —me dice Vicente, director de Pentagrama.

—Yo claramente apostaría por la novela de Enrique: tiene garra y es muy fácil de leer. Y sobre Frankfurt, aunque me gustaría, ya le dije a Peter que me era imposible...

—Sería una gran oportunidad para Pentagrama y también para ti, Magda. Piénsatelo, aún hay tiempo. Por cierto, ¿podrías convocar a Laia y Mercedes para reunirnos mañana a las cuatro en la sala de recepción?

—¿Mañana?

—¿Algún problema?

—Es el día que vamos a recoger a los niños Paco y yo.

—Magda, es una reunión importante. Te necesitamos.

¿Y qué es lo que necesito yo?

¿Frankfurt o Peter?

7.

—Mami, canta la canción de «tinglele tinglele» —me pide Eva desde el asiento trasero del coche, de camino al colegio.

—¿La nana de la tía Ali? —respondo refiriéndome a mi amiga Alison.

Cuando nacieron los peques Ali nos regaló un cd recopilatorio con las mejores nanas para bebés en inglés. Mientras les daba el pecho solía cantarles la canción de *Twinkle Twinkle*.

Es nuestra canción.

—¡Sí! —contestan Eva y Nil al unisono—. Canta mami, canta por favor.

Me aclaro la voz y entono las primeras frases de la canción:

Twinkle, twinkle, little star.

How I wonder what you are?

Twinkle, twinkle, Little star.

Up above the world so high.

Like a diamond in the sky.

Para los padres del AMPA soy la madre trabajadora y sacrificada entregada a la familia y comprometida con el colegio. Paco es el padre simpático que recoge a Eva y Nil a la salida del colegio los lunes y los miércoles. En ocasiones también algún viernes, pero son los que menos. Ambos tenemos buenos trabajos que nos permiten mantener una calidad de vida óptima. Un buen estatus social: vacaciones en verano, cenas en restaurantes los fines de semana, ropa nueva cada año, peluquería, escapadas a la Cerdaña, logopeda de Nil, plantillas para Eva... Y psicóloga para mí.

Pero eso no lo sabe nadie.

Ni tan siquiera Paco.

¿Dónde habían quedado mis sueños? ¿En Inglaterra? ¿Ahogados en el canal del Wey?

¿Por qué ya no soy capaz soñar? De hacer aquello que me gusta.

Me gustaría volver a vibrar.

Soy una madre sacrificada, entregada, exigente conmigo misma. Guerrera, luchadora. Apasionada del trabajo. Madre veinticuatro siete. Pareja idílica. Hija modélica. La hermana perfecta. La amiga a la que todos llaman.

Sí, ésta soy yo. Una amazona resignada que ha renunciado a sus sueños.

—Tía, tía. Que ya sé lo que me vas a decir, que tú no crees en esas cosas y tal...pero necesito que vengas. Porfa, porfa, porfa —dice Oli en un audio a través de Candado.

—Sorpréndeme —contesto por wasap—. ¿Exactamente dónde tenemos que ir?

—A una bruja. Bueno, no. A una tarotista.

—¡Oli! Rotundamente no. Pero si ya sabes que son bulos todo lo que dicen.

—Por favor, tía, solo para probar. Una vez. Me ha dicho Rosa que ésta es de las buenas. Porfa, porfa, porfa.

—Qué pesadita eres cuando quieres...

—¿Eso es un sí?

—Pero yo paso de que me eche las cartas. Y que conste que lo hago por ti, para que no te tomen el pelo.

—Que sí, que sí, lo que tú digas. Tengo cita el próximo martes por la tarde. ¿Podrás apañártelas con los niños?

—Sí... creo que sí. Se lo diré a Paco.

—No te arrepentirás.

—Ya lo estoy haciendo.

8.

Desde la comida con Peter ha habido un cambio. Las sesiones con la psicóloga me han hecho ser consciente de aquellas cosas que me ilusionan y a las que he renunciado.

—¿Qué te ha impulsado a venir? —me pregunta la psicóloga.

—Si te soy franca —trago saliva—, no tengo ni idea. Ha sido un arrebató.

—De acuerdo. Hagamos una cosa, —dice mientras se acomoda en la silla— ahora que ya estás aquí, charlemos. Si después de esta sesión no quieres volver, perfecto. Si te apetece que repitamos, me llamas. O me envías un correo. Ni hoy ni mañana, cuando te venga en gana.

—Acepto.

Sesenta euros la sesión. Voy cada quince días.

No me he atrevido a decírselo a Paco.

Si yo siempre he sido la fuerte.

—¿Para qué vas a ir a un psicólogo? —me preguntaría.

No sabría qué responder.

Hablamos sobre mi infancia, el colegio, el instituto y los recuerdos que me quedan. Dicen que todo lo que acontece desde el nacimiento hasta aproximadamente los siete años es lo marca nuestra vida adulta: el carácter, la autoestima, comportamiento y la gestión de las emociones. Le cuento en qué consistía mi día a día en Pentagrama. El colegio de los niños. El AMPA. Mi obsesión por la perfección. Mamá. Papá. Vanesa. Eva. Nil.

—¿Y Paco? —pregunta la psicóloga—, hálame de Paco. ¿Qué sientes por él?

—¿Cómo que qué siento? —replico con otra pregunta—. Es mi marido.

—Lo sé, Magda. Me lo has dicho, pero me gustaría que me dijeras qué sientes por él—. Y recalca: ahora.

—¿Amor? —contesto con la incerteza de no saber si he respondido bien, como si estuviera concursando en Pasapalabra y Christian Gálvez me hubiese lanzado la definición de la última letra del roco: Con la A «dícese del sentimiento que debe permanecer intacto en un matrimonio hasta que la muerte les separe».

—No existe una respuesta correcta, Magda. Tan solo la tuya. Dime: ¿qué sientes por Paco?

—No lo sé.

La comunicación con Paco es cada vez más difícil. Nos lanzamos dardos envenenados de reproches y falsos favores.

¿En qué momento nos hemos convertido en seres egocéntricos que tan solo piensan en ellos mismos? ¿Dónde han quedado el apoyo y la comprensión?

Las tertulias cuando los niños duermen y nos contamos cómo ha ido el día.

¿Cuándo fue la última vez que hablamos sin alzar la voz?

—Esta tarde tengo reunión en el Ateneu Candela. ¿Puedes recoger tú a los niños?

—Pero si te dije que había quedado con Oli.

—¿Y no podéis quedar otro día?

—Le dije que la acompañaría a un sitio. ¿Por qué tengo que cambiar yo el día? ¿Acaso es más importante «lo tuyo»? —replico con un desprecio que no sabía que latía dentro de mí, escondido.

—Yo no puedo desconvocar a diez personas, es mucho más fácil que tú cambies de día con tu amiga.

—Y yo no puedo dejar colgada a mi amiga. ¿No le podrías decir a tu madre que se quede una tarde con los niños?

—Ah. Estupendo. Mi madre. Sabes de sobra que no puede quedarse con los peques, si la mujer no puede ni con su alma. Tranquila, que había pensado en un plan b: Vanesa puede ir a recogerlos al colegio.

—¿Mi hermana? Pero qué morro tienes, Paco.

—No me esperéis para cenar, después del Ateneu iré a picar algo con Eugeni y Santi —dice mientras se aleja y me deja con la palabra en la boca en la cocina.

—Ya me extrañaba que Santi no fuese a la reunión del ¿Ateneu Candela, dices? —le increpo escéptica.

Paco se detiene en seco, retrocede y dice:

—De verdad que no sé qué te pasa con Santi.

—No es con Santi, sino contigo. Cada vez pasas más tiempo fuera de casa.

—¿De qué cojones estás hablando? —replica con cierta agresividad en sus palabras que jamás había utilizado antes.

—Te estoy hablando bien, Paco —contesto, exaltada.

—Ya estamos. Ya ha salido la editora.

—¿Qué son «los cojones», mami? —me pregunta Nil mientras se acerca a la cocina para desayunar.

—Cojones son...Da igual. Dejémoslo estar. Yo es que ya no puedo más.

Exhalo, inspiro profundamente y digo, por fin:

—Vamos Nil, cariño, que si no llegaremos tarde al cole.

La tensión, cada vez más frecuente con Paco, me supera.

No reconozco a esa persona.

9.

—¿A qué piso vas?

—Al segundo —le responde.

Me encanta coincidir en el ascensor con mi vecino del cuarto, sobre todo si estamos solos. Puedo oler las gotas de su perfume, aún frescas, en su cuello. Tiene la miranda profunda y las pestañas espesas. Lleva unos tejanos estratégicamente desgastados que le dan un aire juvenil. Las Converse blancas, relucientes, aunque le gusta más cuando viste de traje.

—Que tengas un buen día —se despide.

—Igualmente —le digo con la mejor de las sonrisas.

La factura del abogado se ha llevado la paga extra de invierno. El sueldo no me da para muchos extras, por no decir casi ninguno. Le he dicho a María que este año no podré comprarle ropa ni tan siquiera de rebajas y que, total, son un engañosos porque «te sacan la ropa de hace trecientos años y la que te gusta desaparece como por arte de magia», me justifico.

—Pero yo quería un abrigo que había visto en el Zara, mamá.

—Pues o se lo pides a tu padre o ahorras. Que estamos en economía de guerra.

—Ah, muy bien. O sea que tú puedes salir cuanto quieras, que últimamente estás que no paras, y yo tengo que ahorrar para pagarme la ropa, ¿no?

—Te recuerdo que tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero y que, faltaría más, también tengo derecho a salir, a divertirme y a rehacer mi vida como buenamente pueda. Y otra cosa, cuando seas capaz de valerte por ti misma, entonces ya hablaremos. Hasta entonces, no te queda otra que respetar las normas de esta casa. ¿Estamos?

De la estación de ferrocarriles de Gràcia hasta Il Giardinetto hay seis minutos a pie. He tardado veinte en llegar. La zapatería que me ha cruzado en el camino tiene la culpa. Tienen unos modelos de sandalias Binkinstok, Bikentioc o Bikenstrok, o cómo se diga, rebajados. Me he probado las rojas y finalmente me he decantado por las sandalias plateadas.

«A tomar por saco, me las compro y punto», pienso.

Magda me está esperando en la puerta del restaurant con cara de póker y señalando el reloj.

—¿Por qué has elegido este sitio? —le pregunto para despistar.

—Me gusta. Aquí vienen muchos escritores.

—A mí lo único que me interesa es que se coma bien —le digo mientras miro el cartel verde oliva de Il Giardinetto.

—¿Entramos? —dice Magda empujando la puerta de entrada.

—¡Andiamo!

Magda se ha perfumado excesivamente, como de costumbre. Una nube crítica nos acompaña hasta la mesa del segundo piso del restaurant. El camarero nos pregunta si mientras miramos la carta nos gustaría picar algo. Pedimos una *foccaccia* para compartir y un par de

cañas.

—La pasta de este sitio está buenísima —señala Magda—, y hacen unos cócteles increíbles.

—El cóctel nos lo reservamos para luego, mientras nos echan las cartas.

—¿Echan? Querrás decir, «te echan». ¿A qué antro me vas a llevar? Mira que a mí estas cosas ya sabes que no me gustan, Oli.

—Tranquila, que es un sitio normal. La tarotista, aparte de la consulta en su casa, trabaja en el pub aquel de la calle Valencia.

—¿Les gens que j’aime?

—Sí, ese. Pensé que estarías más tranquila si íbamos allí en lugar de a su casa.

—Mucho mejor, pero te repito, a mí no me va a decir nada.

—Ha quedado claro.

—¿Nos pedimos un trío de pasta? —me pregunta señalando la carta.

—No me hables de tríos, no me hables de tríos —repito—. Que estoy de los tríos hasta la coronilla. ¿Qué le pasa a la gente? En serio, la sociedad está enferma.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué tiene que ver eso con la pasta? —replica.

—En Amor en Línea no dejan de invitarme a tríos.

—Pero, Oli, ¿aún estás ahí? Pensaba que era tan solo una prueba —contesta suspicaz—. ¿Y cómo te va? —me pregunta curiosa.

—Al principio reconozco que aluciné con lo lanzados que iban los hombres y no me gustó nada la aplicación, pero poco a poco, según han pasado los días, he conocido a gente interesante y...

—Entonces, ¿has estado ya con alguien? ¿Y no me lo has contado?

—Que no hay sido nada serio, solo un tonto.

—¿Lo tienen? —nos interrumpe la camarera del Giardinetto.

—Sí, haremos un trío —contesto al tiempo que le guiño el ojo a Magda.

—¡Oli! —me regaña sin poder contener la risa—, disculpa a mi amiga, es muy boba.

Cuando conocí a Magda en la universidad no era tan recatada. Claro que, con el paso de los años, una y otra hemos ido cambiando. La idea de acompañarme a una tarotista no le hace especial gracia y, aunque nunca lo reconozca, creo que siente curiosidad por saber qué me dirá.

Desde Il Giardinetto, hemos tardado quince minutos en llegar a Les gens que j’aime en el que nos ha citado «la bruja», como la ha apodado Magda.

—¿Pero tú estás segura? Anda, llámala y nos quedamos hablando un rato más aquí, tranquilas— me ha intentado convencer Magda.

—Si no quieres, no vengas. Pero yo voy a ir —sentencio.

—Mira qué eres tozuda, Olimpia.

—Qué te quiero —le contesto guiñándole un ojo.

Cuando hemos llegado al pub, la bruja ya no estaba. El camarero nos ha dicho que hacía cinco minutos que se había marchado pero que, si queríamos, nos facilitaba su número de teléfono. Magda sonríe como si por fin se hubiese salido con la suya. Me niego a rendirme. Quiero saber qué me depara el futuro y si, como me dijo Rosa, la bruja podrá predecirlo.

—Muchas gracias, ahora mismo la llamo.

—Estás de broma, ¿no? —me pregunta Magda incrédula.

—La bruja me ha facilitado su dirección; dice que, como un favor a Rosa, nos atiende un momento.

—¿Nos? ¿Le has dicho que voy yo?

—No.

Mientras caminas a paso ligero desde el pub, me pregunto cómo ha podido saber la bruja que Magda me acompaña. «Tú y tu amiga podéis pasar, pero solo tengo unos minutos. Estoy cansada», ha dicho antes de colgar. Por supuesto no le he dicho a Magda que no solo sabía que iba acompañada, sino que además se ha referido a ella como «tu mejor amiga, con ella quiero hablar».

Por primera vez me pregunto si es buena idea ir.

Es demasiado tarde para echarme atrás.

—¿Queda mucho? —me pregunta Magda.

—No, ya estamos ya cerca, es el número 40.

—Espero que no hagas que me arrepienta —me advierte.

La finca en la que vive la bruja es antigua y no tiene ascensor. Cuando he llamado al timbre del quinto primera ha contestado con un simple «pasad, os estaba esperando».

La bruja ha abierto la puerta antes de que llegáramos al rellano.

La entrada huele a incienso y romero. El pasillo que conduce al comedor es oscuro.

Magda me coge de la mano tan fuerte que me corta la circulación.

—Sentaos, por favor —nos invita la bruja señalando el sofá malva de terciopelo.

—Yo no —aclara Magda—, he venido solo a acompañarla.

—Tú verás —le responde la bruja cortante—, ¿Olimpia verdad? —me pregunta dirigiéndose a mí—, corta la baraja —me indica acercándomela.

Magda tiene la mirada clavada en la mesita redonda en la que la bruja va destapando las cartas.

Un murmullo de la bruja rompe el silencio que se ha hecho.

—Eres una mujer afortunada —dice, por fin—, se abre un camino de luz en tu vida.

—¿Qué significa eso? —pregunto sin entender.

—Que vas a disfrutar de nuevos horizontes y que tan solo depende de ti que esa luz no se apague.

—Menuda patraña —oigo musitar a Magda.

La bruja se detiene. Alza la mirada y la clava en Magda. Recoge velozmente las cartas, las baraja, seria, no gesticula, parece poseída por un conjuro de brujería.

—Corta —le pide a Magda sin bajar la mirada.

Magda obedece. Le mira desafiante.

El incienso se ha consumido solo y ha dado paso a la tensión.

La bruja coloca las cartas sobre la mesa. Destapa una, otra, alza la vista.

Traga saliva. No dice nada.

—¿Qué? ¿Ya has visto a la luz de mi vida? —se mofa Magda—. Pues son dos, Eva y Nil.

La bruja continua en silencio. Se le ha arrugado la cara. Los ojos quietos.

—Hay oscuridad en tu alma. Tendrás que creer en ti para salir del laberinto.

—¿Qué tipo de oscuridad? —me atrevo a preguntar.

—Oli, nos vamos de aquí pero ya —me dice Magda cogiéndome del brazo—, esto es una estafa.

La bruja no contesta.

Es la primera vez que la miro y no me sostiene la mirada.

Tan solo añade:

—Cerrad bien la puerta.

10.

La puerta del ascensor se estaba cerrando cuando he acelerado el paso hasta llegar a él. Siempre me da una tremenda pereza subir hasta el segundo andando y esta noche no me veo con ánimo de esperar a que el ascensor suba y baje mientras espero en el rellano. A decir verdad, a estas horas lo único que se me antoja es meterme en la cama y dormir hasta el día siguiente sin que suene el maldito despertador a las siete.

Pienso en lo que me ha dicho la bruja e intento buscarle un sentido.

¿Será verdad o es toda una pantomima?

—¿Al segundo no? —me pregunta de repente una voz masculina, profunda, mientras sujeta la puerta del ascensor para que entre.

Me sonrojo. La sangre me palpita en las orejas y las manos empiezan a sudar tanto que, de escurrirlas, podría llenar una botella entera.

Titubeo mentalmente la respuesta. A donde tú quieras, pienso.

—Sí. Al tercero, digo al segundo, por favor—contesto intentando mantener la compostura. He bebido tanto que podría explotar en cualquier momento. Debería haber ido al lavabo antes de salir del pub. De haberlo hecho no estaría metiendo barriga, cual palomo, con los pantalones cortándose la circulación mientras guardo la compostura delante de mi vecino. Me pregunto si tendré algún trozo de comida entre los dientes y si debería sonreír o mostrarme seria o quizá ser más sobria.

Los nervios me traicionan y cuando intento sacar tema de conversación, mi vecino se adelanta y dice:

—Buenas noches...Olimpia —se despide antes de abandonar el ascensor y que se cierre la puerta.

—Buenas noches —contesto levantando la mano al más puro estilo de la reina Isabel II.

Serás pava, pienso. El ascensor continúa su viaje hasta el segundo piso, instantes que aprovecho para mirarme en el espejo y cerciorarse de que el vecino me haya visto perfecta. Y lo habría estado, si no fuese porque uno de los botones de la camisa ha explotado dejando al descubierto mi piel.

Jo-der, niego con la cabeza.

De nuevo, las orejas encendidas.

¿Se habrá percatado del michelín que me salía despedido por el punto muerto de la camisa?

Ya me puedo estar olvidando de él.

¿En qué leches estoy pensando?, niego con la cabeza mientras reparo en lo absurdo de la idea de que el vecino del cuarto pueda haberse fijado en mí.

Coincidir con él ha sido lo más excitante que me ha ocurrido en los últimos días. ¡Qué digo, días! Semanas. Meses. ¿Años?

Señores y señoras, con todos ustedes el deseo sexual de ultratumba de Olimpia ha vuelto. Rafaella Carrá canta «explótame, explótame, expló!», y ¡luces y acción! Bienvenidos a la vida

sexual de Olimpia parte II.

Y antes de que el público pida un bis, el ascensor se detiene en el segundo piso. Raffaella Carrá se calla. El público en modo pausa. Vuelvo a la realidad: «¡No digas tonterías!, es demasiado joven para ti. Rondará los treinta y nueve. Y seguro que tiene novia. O está casado o es gay. No. De gay no tiene pinta. Mañana podría mirar los buzones sin que nadie la vea. ¿Y si me pillan? Quitaa, quita, quita. Pero no sería tan complicado descubrir su nombre y si vive con alguien. ¿Pero en qué estás pensando, Olimpia? ¿Qué necesidad tienes? ¿Y qué ganas? ¿Y qué pierdes?»

Por la noche no puedo dormir imaginando si esos labios perfilados como las cimas de dos montañas me besarían con frenesí.

¿Se refería a esto la bruja?

11.

He dicho que no a Frankfurt, aunque en mi interior sé que la propuesta que he declinado es la de Peter.

Los lunes han empezado a ser iguales que los sábados, con la única diferencia que amanezco sin despertador. Mi vida se está convirtiendo en una línea recta sin curvas ni piedras en el camino. Como la llanura de un prado desértico. Donde antes había flores ahora hay tallos secos.

Tengo las palabras de la bruja clavadas en la retina como agujas, pero no consigo encontrarles ningún sentido.

—Nena, ¿por dónde vas? Tengo que irme ya, que he quedado con la esteticista —me pregunta Vanesa por wasap.

—Por Urgell. Ya llego. Y Paco, ¿aún no ha llegado?

—Me ha dicho que llegaría tarde, que la cosa en el Ateneu iba para largo.

—¿Otra vez? ¿Y no me lo podía decir él mismo? —respondo con escepticismo.

—Yo qué sé, nena, es tu marido. Habla tú con él. No tardes, porfa, que he quedado con Mariela en media hora.

Las reuniones en el Ateneu Candela son cada vez más frecuentes. Vanesa es nuestra persona de rescate, sobre todo para cuidar de Nil y Eva. Acudimos a ella cada vez con más frecuencia. Peter me ha ofrecido ser el soporte de la feria desde Barcelona, así es que, aunque no pueda estar allí físicamente, puedo hacerlo desde el despacho. Implica muchas más horas de dedicación, pero me gusta lo que hago. La psicóloga me ha dicho que es importante que le de prioridad a aquellas cosas que me ilusionan.

¿Por qué Paco no forma parte de ellas?

Siento que con nunca hemos estado tan lejos, estando tan cerca.

Queridos Unicornios.

Este año la temática de Carnaval será el cine. Os recordamos que los disfraces podéis hacerlos vosotros mismos en casa, con vuestros hijos. Os animamos a que confeccionéis vosotros mismos los disfraces y vengáis a la fiesta de Carnaval del próximo viernes. Saludos. Magda Ruiz Serrano, presidenta del AMPA.

Paco va de Capitán América y yo de Eduardo Manostijeras. Eva y Nil están la mar de monos disfrazados de La Sirenita y Sebastián, el cangrejo.

—¿Por qué va el niño de La Sirenita? —pregunta mamá cuando ve las fotos que le he enviado de la fiesta de Carnaval del colegio.

—Elegió ese disfraz, la temática de este año era sobre el cine.

—Ay, Magda, hija mía, el niño tenía que ir de cangrejo y ...

—Y la niña de Sirenita, ¿no, mamá?

—Me lo has quitado de la boca.

—Nil quería disfrazarse de Sirenita y Eva de cangrejo, ¿algún problema?

—Cuando se te mete una idea en la cabeza, eres tozuda como...

—La familia de mi padre — le interrumpo.

—Eso mismo iba a decir.

Mamá no ha enseñado la foto en la que Capitán América besaba a Eduardo Manostijeras y La Sirenita le hacía los cuernos por detrás, a Sebastián, el cangrejo. Paco estaba muy gracioso con la máscara azul y una A enorme pintada en medio de la frente. Se había hecho él mismo el escudo de Capitán América y había aprovechado unas botas viejas, medio rotas que tenía, para teñirlas de rojo. El disfraz estaba muy conseguido. Yo, por el contrario, había cambiado mi cobrizo natural por un tono oscuro, negro, con un *spray* especial de Carnaval. Dejé secar el cabello y, con la cabeza hacia abajo, lo rocié con laca. Cara blanca, ojeras negras y alguna cicatriz, no muy lograda tengo que reconocer, en la cara.

—¡Qué miedo das, mami! Pareces la abuela —dijo Nil.

—Uhhhhhh, soy Sonsoles Manostijeras y te voy a cortar el pelo.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Capitán América! —exclamó Eva.

—No tengáis miedo, niños, aquí llega el Capitán América para defenderos. Un momento, ¿dónde están mis hijos? Aquí solo veo a una sirena y a un cangrejo.

¿Puede la ceniza latir de nuevo? ¿Podría el amor volver a la vida?

¿Podría volver a sentir, dejar atrás la apatía?

¿Se equivocaba la bruja?

—Lo pasamos muy bien. Los niños estaban muy contentos.

—¿Os disfrazasteis todos? —me pregunta la psicóloga.

—Sí, los cuatro. Paco iba de Capitán América y yo de Eduardo Manostijeras.

—Qué originales. ¿Y qué hicisteis después de la fiesta?

—Fuimos para casa, nos duchamos y cenamos pronto. Estábamos cansados.

—¿Pudiste hablar con Paco?

—Estaba cansada.

—Pero ¿le dijiste que lo habías pasado bien?

—No.

—Y él a ti, ¿te dijo que lo había pasado bien?

—Tampoco.

—Magda, llevamos algunas sesiones hablando sobre este tema. ¿Recuerdas que te comenté que estaría bien que le expresaras a Paco aquellos momentos buenos que habéis compartido juntos? Se trata de retomar la comunicación entre vosotros. Sé que al principio cuesta, pero tienes que recordarlo. Es importante que tu pareja sepa que has vivido un momento feliz y qué ha propiciado que lo hayas percibido así. Al igual que con las cosas que no os gustan el uno del otro, habéis entrado en una dinámica de pareja en la que tan solo tenéis reproches el uno hacia el otro. La balanza no está equilibrada.

—Se lo diré. Te lo prometo.

El amor no se esfuma de golpe. Se va lentamente. Como si quisiera despedirse de todas las emociones que han formado parte de él. No se pasa del todo a la nada en un día. Es un camino. Una travesía. Siento que estoy a kilómetros de Paco y tan solo nos separan centímetros en la misma cama.

La distancia se recorta a base de palabras. El respeto se gana.

La confianza se acurruca en el alma. Y cuando todo se rompe, no hay pegamento para recolocar las piezas. No al menos de la misma manera.

—Lo pasamos bien en la fiesta del cole, ¿no? —le digo a Paco al cabo de unos días, haciendo

caso de los consejos que la psicóloga me ha dado.

—Sí, estuvo muy bien. Los niños disfrutaron mucho.

—¿Y tú?

—Yo también con ellos.

—¿Y conmigo? —le pregunto de forma directa.

Silencio.

—Contigo también —contesta—, como siempre, ¿no?

El amor no se da por sentado. No se conforma. No se firma en un juzgado y se olvida. El amor necesita que lo cuiden, que lo mimen, que le hablen. Requiere tiempo y dedicación. Ternura. Empatía. Deseo. Sí, deseo. Mucho antes que la penetración. Antes de las caricias y antes, incluso, que el propio beso. El amor se huele, se humedece, te tiende la mano para bailar, aunque no haya música. Echaba de menos bailar con Paco. Mecirme en sus brazos mientras me acariciaba el pelo y enredaba los dedos entre los mechones de mi cabello. Mirarle fijamente y perderme en la lujuria de los besos apasionados. Esos que no se entienden, que son imperfectos, rebeldes juguetones. Que se tientan y se encuentran. Los muerdos. Los que me daba Paco en el Row y los picos que me robaba cuando mamá y papá no nos veían.

¿Por qué ya no jugamos a querernos?

¿Dónde ha quedado el deseo?

—¿Quieres que bailemos? —le propongo.

—¿Ahora? Estoy muerto.

El amor necesita que lo acaricies. Que lo escuches. Cuando grita ayuda. Cuando se ahoga sin que suene la música.

El amor no baila solo.

Pienso en la bruja.

12.

—Todos los caminos acaban en el mismo punto, querida Gladys.

—¿Y cuál es?

—La desilusión.

El retrato de Dorian Gray. Oscar Wilde.

Todos guardamos secretos. Hasta los propios secretos tienen secretos. ¿Pero qué pasa cuándo se descubren? Cuando alguien descubre tu secreto. ¿Tenemos derecho a explicarlo por el simple hecho de haberlo descubierto o deberíamos callar y enterrarlo para siempre?

Sant Jordi es mi día preferido del año. La psicóloga me ha animado a que prepare algo especial para celebrarlo con Paco y los niños. Aún no tengo claro qué, así es que pasaré por La Boquería a ver si me inspiro.

La Rambla se ha cubierto de rosas, personajes e historias que, pese a no haberse visto nunca, se saludan, enlazan tramas y presentan autores de allí y de allá, consagrados o noveles, en una orgía literaria a la que todos estamos invitados.

Papá nunca falla. Siempre nos regala una rosa a mamá, a Vanesa y a mí. Cuando me independicé, me traía la rosa a casa antes de irme a trabajar. Cuando nacieron Eva y Nil, se presentaba en casa antes de que los niños fuesen al colegio: a ellos les regalaba un cuento y a mí una rosa, como cada año.

—Qué raro...mi padre. No ha venido esta mañana —le digo a Paco por WhatsApp—. Los niños y yo le hemos estado esperando.

—Algo tendrá preparado. Tu padre no se olvida nunca de Sant Jordi— responde al cabo de unos segundos.

—Por eso me extraña. ¿No le habrá pasado algo?

—Pues llámale y te quedas más tranquila —zanja—, pero yo de ti no me preocuparía.

El Raval es un laberinto de callejuelas que guardan los secretos de las entrañas de Barcelona. Arte, cultura, La Central, meadas, el MACBA, nacionalidades varias y terrazas llenas de *hipters*, esos modernos pijos que fuman tabaco de liar y conviven en un aparente estado de paz y amor.

—Un especial vegetariano, por favor.

—¿Y para beber? —me pregunta la chica del Mendizábal.

—Una caña. Gracias.

Antes de regresar a Pentagrama, se me ha ocurrido que podría pasar por la Boquería para comprar un poco de embutido para cenar.

Estoy a tan solo dos minutos a pie del mercado. Giro a la derecha por la calle del Hospital y después continuo recto por La Morera hasta dar con la entrada principal.

—Doscientos gramos de jamón dulce bien finito, por favor, un poco de queso, no, de

aquel no, uno más suave que es para los niños, fuet y si tienes *foie gras* a las finas hierbas mejor que el de pimienta —le pido a la dependienta de la charcutería.

El mercado es un bullicio de acentos del mundo, comida y alegría. Pescado del día, extranjeros que degustan la gastronomía local sentados en los taburetes de los bares y también ellos. Un hallazgo o capricho del destino, según se quiera ver, que tambaleará los cimientos de mi pirámide del bienestar, de la autoestima y la familia, del reconocimiento y la auto-realización. Según el psicólogo Abraham Maslow, la jerarquía de las necesidades humanas.

Ella, una mujer de media melena rubia alborotada, subida en unos tacones para romperse los tobillos, se apoya en el brazo de papá mientras esperan su turno para sentarse en la barra del bar de tapas y platillos de La Boquería.

Se miran cómplices. A veces a carcajadas.

¿Es posible sonreír con la felicidad saliendo despedida?

Por unos segundos siento envidia.

—¿Alguna cosita más, nena? —me inquiera la dependienta.

—Ya está todo —balbuceo—, ¿cuánto es?

—Dieciocho con veinte, bonita, ¿con tarjeta o en efectivo?

El tiempo se ha paralizado. Las dunas del desierto se han movido y no me dejan ver con claridad. ¿Es papá?, me pregunto aún aturdida y confusa.

—¿Con tarjeta o en efectivo, guapa? —insiste la dependienta.

—Tarjeta, tarjeta —me disculpo.

Introduzco el pin de la tarjeta en el datáfono, alzo la vista y miro de nuevo hacia el bar. «¡Guapa, guapa! —me reclama de nuevo la dependienta—, tu tique y la copia, que no me has contestado cuando te he preguntado, pero yo siempre la doy, no vaya a ser que luego no te salgan las cuentas», me dijo antes de atender al siguiente.

Salgo del meollo de clientes que esperan pacientemente su turno en la charcutería y dirijo la mirada hacia el bar.

Achico los ojos, centro la miopía y me cercioro de que no me he equivocado, que aquel es papá y que, si la vista no me juega una mala pasada, está acompañado por una mujer rubia que, a bote pronto, no reconozco.

Quizá se trate de una familiar. La mujer de algún primo lejano que se habrá encontrado por casualidad.

¿Quién si no va a ser la mujer rubia que le acompaña?

¿Por qué de repente me vienen a la mente las palabras de la bruja?

Una bofetada de realidad. Eso es lo que he sentido cuando los he visto besarse.

Escombros de mi pirámide. Maldito Maslow.

Papá se gira, me ve, ella le pregunta qué pasa, yo sigo muda, papá se baja del taburete, casi se cae, ella le pregunta a dónde va, él me señala, yo sigo muda, ella entonces entiende, camina hasta mí, la mujer rubia pasa de protagonista a espectadora, yo sigo muda.

—Magda, cariño... —espeta mordiéndose el labio inferior, pálido, mientras se acerca a mí.

Extiende la mano buscando la mía, pero no la encuentra.

Continúa:

—Déjame que te lo explique, hija —consigue por fin decir.

Tengo los dedos pinzados, marcados por la tensión y el peso de las bolsas con los embutidos que he comprado.

En mi cabeza, la voz ronca de Sabina empieza a tararear:

Es mentira que no te haya mentido

Es mentira que no te mienta más

Es mentira que más de cien mentiras no digan la verdad

Para mentiras las de la realidad

Promete todo, pero nada te da (...)

Yo solo te conté media verdad al revés

Que no es igual que media mentira.

—Pero ¿qué me vas a contar? —respondo echándome hacia atrás, rechazando su mano—. A mí no, a mí no—repito—, en todo caso a mamá. Es a ella a quien le tendrás que explicar qué hacías con esta —le recrimino sin poder contener un cierto desprecio en mis palabras.

—¡Chiquilla! No me faltes el respeto, ¿eh? —contesta la mujer rubia con acento andaluz, mientras se aproxima a nosotros.

Las piernas me temblaban. Cuánto ruido. Qué calor. El sudor se congela en un escalofrío frío que me recorre el cuerpo dejándome el corazón helado.

No, esto no puede estar sucediendo.

Papá no puede tener una amante.

¿Una amante? ¡Pero qué tonterías estoy diciendo?

—Ahora lo entiendo, por eso no has venido esta mañana a casa. Te hemos estado esperando, los niños y yo. Como cada año, ¿recuerdas? Ah no, quizá ya no te importa. Tienes cosas más importantes que hacer, como estar con ella.

Papá guarda silencio.

La señora rubia se despide de él con un casto «luego te llamo». Busca mi mirada, pero no la encuentra.

No doy crédito a la que estoy viviendo.

—Vamos, Magda. Vamos, hija. Por favor, déjame que te cuente —me pide papá haciendo un ademán por acercarse a mí.

—¡No me toques, papá! ¿Me oyes? ¡No me toques! —contesto apartándole la mano—. ¡Me has defraudado tanto...! ¡Tanto! —repito con las lágrimas cubriéndome la cara.

El corazón, acelerado, galopa por el prado de la incredulidad.

Me falta el aire.

Oxígeno para asimilar la realidad.

—¿Desde cuándo? ¿Eh? ¿Desde cuándo engañas a mamá? O, mejor dicho, ¿desde cuándo nos engañas?

No espero a que responda. Me giro y me alejo tan rápido y el paso tan firme que papá no puede ni siquiera seguirme.

Nada de esto ha ocurrido, me repito mientras camino a paso ligero, Rambla arriba, aun desconcertada.

Yo no he visto nada.

Nada, subrayo mentalmente, con las lágrimas cayendo desordenadas por la cara.

Las ideas, como los pasos, tropiezan aun confusas en mi cabeza.

¿Lo sabrá mamá?

¿Debería contárselo?

13.

—El día ha sido muy intenso...y largo —me excuso con Paco—, no tengo nada de hambre.

—¿Y no vas a cenar nada de nada? —me pregunta extrañado.

—Es que estoy muy cansada —respondo aun con el estómago hecho un amasijo de nervios—, lo siento de verdad, solo quiero acostarme y descansar.

Y no despertar, pienso, hasta que olvide lo que he vivido. Hasta que no recuerde lo que he visto. Hasta que las cosas sean como antes y todo vuelva a ser perfecto.

O casi perfecto. Como la vida.

—Entonces acuesto a los niños y salgo un rato.

—¿Salir? ¿A dónde?

—Nada, una tontería. Me habían pedido si podía pasar por el Ateneu mañana, pero si no vamos a cenar juntos, prefiero finiquitarlo ahora.

—Como tú veas —contesto sin demasiado entusiasmo.

Es fácil intuir la tristeza porque ni siquiera Eva y Nil han rechistado cuando les he dicho que esta noche papá les contaría el cuento de buenas noches.

—Mamá no se encuentra bien.

—¿Te duele la barriguita? —pregunta Nil acariciándomela.

—Sí, cariño, pero mañana se me pasará.

Les doy un beso y les recuerdo que los quiero más que a mi vida.

—¡Hasta el infinito y más allá! —exclama Eva.

Es la primera noche que no los acompaño a la cama y siento que no me lo voy a perdonar.

La tristeza es una sombra que me acompaña sigilosa.

Nunca me había sentido así antes. Tan acompañada y a la vez tan sola.

Me digo que las valientes también nos derrumbamos.

Que las fuertes lloramos.

Y que las luchadoras necesitamos pedir ayuda.

—Necesito hablar contigo: Ha ocurrido algo —le digo en un escueto mensaje a Oli—, ¿podemos hablar?

—Hola, bonita. Sí, claro. ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Estoy destrozada.

—¿Qué pasa, Magda? ¿Está Paco contigo?

—No, se ha ido a no qué del Ateneu. Joder, Oli, es que es muy fuerte lo que me ha pasado... es que... es que hoy he visto a mi padre con otra.

—Jo-der. ¿Pero qué me estás contando?

—No, no. Ahora no. Hablamos mañana.

—Voy para tu casa —me dice sin pensárselo dos veces.

—Que no, de verdad. No vengas ahora. Mejor, ¿podríamos vernos cuando salgas del

colegio?

—Por supuesto. Pero, por favor, llama a Paco. Que me quedo más tranquila si no estás sola.

—A él ni siquiera se lo he contado.

—¿Cómo dices? —pregunta extrañada.

—... no sé. De eso también quiero hablarte.

Necesito ayuda.

Ser consciente de ello no me convierte en menos valiente, fuerte y luchadora.

Tan solo en persona.

14.

He quedado con Oli a las siete en el Estudiantil, el bar que queda más cerca de la estación de metro de Universitat. Se lo he contado todo con pelos y señales. No da crédito, como yo. Me dice que tengo que contárselo a Paco, que él me ayudará a gestionarlo. A hablar con mamá.

Qué debo hacer.

—Con Paco no estoy bien —le suelto, por fin.

—En todas las casas cuecen habas, Magda. A ver si te vas a creer que todos los matrimonios son perfectos.

—No estamos pasando por una buena época.

—Ahora no te me obsesiones con lo que te dijo la otra —responde refiriéndose a la bruja.

—Que no es eso. Si ya sabes que no yo creo en esas cosas... Es que me he dado cuenta de que casi no hablamos. No tenemos tiempo para nosotros.

—¿Hola? Bienvenida al club del 90% de los matrimonios: padre y madre trabajadores, niños pequeños, colegios, trabajo, rutina... Chica, lo normal.

—Ya, pero... siento que hay algo más.

—A ver. ¿Algo más de qué? ¿No querrás decir que Paco tiene una amante?

—No. No lo sé. Tengo una mala sensación.

—Mira, Magda, yo de ti hablaría claro con él. Y de paso le cuentas lo de padre. Esto no puedes callártelo. Estoy segura de que hablando os entenderéis. Y Paco estará, está —corrijo—, de tu lado.

—Ojalá tengas razón.

—Sabes que la tengo, amigui.

La amistad con Oli es una balsa de alegría en la que nado sin hundirme. Tras estar con ella me siento con fuerza para hablar con Paco y contarle lo que ha sucedido. El secreto de papá. Cómo me siento. Qué nos está pasando.

15.

—Ha llamado otra vez tu padre, es la cuarta vez hoy. Dice que le llames cuanto antes. Que quiere hablar contigo. ¿Me podrías decir qué os pasa? Y, por cierto, ¿no te podría llamar a ti directamente?

—Ya le llamaré luego —respondo a Paco omitiendo el último comentario.

—Eso mismo dijiste ayer. Y antes de ayer.

—Tú sabrás —contesta sin insistir más en los motivos—, pero no pienso atender más sus llamadas hasta que hayáis hablado. No soy el recadero de nadie.

—Está claro que no —digo con tristeza.

— Por cierto —cambia de tema—, esta noche iré al Ateneu y después probablemente cene algo con Santi.

—¿Entre semana? Había pensado que podíamos hablar esta noche, tranquilos.

—Mañana.

—¿Y no puedes cambiar lo del Ateneu?

—Imposible.

El amor no muere de forma súbita. Lo hace poco a poco. Una mujer tan solo necesita conectar dos neurotransmisores para enamorarse. Un hombre, tres. Y este es, en resumen, el concepto básico que diferencia a un hombre de una mujer respecto al amor. Si me lo hubiesen dicho antes me habría ahorrado la eterna espera de la llamada (frustrada) tras una cita y habría entendido que el amor es un proceso biológico y que el enamoramiento es temporal. Nota mental: lo único perenne son las emociones y los recuerdos.

¿Se refería a esto la bruja?

16.

Necesitaba hablar con Paco sobre lo ocurrido con papá, sobre la tristeza que sentía al despertar y que tan solo se calmaba cuando dormía. Sobre la apatía generalizada que sentía. No tenía ganas de salir. El trabajo se me hacía cuesta arriba. La rutina pesaba como una losa.

¿Qué pasaba en el Ateneu?

Paco salía cada vez con más asiduidad.

Yo solo quería dormir. Ni siquiera soñar, porque para eso se necesita ilusión y yo ya no la tenía.

—Oli, necesito que me acompañes.

—¿A dónde?

—Al Ateneu.

—Se llama Manuela.

—Me importa un comino cómo se llame —le digo a papá.

Hemos quedado en la cafetería de al lado de Pentagrama.

—No podré quedarme mucho rato —me excuso.

—No te robaré mucho tiempo —añade.

—¿Cuándo piensas decírselo a mamá? Porque se lo vas a decir, ¿verdad?

—Precisamente ha sido ella quien ha insistido en que hablemos.

—¿Mamá? ¿Cómo? ¿Y qué te ha dicho? ¿Cuándo habéis hablado? ¿Cómo está? —pregunto sin dejarle tiempo a contestar.

—Magda, cariño, tu madre sabe de la existencia de Manuela desde hace años.

Podría haber pronosticado miles de respuestas diversas, de explicaciones y excusas, unas más verosímiles que otras, pero jamás, J-A-M-Á-S, ni en la mejor novela de intriga ni con toda mi experiencia como editora, habría ni tan siquiera imaginado su respuesta. Ma-má-lo-sa-bí-a, me repito una vez más asegurándome de que lo he entendido bien.

Un jarro de agua fría, helada, me cae por encima dejándome de nuevo muda.

Papá continúa hablando, pero yo ya no lo escucho.

Oigo el hilo de su voz sin entender las palabras.

Gesticulaba, me acerca la mano, la coge, llega a besarla.

¿Qué parte de su vida, de mi vida, es verdad y cuál es mentira?

18.

—¿Qué haces esta tarde? —le pregunto a mamá.

—He quedado con Gloria y Lupe para ir a tomar un café.

—Diles que tienes otros planes. Te recojo a las seis —añado en tono autoritario, sin entrar en detalles.

—¿Vendrán los niños?

—No, se quedan con Paco. Estate preparada a menos cinco, te haré una perdida cuando llegue al portal. Y bajas.

No ha sido necesario que la avise, cuando he llegado ya me esperaba con los brazos abiertos. Me acerco a ella intentando evitar su mirada.

No puedo evitar el abrazo.

Andamos unos metros, pocos, hasta llegar a la cafetería de Aragón con Balmes.

—Dos cafés solos por favor, —le pido a la camarera.

—Y una botellita de agua del tiempo —añade mamá—. ¡Ay qué ilusión me ha hecho tu propuesta, hija! Merienda de chicas, ¡yujú! Como cuando eras pequeña—exclama mamá—. Se lo he dicho a Lupe y a Gloria: «Que me voy esta tarde con mi hija». ¿La grande o la pequeña?, me han preguntado. Con mi Magda, les he dicho. Pues claro, la mayor. La otra es Vanesa. Están un poco chochas. La Lupe te digo que tiene envidia. Es el peor sentimiento que puede tener alguien, hija. Gloria, ya sabes, como siempre con sus rarezas: ahora dice que escucha voces, que le hablan los ángeles.

Mamá habla para sí misma. Es algo habitual en ella.

—Déjate ya de marear la perdiz—la interrumpo bruscamente—, sé lo de papá. Y también sé que tú lo consientes. ¿Me tomas por imbécil?

El sonido de la cafetera de Brunch&Cookies enmudece. Mamá deja la taza de café decorada con florecillas azules y grises sobre la mesa y se limpia la boca con delicadeza antes de contestar:

—¿Qué es exactamente lo que sabes?

Y sin dejarme responder, añade:

—¿Que está con Manuela o que no es tu padre biológico?

Me quedo petrificada en la silla. Mi cuerpo sigue allí pero no me pertenece. Mamá mantiene firme la mirada, compungida por años de silencio, de mentiras. No reconozco a la mujer que tengo delante, la que alza su autoestima y saca pecho.

La que se ha callado por dignidad y por amor. Por la familia. Por sus hijas. Por mí.

¿Por qué?

¿Cuántos secretos más guarda esta familia?

Y como si le tiraran de un hilo, salen las palabras enhebradas en su lengua tejiendo un discurso:

—Fue un desliz. Un amor de verano, fugaz e intenso. Tu padre y yo habíamos reñido.

Nos habíamos dado un tiempo.

Silencio. ¿Dónde está mi cuerpo?

No lo siento. No doy crédito.

—Por aquel entonces yo trabajaba de camarera en un hotel de la Costa Brava. La Terrassa, se llamaba. Le conocí allí; había venido con su familia de vacaciones. Era belga, de la parte flamenca. No volví a verle...

Hace una pausa con los ojos llenos de lágrimas y añade:

—...A tu padre biológico.

19.

Siempre he preferido la verdad a la mentira. Menos cuando la verdad duele más que la mentira. Entonces no quiero ni la una ni la otra.

—Mamá —balbuceo.

—Tu padre es tu padre. Aunque no sea el biológico.

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Ahora? ¿Con cuarenta y un años me dices que mi padre biológico es un belga que te tiraste en una noche de verano y del que no supiste nada más? Es que... es que alucino. No me lo puede creer, mamá, ¡joder! —exclamo.

—Habla bien —me regaña inquisitiva—, eras tú quién quería saber, ¿no? Pues esta es la verdad. Toda la verdad —recalca con los labios temblorosos.

—Yo no te he preguntado quién es mi padre. ¡Papá es mi padre! —exclamo aun confusa —, sabías perfectamente sobre qué quería hablar contigo: Manuela. ¿Pero eso también lo sabías verdad? Sencillamente estabas esperando a que lo descubriera por mí misma, porque ni tú ni papá habéis tenido el santísimo valor de decírmelo. Ni a mí ni a Vanesa.

Mamá me lo ha contado todo con pelos y señales. Ha dicho que papá siempre se ha portado bien con ella. Que estaban juntos cuando tuvo la primera falta y que se asustó mucho. Tenía molestias y enseguida sospechó que podía estar embarazada.

—No, de papá no podía ser—aclara—. Estaba segura. No sabía qué hacer, en aquella época no se podía abortar. Hubiese tenido que ir a Francia o a Inglaterra y, ya sabes hija «mis padres no me hubiesen dejado volver. Hubiese sido la vergüenza de la familia».

—Entonces, ¿papá aceptó estar contigo aun sabiendo que estabas embarazada y que el bebé que esperabas no era suyo?

Asiente con la cabeza y saca un pañuelo de tela para secarse las lágrimas. Se suena fuertemente la nariz, como si quisiera romper el silencio que hay entre nosotras.

—Me casé con tu padre embarazada de tres meses. Nadie lo notó. A nadie le extrañó que poco después de la boda dijéramos que seríamos padres. A los seis meses naciste y tu llegada fue una bendición. Lo importante entonces era formar una familia. Le prometí a tu padre que tendríamos un hijo biológico.

—Necesito alcohol —replico mientras le hago una señal al camarero.

Las heridas escuecen igual con alcohol que con dosis de realidad. Somos la generación «tirita», incapaces de enfrentarnos al dolor. A la verdad.

Vivimos en una sociedad que no está preparada para sufrir.

Yo no estoy preparada para la verdad.

Mamá no quiere convivir durante más tiempo con la mentira.

—Éramos felices —continúa mamá—, papá te ha criado y querido como a su propia hija. Igual que con Vanesa. Jamás ha habido distinciones entre la una y la otra.

—Déjame que lo adivine. Sabías lo de Manuela desde el principio. ¿Verdad?

—Sí —contesta tajante.

—Y... has tragado con todo porque sentías que se lo debías...por mí. ¿Me equivoco?

—No tenía ningún derecho a recriminárselo, Magda. Él te había aceptado como su propia hija. ¿Quién era yo para darle lecciones de moralidad?

—La moral tiene muchas formas, mamá. Pero desde luego tú aún no has encontrado la tuya —respondo con dureza—. No busques en mí la complicidad porque no la encontrarás.

La pareja de abuelas que degusta dos suizos con melindros se gira. Una de ellas baja el volumen del audífono y la otra le hace un gesto con la mano de «qué maleducada es esta chica, fíjate cómo le habla a su madre». Les podría contar que mamá, que ha marcado mi infancia, adolescencia y vida adulta, acaba de decirme que nací de un polvo de verano y que de mi padre biológico tan solo recuerda que tenía las manos grandes y la piel morena.»

—¿Y entonces, nunca has intentado ponerte en contacto con «él», contarle que había tenido una hija?

—No. Jamás —confirma—. ¿Y qué te crees? ¿Qué ha sido fácil para mí? —responde enfurecida, como si sus palabras escupieran la ira y el tiempo que guardaba la mentira—. ¿Sabes cómo me sentí cuando supe que estaba embarazada? Sola. Muy sola. ¿Te has sentido alguna vez así?

El silencio nos invade de nuevo, esta vez dejándonos a las dos mudas.

—Tu padre conoció a Manuela hace unos años, antes de que nacieran Eva y Nil; me dijo que no podía continuar conmigo. Que quería separarse. Le supliqué que no lo hiciera, que le perdonaba. Pero ya no estaba enamorado de mí. Entonces le pedí que lo hiciera por vosotras. Por sus nietos. Supongo que eso le enterneció. Y yo tenía mucho miedo, Magda. De la soledad. De sentirme abandonada. De no saber a quién pertenecía. De estropear el momento más feliz de tu vida.

Mamá rompe a llorar desconsolada y a mí se me despedaza el alma.

La mujer que conocía no es aquella. La que tengo enfrente está asustada, temblorosa, avergonzada y sobrepasada. Me mira sin detenerse en las pupilas.

Respiro hondo. Acerco mi mano buscando la suya, compasiva:

—Mamá —sollozo—...tengo que digerirlo. Yo...—digo al tiempo que trago saliva—, no puedo decirte otra cosa.

—No olvides cuánto te quiero —me dice mamá antes de despedirme de ella.

Me voy para casa, no puedo continuar encerrada en la cafetería de los secretos.

Echo de menos hablar con Paco. Necesito que me arrope y que me diga que todo irá bien. Que él sabe quién soy y que con eso basta. Que conocer a mi padre biológico no cambiaría nada. Que Fernando es mi padre, aunque no esté escrito en la sangre, ha firmado mi vida con consejos, amor y de cuentos y besos mi infancia.

En cualquier otro momento se lo habría contado.

Y, sin embargo, mientras camino hacia casa me siento más sola, menos arropada.

Hay muchas formas de perderse. La peor, sin duda, es dilapidar tu identidad.

A quién pertenezco. De dónde vengo.

¿Es toda mi vida una mentira?

20.

—Mi padre no es mi padre biológico. Y, por si esto fuera poco, está con otra mujer y además mamá lo consiente —le cuento a la psicóloga.

—Veamos. Vayamos por partes. ¿Qué ha supuesto para ti descubrir que Fernando no es tu padre biológico?

—Un mazazo. Me siento engañada. Perdida.

—¿Te aliviaría, de algún modo, conocer a tu padre biológico?

—No lo sé, pero tampoco es posible. Mamá no tiene ningún dato que pueda ayudarme a encontrarle.

—Entiendo. Quizá podrías hablar con tu padre y reencontrarte con él, con la persona que ha estado a tu lado desde que naciste. Dime, ¿cómo definirías la relación que tienes con tus hijos? Es decir, ¿qué te convierte a efectos prácticos en su madre?

—Sé por dónde vas.

—Hagamos este ejercicio, como si fuese una lista. Ser madre es...

—Cuidar a mis hijos, apoyarles, estar a su lado cuando me necesitan y cuando no también, contarles cuentos, responsabilizarme de su educación y bienestar, ...y darles todo mi amor.

—Ahora dime, ¿lo ha hecho Fernando contigo?

—Sí —respondo con las lágrimas aflorando—, siempre. ¡Si es que se me ha juntado todo y siento que no puedo más! —estallo—, y, por si fuera poco, siento que mi matrimonio se está yendo al traste, que la persona que más apoyo debería darme no está. Y no lo entiendo. No sé qué pasa. Ya no puedo más.

—Magda, tranquila, respira —me consuela—. Había pensado en la posibilidad de derivarte al Doctor Garriga, especialista en psiquiatría y, viendo cómo te encuentras, creo que es lo más conveniente.

—¿Un psiquiatra? No. Rotundamente no. Conseguiré sobreponerme. Siempre lo hago.

—Escucha, por favor —me pide con dulzura—. Déjate ayudar. Estás en un momento de crisis. Un tratamiento psiquiátrico te facilitará equilibrar las emociones, a que no lo pases tan mal. La solución la sigues teniendo tú. Trabajaremos juntas en la consulta, pero con ayuda. ¿De acuerdo?

—¿Cuándo empezamos?

Todas las pastillas para la tristeza acaban en -tina. Todas las pastillas para soñar acaban en -pam. Por la mañana me tomo las de iniciar el día. Por la noche, las de soñar. El psiquiatra me ha advertido de que la eficacia de los antidepresivos no se notará hasta que hayan transcurrido, al menos, un par o tres de meses.

—Durante los primeros días podrías tener sensación de mareo, dolor de estómago, náuseas e incluso dolor de cabeza. Es normal. Tu cuerpo y mente irán adaptándose a la medicación».

—¿Y cuánto tiempo tendré que medicarme?

—El necesario. Hasta que los síntomas desaparezcan.

¿Y si la tristeza no desaparece hasta que se acepta?

21.

Toda relación tiene una banda sonora. La mía con Luis empezó con Bizet, siguió con Bach y acabó como el rosario de la aurora con el Réquiem de Verdi. Con el transcurso de los meses tras la separación me siento mejor. Más relajada. Empoderada. Soy consciente de que he pasado muchos meses encerrada en mi área de confort. No es culpa de Luis. Tampoco mía. Quizá de la rutina. Del camino de la vida que nos conduce, como un río, desde la cima de la montaña hasta la desembocadura. Y en este punto de mi vida, en el que no sigo una ruta, me siento más libre que nunca.

Hace tiempo que no veo al vecino del cuarto.

¿Le habrá pasado algo?

Quizá debería llamar a su puerta, como toda buena vecina que se precie, y preguntarle si está bien. Si necesita algo. Él miraría por la mirilla —le da un toque más literario—, se pondría la mano en el pecho y, sorprendido al ver que soy yo, me abriría rápido. Entonces me diría que «tiene lo que necesita justo enfrente». Me sofocaría, juntaría las piernas al más puro estilo Lina Morgan y me mordería el labio inferior. Él pondría boca de piñón, se acercaría a mí y me cogería en volandas hasta conducirme al salón, donde me estiraría en el sofá, me bajaría las braguitas —no, no, braguitas no, el tanga de encaje negro— y me tocaría sua...

—¡Mamaaaaaa! ¡Ma-ma! ¿Te queda mucho?

Atención, atención. Tierra llamando a Olimpia. Repetimos. Tierra llamando a Olimpia. Aterrice, por favor.

—Ya voy, ya voy —digo mientras vuelvo a la realidad, y tiro de la cadena.

—¡Joder, mamá! ¡Va! Date prisa, porfa, que tengo que cepillarme los dientes y me está esperando papá.

—Es que una no puede hacer ni sus necesidades fisiológicas tranquila —me quejo mientras abro la puerta del baño.

—Pero si te pasas el día en el baño —contesta María. Y añade—: deberías mirártelo.

—¡María! —le regaño.

—¡Uy, sí! Perdona.

—¿Te has preparado la ropa del fin de semana?

—Obvio.

—¿Llevas el ordenador y la mochila del instituto?

—Obvio.

—¿Y el ventolín?

—Obvio.

—¿Podrías dejar de decir «obvio» cada vez que respondes?

—Obvio.

—Estás imposible.

Ay, la adolescencia. María está en plan «mírame y no me toques». Juega a padres

separados, lo que no le permite hacer uno quizá se lo consienta el otro. Así hasta que Luis y yo nos hemos dado cuenta del chantaje emocional que nos hace a ambos y hemos puesto cartas en el asunto:

—Que estemos separados no significa que puedas hacer lo que te dé la gana —le hemos dicho—. A partir de ahora las salidas con las amigas, los horarios de llegada y todo lo que tenga que ver contigo, t-o-d-o —recalcamos— nos concierne a ambos. Y en eso, María, tu padre y yo estamos juntos —sentencio al tiempo que Luis asiente con la cabeza.

Al menos estamos de acuerdo en algo. En lo importante, al fin y al cabo. Estar separada de Luis es más sencillo que estar casada con él. He sido consciente de ello con el paso del tiempo. Pasa como con todo. Con lo malo y con lo bueno. No valoras lo que tienes hasta que lo pierdes. O hasta que lo ganas, como yo. Soy más fuerte ahora. Más sabia. Menos naif. Me he redescubierto. También estoy aprendiendo mucho. Digamos que a pasos agigantados. Como en las primeras citas que tenía a través de Amor en Línea. ¡Qué inocente era! Siempre pagaba yo, por aquello de la igualdad de sexos y el machismo y... ¡A tomar por el culo la igualdad!, me dije en la penúltima cita. Que pague él. No me sobra el dinero. A decir verdad, me cuesta llegar a fin de mes. Y a dormir, cada uno en su casa y Dios en la de todos, pensé cuando el último ligue me propuso ir a dormir juntos. En cucharita, no te fastidia. No. Eso se acabó. La cucharita es una invención de las películas románticas edulcoradas. Ninguna de ellas menciona el dolor de espalda que se te queda tras estar horas durmiendo con el pecho del otro pegado a tu espalda, el aliento —no fresco, sino el de horas encerrado— comiéndote la oreja y el ronquido. Sí, el ronquido. Porque llega un momento en la vida en el que no dormimos plácidamente, ni respiramos profundamente, no. Roncamos. Y mucho. En el mejor de los casos es un leve soplo y en el de muchos, o la gran mayoría, empieza suave y acaba en un fuerte estruendo que bien podría romper el techo. Así es que después de varias citas con distintos hombres en las que no solo he pagado la cena, sino que además les he ofrecido tomar unas copas en casa y he acabado pasando la noche sin pegar ojo, me jure y perjuré que nunca más metería a un hombre en mi cama si no era para echar un polvo. Y después, con viento fresco y a su casa.

Lo de la tapa del wáter es otra cuestión. En eso Luis es muy pulcro: orina siempre en posición fetal, o sea, sentado. Se lo había enseñado su madre. ¡Bien por ella! Qué asco le dio el día que quedé con el profesor de primaria y vi que había salpicado la taza del wáter de orina y, por si aquello fuese poco, había dejado la tapa hacia arriba.

Hombres del mundo: ¿tanto cuesta bajarla?

El piloto, el último ligue de Amor en línea, me escribe wasaps con asiduidad, sobre todo por las noches, rozando la madrugada. Algunos mensajes son bastante subidos de tono. Un tanto obscenos. Más de una se escandalizaría al leerlos. Me describe dónde y cómo se está tocando, y cuando está lo suficientemente excitado me envía fotos de su miembro viril erecto. Al principio tengo que reconocer que no me gustó recibir ese tipo de imágenes, pero después, según ha transcurrido el tiempo, he entendido que forma parte del juego.

Sexo por teléfono.

Yo le sigue el rollo y le describe lo que llevo puesto—la gran mayoría de veces me lo invento—, y cuando ya no puedo aguantar más la excitación cojo el satisfyer del cajón de la mesita de noche y me masturbo. A veces con él, otras en solitario, porque el orgasmo no es simultáneo, por mucho que nos lo vendan así en las películas porno.

Él me pide que sigamos con la conversación por teléfono.

—Quiero oír cómo te corres —le escribe.

Tras mucho insistirme, acepto.

—Me gustaría follarte ahora mismo. Quiero comerte el coño entero —me dice el piloto con la voz entrecortada.

Pienso en mi respuesta. ¿Qué puedo contestar a eso?

—¿Y qué quieres que te diga?

—No sé, dime: sí, fóllame entera, soy tu perra.

No. A no me va este rollo, pero... ¡Va! Que no se diga. Es un juego, me sonrojo mientras escribo:

—Y yo rozaría con mi lengua la punta de tu pene—contesto.

—¿Y qué más me harías?

—Después lo cogería entre mis manos y lo introduciría en mi boca con suavidad. Lo lamería poco a poco, de abajo arriba, de abajo arriba.

—Estoy a punto de correrme.

—Entonces me lo introduciría en la vagina y te cabalgaría. Y aun con el sabor de tu pene en mi boca, te besaría hasta que explotarás de placer dentro de mí.

Por unos segundos el silencio se hace dueño de la conversación.

Activo el manos-libres del móvil y lo dejo sobre el nórdico. Me masturbo lentamente, juego con mi clítoris haciendo círculos. Muevo los pies como si no pudiera contener el placer.

El piloto susurra, jadea a lo lejos, describe cómo recorrería mi cuerpo desnudo con su lengua.

—Succionaría tus pezones como si fueran unos espaguetis y jugaría con ellos con la punta de mi lengua.

Hos-tia-pu-ta. ¿Acaba de comparar mis pezones con unos espaguetis?

Eres el rey de la lírica, pienso.

—Y entonces te penetraría. Suave, muy suave. Así. ¿Puedes sentirme?

Nunca he entendido lo de las diferentes velocidades del *satisfayer*. En este momento tampoco me importa. Le doy a la primera y después cambio a la segunda y entonces paso a la tercera, que es como si un martillo te estuviese aporreando el clítoris, y entonces decido volver a la segunda y digo, gimoteando:

—Oh, sí, ah, uy, uy, ah, ah.

El piloto continúa jadeando, habla a lo lejos, como si de una voz de ultratumba se tratase.

—Me voy a correr.

—Oh, sí—me implora.

Tras una pausa en que el piloto jadea, por fin dice:

—La próxima vez será en persona. Quiero pasar la noche follando contigo.

¿Qué debería contestar a esa propuesta? Una cosa es el sexo telefónico y otra bien distinta es llevarlo a la práctica.

Por eso se le denomina fantasía sexual.

—Te tengo que dejar —contesto con el corazón aún acelerado, rehusando la propuesta.

Cuelgo la llamada, me levanto de la cama y voy al baño. Tengo las mejillas sonrosadas, sofocada y la camiseta humedecida por el sudor.

Necesito darme una ducha rápida. «Me paso un agua como los gatos», me digo al ver lo tarde que se ha hecho.

Cuando regreso a la habitación, desbloqueo la pantalla del móvil, que marca las 2:14 de la madrugada.

Un nuevo mensaje del piloto:

—¿Qué me dices? ¿Quedamos el viernes? —insiste.

Me hago la remolona y contesto:

—Pero nada de dormir juntos —le advierto.

—¿Me tomas por un romántico? —responde sarcástico.

22.

El sexo con el piloto es el mejor que he probado. Posturas que jamás he practicado. Sexo oral. Sexo anal. Besos por todos los orificios que se pueden imaginar. Tiene una buena polla. La medida justa para que pueda lamérsela sin que me den arcadas. Pero aquello no conduce a nada. La relación es puramente sexual. Tarde o temprano acabará. Quizá cuando la novedad ya no sea suficiente para el deseo. O cuando esos encuentros fortuitos que tenemos de aquí te pillo aquí te mato dejen de excitarnos. Entonces empezará la rutina. Sí, la sexual. A esa también le afecta el aburrimiento y las mismas posturas y otra vez el mismo lugar.

Le diré que ya no quiero verle más. Que se acabó.

Muy a mi pesar, porque no cabe duda de que existe una excelente conexión sexual entre ambos, pero no es motivo suficiente para ir más allá.

No quiero sufrir.

No quiero volver a desnudarse emocionalmente ante nadie. Me aterra volver a pasar por el mal trago de una separación. Sí. Otra. Con lo que me ha costado encontrar el equilibrio. No, no podría soportar de nuevo tener que rehacerme, empezar de nuevo. Tampoco siento nada profundo por el piloto, ni siquiera esa chispa del principio. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza al vecino.

Qué tonterías, si apenas has cruzado unas palabras con él.

¿Será posible?

La inseguridad vuelve a aparecer.

—Lo he pasado muy bien contigo. De verdad. Pero no es esto lo que busco —le escribo en un escueto wasap—. No puedo seguir viéndote.

—¿Y por qué no seguir juntos, disfrutando del buen sexo hasta que encuentres «al amor de tu vida»? —me responde el piloto en un audio con tono irónico.

—Lo siento, pero no. Te deseo todo lo mejor —sentencio antes de eliminar la conversación y el contacto de la agenda del móvil.

Se acabó.

Nuevo mensaje de wasap. Contacto desconocido:

—Eres una mala puta.



«¿Y si llamo a la puerta del vecino del cuarto para informarle de la reunión de escalera? De algo me tiene que servir ser la presidenta», pienso mientras fantaseo con ese momento. «¿Y qué me pongo? No voy a ir de cualquier manera. Quizá un *look* casual. Unos tejanos y camisa. No. Demasiado formal. Un chándal. ¡Uy, no! Podría ponerme el vestido ceñido de mi cumpleaños,

pero no sé si me entra. La última vez sufrí con la cremallera. ¡Ya está! Los pitillos con el jersey en pico. Arreglada pero informal. Sí. Mañana mismo voy. Por la tarde. No, no. Mejor por la noche, antes de cenar. Y le digo: ¿interrumpo? Así sabré si está solo o acompañado. ¡Qué lista eres, Oli! ¿Quieres dejar de pensar en alto?»

No entiendo por qué todo el mundo se empeña en buscarme novio. La gente es muy pesada. Debería encargarse de sus asuntos y dejar en paz a los demás. Desde que me separé de Luis me han llovido las propuestas. Que si el primo de esta, que si el hermano del otro, que si mi compañero de trabajo que también está soltero, que si el mejor amigo de mi marido que le falta un huevo. «¿A tu marido?». No, a su amigo. «¡Ah! ¿Y era necesario ese dato?». No, pero es que es muy buena persona. «Ya, pues sal tú con él». Olimpia, querida, pero si yo ya tengo ma-ri-do. Como si no lo supiera, hija. Es la típica que se pasa el día hablando del susodicho: Mi marido me ha llevado a cenar a un restaurante con estrella, mi marido ha reservado una habitación en el mejor hotel de Llafranc, mi marido es un bendito, mi marido...

Mi, mi, mi. ¡Cuánta posesión!

Podría hacerle una visita al vecino del cuarto a media tarde. María duerme en casa de su amiga Leticia y estaré sola. Quién sabe. Igual la cosa... Anda, anda. Shhh. Deja la fantasía para escribir novelas. Podría darme un baño con espuma y añadir una bola de jabón de Lush. Cuando acabe, me doy un masaje hidratante con manteca de karité y me perfumo cuello y muñecas con con Iris de Prada. Un buen conjunto de lencería fina, y los pitillos negros de Calzedonia que me esconden la barriga y suben el culo. El jersey color camel, holgado, que no me marca los michelines de los lados. El escote en pico es el justo. Quizá demasiado, me digo al salir de casa y verme reflejada en el cristal del ascensor.

—¡Vecina! ¿Qué pasa? ¿Dónde vas tan guapa? —me saluda el señor Aurelio que vive al lado. Mierda, joder. Otra vez El Cotilla.

Pobre hombre. Si no me cae mal, pero es que es muy pesado. María dice que es un poco raro. «Parece la vieja del visillo.» ¿Quién es esa?, me pregunta. «Un personaje que hacía el de Cruz y Raya, ahora no recuerdo el nombre... El moreno.» Ya, ya. No hace falta que sigas —me interrumpe—. De esos programas que veías tú de joven.

Ay, alma cándida. Arriero somos y en el camino nos encontraremos, pienso.

—¿Es mañana la reunión no? —me pregunta Aurelio—. Y añade: ¿y a qué viene tanta prisa, señora presidenta?

A ti te lo voy a contar, me digo para mis adentros.

—Es... es por el correo publicitario —se me ocurre decir—, que sería conveniente colocar un cartel en la entrada avisando.

—¿Y para eso una reunión de vecinos?

Qué *mascao* que es el Aurelio.

El ascensor llega justo a tiempo para evitar la respuesta y logro escabullirme de la curiosidad inagotable del vecino. Me despide de él, abro la puerta, entro, inspiro profundamente, expiro, repaso mentalmente la frase que he preparado y llamo al cuarto.

Allá vamos, pienso al tiempo que esbozo una sonrisa traviesa.

El ascensor se detiene en el cuarto y me empiezan a sudar las manos, la rabadilla del culo y las axilas, que ya han dibujado dos rosquillas. Antes de salir del ascensor me froto los pezones por encima del jersey para que marquen. Saco pecho palomo, estiro cuello pelícano, meto la barriga en modo hipopresivo y punteo culo a lo Kardashian.

Eres ridícula, me digo.

Quizá no haya sido una buena idea.

Reculo, doy media vuelta y en el transcurso de una décima de segundo la puerta se abre y aparece ante mí el vecino del cuarto. En pijama.

Oh-Dios-mío.

—Hola, vecina —me saluda aun sorprendido por verme ante su puerta—, ¿todo bien? ¿te puedo ayudar en algo?

Fuego. Mucho fuego. Necesito que vengas a apagarme el...

—Fuego. Digo, correo. El correo. Reunión.

¿Podrías hacer el favor de hablar como una persona normal?

Olimpia, por favor, compórtate como tú sabes. Seriedad.

—He venido para informarte de la reunión de vecinos.

—Ah, vale. Sí, sí. Perdona, te debo una disculpa. Soy consciente de que en los últimos meses me he escabullido.

¿Ein? ¿A qué se refiere? No importa, Oli. Hazte la tonta y síguele la corriente. Barriga, mete barriga. No aflojes ahora. Sonríe, coño. S-o-n-r-í-e. La encía, que no se te monte el labio en la encía. ¿Quieres dejar la lengua quieta?

—No pasa nada...

Dale cuerda.

—Sé que como tu sustituto no he estado a la altura. Pero si quieres, quedamos una tarde y me pones al día.

Oh, señor. ¡Señor! ¿Ha dicho quedar?

Qué calor tengo. Me arden las mejillas. Las orejas tienen vida propia.

¿Lo ha dicho? ¿O son imaginaciones mías?

Shhh. Calma, mucha calma. Reacciona, Oli, reacciona.

—¿Y qué me dices? —vuelve a preguntar mientras se echa el pelo, negro como el carbón, hacia atrás.

No me siento las piernas. Me flojean. Estoy en modo estatua sin poder articular palabra. Me he quedado embobada en la forma ondeada de su cabello. Tiene una cana. ¿Qué es una cana sino señal de la experiencia?

En mi cabeza Leonard Cohen me susurra:

Hallelujah, Hallelujah

Hallelujahhhhhh

Le acompaña el coro góspel, canto con ellos mentalmente, las rodillas ceden, la barriga suelta, la boca abierta y...

—¿Olimpia?

Cohen hace mutis. El coro se retira.

—Sí, pues claro. Justamente era lo que quería comentarte, antes de dejar el cargo —añado, como si hablase de un alto rango.

—Bueno...pues, si te parece, ya concretamos. Te envió un wasap y quedamos.

—¿Lo tienes? —respondo casi levitando.

Ahí has estado bien. Buena chica.

—No, espera, que cojo el móvil y lo anoto.

El vecino del cuarto entra en casa dejando la puerta entreabierta. Aprovecho para recolocarme el pecho, pasarme el dedo índice por los dientes y hacer unas muecas para relajar la mandíbula.

Quiero saltar. Gritar. No puedo creer que vayamos a quedar.

To-ma-ya.

Compostura, Olimpia. Com-pos-tu-ra.

¡La Rosalía!

El vecino regresa con el móvil en las manos. Desbloquea la pantalla y me mira para que le diga el número:

—664 89 09 98. Olimpia —añado.

—Sí, lo sé.

—Pero puedes llamarme Oli.

¿Era necesario? Eso ha sobrado.

—Pues Oli.

Me sostiene la mirada durante unos segundos, esos que deciden la siguiente escena. El beso. La despedida. El principio. El fin de una película.

Es solo cuestión de segundos lo que nos puede cambiar la vida.

—Buenas noches —le digo toda digna.

—Buenas noches, Olim...

—Oli —le corrijo.

—Oli —añade al tiempo que me guiña el ojo—. Te digo algo por wasap esta semana.

—Estupendo.

Paso del ascensor y bajo por las escaleras con la ligereza de una pluma. Las mariposas revolotean por mi estómago, los pajarillos cantan y las nubes se levantan, la vida es maravillosa, las mejillas me van a explotar de felicidad, las piernas no caminan, bailan, y cuando llego a la puerta de casa caigo en la cuenta de un detalle que había pasado por alto. Uno con el que no había contado:

La condenada foto de perfil del WhatsApp.

23.

Desde el incidente con papá no dejo de pensar en mi infancia. Aquel verano en el que papá y mamá alquilaron un apartamento en Alcocebre junto a los Martínez y los hijos de estos, el noveno cumpleaños de Vanesa en el Tibidabo, papá encendiendo la chimenea de la casa del pueblo. Navidad. La cabalgata de los Reyes Magos. La primera vez que fui en bicicleta sola y papá me gritó: Pedalea fuerte hija, ¡vas sola! El olor a fósforo. Cómo me gusta esta palabra. F-ó-s-f-o-ro. Fricativa labiodental sorda. Mixto, cerilla, bengala, «ver fuego», dice el Diccionario de Ideas Afines que tengo sobre la mesa del despacho en Pentagrama. Antes Paco me llamaba la «coleccionista de palabras».

¿Cuál fue la última que anoté en mi libreta? Ah, sí. Resiliencia.

La erre inicial ya denota fuerza. Garra. Esperanza. La gente suele confundirla con «resistencia» pero su significado no tiene nada que ver.

Los cuentos de papá en la cama hasta que me quedaba dormida. Los desayunos con Vanesa y mamá por la mañana antes de ir al colegio. Los domingos de paella.

¿De qué me serviría conocer a mi padre biológico? ¿Cambiaría algo en mi familia, en nuestra relación?

Supongo que no.

Papá y mamá habían tomado una decisión. Quizá la confundida sea yo.

Mamá, aunque rota de dolor durante nuestra conversación, se siente aliviada tras haberme develado quién es realmente mi padre biológico. Y aunque hemos pasado de ser una familia modélica a la extraña familia, me pregunto si existe una familia ideal.

—Necesito hablar contigo, papá.

24.

La cerveza artesana se ha puesto de moda en los círculos más «pro» de Barcelona. Muchos bares cuelgan el cartel de «tenemos cerveza artesana» para atraer a clientes que, pobres ignorantes, caen en la trampa de la cerveza de barril de toda la vida. Como los productos «bio» o «eco», e incluso los anunciados como sumamente healthy en los supermercados, son fruto de una campaña de márketing. La Beata, sin embargo, es nuestro templo de la buena y la selecta cerveza. Las cañas, siempre bien tiradas, con la espuma acolchando las copas, casi heladas. Los hipijos de Gràcia arrastran las barbas recortadas en pico —perfumadas y extra suaves gracias al acondicionador— mientras escogen la primera de las pintas del afterwork.

—Una *blonde* y otra ipa, por favor —le pide Oli al camarero.

Que ya es raro: un sueco de acento catalán o un catalán de ascendencia sueca, vendiendo cervezas artesanas en el epicentro del arte y la libertad.

—La mía sin alcohol —rectifico—, y unas olivitas para picar. ¿Nos sentamos en la mesa del fondo? —le propongo a Oli.

—¿Sin...alcohol? —me pregunta con extrañeza.

—Ahora te cuento. Por cierto, he visto que te has cambiado la foto de perfil —le digo mientras nos dirigimos a la mesa—. ¿No será por el vecinito? —le pregunto alzando la ceja.

—¿Tú qué crees? —responde con otra pregunta.

—Que has estado una hora haciéndote fotos.

—Pues ya está —se ríe—, pero total, para nada. No hemos vuelto a hablar. Bueno, dejémonos de distracciones y vayamos al grano —reconduce la conversación Oli—: ¿Cómo estás?

Las piernas me cuelgan como a Doña Rogelia en el taburete de dos metros de la Beata. Intento, en vano, cruzar las piernas y desisto cuando estas se resbalan por los *leggings* sin oponer resistencia.

—La psicóloga me ha derivado al psiquiatra. Me han pautado un tratamiento de antidepresivos y ansiolíticos. Por eso la cerveza sin alcohol.

—¿A ti? —pregunta extrañada.

—Sí, a mí. ¿Te sorprende?

—Supongo que son prejuicios...No pensaba que alguien como tú tuviese que tomar antidepresivos.

—Pues los necesito, Oli. De eso precisamente te quería hablar.

—¿Has podido hablar con Paco?

—No he encontrado el momento.

—Vivís juntos y... ¿no has encontrado el momento?

—Lo que menos necesito es que me regañes. Paco y yo no estamos bien.

—¿Te refieres a una crisis?

—No sabría qué decirte. Hemos pasado de ser un matrimonio a compañeros de piso.

—Bueno... a ver. No te precipites. Lo más importante es que hables con él, tienes que contarle lo de tu padre y....

—Sí, lo de mi padre. Que tiene una amante desde hace años, que mi madre lo sabe y que... Y que bueno, que ni siquiera es mi padre biológico.

—¿Qué? Espera, espera, repíteme eso.

—Lo que oyes. Cuando vi a mi padre con Manuela, su amante, se lo conté a mi madre. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que no solo lo sabía, sino que además consentía aquella relación. ¿Adivinas por qué?

Oli ni pestaña.

—Se siente culpable.

—Porque Fernando... no es tu padre —añade Oli.

—Efectivamente.

—Se quedó embarazada y él aceptó casarse con ella aun sabiendo que no era el padre del bebé.

—Jo-der. ¿Y sabe dónde está tu padre biológico? ¿Sabía él que tu madre se había quedado embarazada?

—No, ni siquiera sabe dónde para.

—A ver, lo que está claro es que si no te ha dicho nada antes es para no hacerte daño.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Y sino, dime: ¿qué te habría aportado saberlo?

—Nada. Sufrimiento...quizá.

—*Equiliqué.*

—Han sido demasiados secretos en poco tiempo. Siento que mi vida se desmorona por momentos. ¿Crees que se refería a esto la bruja?

Oli se queda muda. Piensa antes de responder:

—Olvida a la bruja. Son patrañas, tú misma lo dijiste.

—Ya, pero ¿lo crees?

—La vida en sí es un laberinto, Magda. Todos buscamos la salida.

—¿Y cuál es la mía?

—Pues... yo creo que lo primero que deberías hacer es hablar con Paco y, una vez se lo hayas contado todo, y te lo digo como amiga tuya del alma, estaría bien que pudieras desahogarte con tu padre.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Lo mismo, créeme —dice mientras se acerca para abrazarme.

—Bueno, ¿y tú que? ¿Estás bien? —le pregunto mientras deshacemos el abrazo.

—Vas a alucinar. ¿Te acuerdas de aquel que conocí en Amor en línea, el piloto?

—Sí, me enviaste una foto de él. El de los abdominales, ¿no?

—Exacto. El mismo. Bueno...—traga saliva antes de continuar—, resulta que me envió algunas fotos más, digamos, un tanto subiditas de tono.

—¡Ay, Dios, que me imagino por dónde van los tiros!

—La cuestión, que yo le envié otras. Nada fuera de lo normal, en serio. La cuestión es que la cosa fue a más y hablábamos por wasap y a veces por teléfono. Ya sabes, conversaciones sobre sexo.

La escucho sin perder detalle de lo que me cuenta. Por mi cabeza pasan miles de ideas, pero nada de lo que me pueda imaginar es comparable a la realidad, porque esa siempre supera a la ficción.

—...Total que mantuvimos relaciones sexuales por teléfono y al final, después de mucha insistencia, quedé con él y... Follamos.

—¿Qué te ha hecho ese desgraciado? ¿Te ha forzado a hacer...? —me adelanto a preguntar.

—No, Magda, no. Escúchame, por favor. Fueron relaciones consentidas. Pero cuando quise dejar de verle, cambió. Yo no quería seguir, no sentía más que atracción sexual y, simplemente, ya no me compensaba. No era lo que quiero. No es lo que quiero.

—Y entonces, ¿qué ha pasado?

—Pues que el muy hijo de puta había grabado las llamadas. Primero me envió un mensaje diciendo que era una mala puta. Le bloqueé y eliminé todas las conversaciones que habíamos tenido. También las fotos. Pensé que cuando pasasen unos días se olvidaría de mí. Pero no fue así. De hecho, fue a peor. Me llamaba por las noches desde un número oculto. Reconocí su voz. En la última llamada dijo que si no quería que las conversaciones y fotos que le había enviado se publicasen y difundieran en las redes sociales, tendría que pagarle cinco mil euros.

Suspiro profundamente.

—¡Hijo de la gran...! —exclamo.

—Le dije que estaba loco si pensaba que iba a caer en su chantaje —añade Oli cubriéndose la cara—. Esto es una pesadilla. ¡Me cago en la puta! —exclama con los ojos llenos de lágrimas e ira. ¡Cómo he podido ser tan tonta!

—Hostia, tía. A ver —digo tomándome unos segundos para digerir todo lo que me está contando—. Entonces, vayamos por partes: ¿dices que has ido ya a la policía?

—Sí. Lo he denunciado. Ha sido muy embarazoso, Magda. En serio. Es como si me hubiesen violado. Me siento sucia. Y es que las imágenes y los audios ya corren por las redes como la pólvora. Qué dirán en el colegio. Qué dirá María.

—Pero ¿qué te ha dicho la policía?

—Que estas denuncias son más comunes de lo que imagino. Que se han encontrado con muchos casos. Y que me aconsejaban que desde ahora tape siempre la cámara del ordenador, la tableta, el móvil e incluso los micrófonos.

—Tía —dijo Oli poniéndose las manos sobre la cara—, como lo vea María me da algo. O en el colegio. Imagínate. Los padres de los alumnos. Me destrozaría la vida.

—Si es que... Si es que ya te lo advertí, Oli. Que esas aplicaciones no son de fiar, que ahí solo vas a encontrar gente rara...

—Magda, ¡por favor! Lo que menos necesito ahora es que me sermonees.

—Ya lo sé, pero es que era de cajón que tarde o temprano...

—Qué tarde o temprano ¿qué, Magda? ¿Eh? Todos cometemos errores.

Y tiene razón. Yo la primera.

—Lo siento. No quería ofenderte.

—Si ya lo sé...

Nos abrazamos emocionadas. Oli llora de impotencia. Yo de tristeza.

Dos mujeres con dos realidades distintas.

Un laberinto. Una salida.

—Te aseguro que saldremos de esta —le digo—, juntas.

—Nunca volveré a meterme en una App —sentencia Oli—. No quiero saber nada más de los hombres.

Pero nunca es una afirmación demasiado tajante. Y la cabra siempre tira al monte.

El móvil de Oli vibra. Puede que sea María. O tal vez su madre, piensa. Se seca las

lágrimas, vuelve al taburete. La miro expectante. Pienso en mi vida. En hablar con Paco, con papá, recomponerme. Poco a poco. Oli sonríe. Un nuevo wasap. Introduce la clave, la pantalla del móvil se desbloquea y su cara se ilumina como por arte de magia.

Lee en voz alta:

«Hola, Oli. Soy Marcos, tu vecino del cuarto. ¿A qué hora quedamos el viernes? Si te apetece, podemos picar algo en mi casa mientras hablamos.»

Quizá Oli no tenga que encontrar la salida.

25.

—Es cierto que ahora no estoy en mi mejor momento... pero es solo cuestión de tiempo —me justifico con la psicóloga—. Le he dicho a papá que quiero hablar con él. Y después lo haré con Paco.

—Es un primer paso de acercamiento, pero tómatelo con calma. Por otra parte, recuerda que no tienes que demostrarle nada a nadie, salvo a ti misma. Eres una mujer extraordinaria, eficiente en tu trabajo, inteligente y resolutiva. Pero no te permites ni un solo fallo. Ese es tu talón de Aquiles: el perfeccionismo.

—Siempre he sido así. Ahora no voy a cambiar —respondo tajante.

—Esa no es excusa para continuar siéndolo. Por eso estás aquí —replica mientras coge el bloc de notas y apunta un número de teléfono—. Ten —dice al tiempo que me lo acerca—, llama y di que vas de mi parte.

—¿Qué es esto? —pregunto intrigada.

—Ya lo verás. *Open your mind* —añade guiñándome el ojo.

Escuela de risoterapia. R-i-s-o-t-e-r-a-p-i-a. ¿En serio? Debe de ser una broma, me digo cuando llego al portal de la escuela delante de la fuente de Canaletes. La psicóloga me ha recomendado que lleve ropa cómoda y unos calcetines de recambio: «Los necesitarás».

Llamo al telefonillo y una voz femenina, dulce, contesta:

—¿Magda?

Y sin darme opción a responder, añade:

—Pasá. Te estaba esperando.

La puerta que da acceso al portal se abre enseguida. La finca es antigua: techo alto, escalera de caracol de mármol gris, tallado, y una barandilla de madera. En la puerta del segundo segunda hay un cartel que dice: «No olvides sonreír hoy». Típica frase de Mr Wonderful, me digo con escepticismo.

Llamo al timbre y la voz femenina, dulce, abre la puerta y se presenta:

—Hola, querida. ¿Cómo *andás*? Soy Georgina, terapeuta y coach de la escuela —se presenta con un acento argentino muy marcado—. Bienvenida. Acá te vamos a cuidar.

La sesión dura una hora y media. Me dice que el objetivo de la sesión es liberar tensiones, desinhibirme, desdramatizar situaciones y darles un toque de humor.

Al principio me siento ridícula. Mucho. Me pregunto qué leches hago yo allí, con la de trabajo que tengo, asuntos por resolver, pudiendo estar con los niños, con Paco, la conversación con papá, estar en casa o qué sé yo, haciendo tropecientos mil cosas antes que ...

—En el vestidor encontrarás el material que necesitás para la clase —me explica Georgina—, escogé un disfraz. Cuando estés lista, salí.

...Antes que disfrazarme de unicornio.

¿Puede haber algo más ridículo que un disfraz de unicornio fosforito?

Me miro en el espejo, niego con la cabeza y me digo:

Eres patética, Magdalena.

—¡Maggy, acá te espero! —exclama Georgina alzando la voz desde la sala principal.

—Estoy lista. ¿Salgo?

—¡Dale!

Tengo que reconocer que pese a mi prejuicio inicial la clase resulta ser de lo más divertida. ¿Confiás en mí?, me pregunta Georgina disfrazada de camaleón. ¡Qué remedio!, pienso. Me dejo llevar. Bailamos, saltamos y hacemos carreras de sacos: un camaleón y un unicornio fosforito compitiendo por alcanzar la meta metidos en un saco.

Ver para creer.

—La última parte de la sesión es el role play. ¡Viste! Tenés que decir todo aquello que te inquiete o te preocupe, que no te permita avanzar.

Esperanza Gracia aparece como por arte de magia:

«Si hay algo que te inquieta o te atormenta...».

—Lo haremos juntas— y antes de que pueda replicar, añade—: cantando.

—Es que no me sale nada —contesto, cohibida—. Lo siento, pero esta situación me incomoda mucho.

La sonrisa vuelve a disiparse. ¿Pero qué hago?

—No te apures, Maggie, quizá en la próxima sesión. ¿Viste?

Pero no habrá más.

Me quito el traje de unicornio fosforito y me despido de Georgina con un «hasta pronto, ha sido divertido.»

Llego a casa a las ocho y diez. Paco me espera con el dedo señalando el reloj:

—¿Te has olvidado de la reunión del Ateneu? Habíamos quedado a las siete y media, Magda —dice enfurecido.

—¡Uy, la reunión!» —exclamo cuando lo recuerdo—. Lo siento, me he entretenido y se me ha hecho tarde.

—Últimamente es que vas a la tuya.

—¿Yo? ¿a la mía? ¿no será al revés?

—Es igual, no tengo tiempo para tus numeritos. Y mucho menos para ponerme a discutir contigo.

—De eso precisamente te quería hablar...

—No tengo tiempo. Los niños ya han cenado. Te están esperando para el cuento. Ha sobrado crema de verduras, por si te apetece un plato.

—Me voy. Hasta luego.

—¿Y cuándo hablaremos?

Se pone la chaqueta y antes de salir escopeteado, me dice:

—Cuando vuelva, te lo prometo.

Eva y Nil me esperan en el dormitorio escondidos bajo las sábanas.

—¡Uy! Pensaba que estarían aquí» —digo en voz alta mientras me acerco a las literas—. ¿Dónde se habrán metido estos niños?

—¡Aquí! —exclaman los dos descubriéndose.

Les cuento la historia de la Caperucita Roja versión dos mil trescientas cincuenta y cuatro.

—Os quiero hasta el infinito y más allá, multiplicado por un millón cien mil, ida y vuelta.

—Y yo hasta la luna y el sol y el infinito y los planetas y...

—Vale, Nil, amor mío. Te he entendido.

—Mami, yo también te quiero. Eres la mejor mami del mundo —añade Eva.

—Gracias mi vida. De hecho, no tienes otra —contesto mientras la arropo y beso su frente.

—Sois lo mejor de mi vida. Lo sabéis, ¿verdad? Y ahora, a dormir bichitos míos—me despido.

Son estos momentos. Sí. Estos pequeños instantes, diminutos y casi imperceptibles para algunos, los que hacen que me sienta viva.

La chispa del motor de mi vida.

Un primer paso para encontrar la salida.

Mi plan del jueves noche es recoger la cocina y ver algún programa interesante —léase con absoluta ironía— de la televisión. Después de estar zapeando durante una hora sin encontrar nada, pasé a la siguiente fase: Netflix, HBO, Amazon Prime y Movistar. El próximo mes me doy de baja, pienso. Nunca lo hago. Cojo el móvil y cotilleo las *stories* que las *influencers* han subido a Instagram y Tik Tok. Definitivamente deberían existir correctores de ortografía para redes sociales. Releo los últimos wasaps del grupo Candado y repaso las fotos que Oli me había enviado de sus ligues en Amor en Línea antes de dar la aplicación por finiquitada. Auriculares y lista de Spotify de This is Nina Simone. El serpenteo del mejor *soul* da paso a la primera estrofa de *My baby just cares for me*, una de mis canciones favoritas de la diosa Nina.

Is something he can't see

I wonder what's wrong with my baby

My baby just cares for me

La pantalla del móvil se ilumina. Mensaje de Paco:

«La reunión se ha alargado. No me esperes despierta.»

La noche de los jueves solía ser nuestra cita especial de la semana: cena, velas, música de fondo y conversaciones de madrugada. Paco y yo esperábamos a que los niños se quedaran dormidos para ponernos al día. Y aunque ambos estábamos muy cansados, era una cita a la que nunca faltábamos.

O al menos así ha sido hasta ahora.

Hace tiempo que no hay música, ni bailes, ni velas ni confidencias.

—Ten cuidado. Mañana hablamos —le escribo a Paco.

Estoy cansada de ser siempre doña perfecta. Cojo el móvil.

El aburrimiento puede causar estragos y, muy probablemente, este sea el motivo principal por el que me planteo curiosear en la aplicación de Amor en Línea.

¿Qué es lo peor que podría pasar?

Me descargo la aplicación en el móvil y, cuando el proceso finaliza, me pregunta:

—¿Eres nueva? Regístrate, es gratuito.

«No, gracias —pienso—: estoy tan solo de paso.»

Hace apenas unos días sermoneaba a Oli sobre Amor en línea y la gente rara que se conectaba a aplicaciones como esa y ahora soy yo la que accede a ella.

«Se te está yendo la olla, Magda», me digo negando con la cabeza.

—Introduce un pseudónimo —solicita la aplicación.

«¡Yo qué sé! ¡Qué complicado es esto!», me digo al tiempo que me arrepiento de lo que estoy haciendo.

Nina Simone canta *I want a little sugar in my bowl* cuando me viene de repente la inspiración y

escribo:

«Yozakura.»

No recuerdo la última vez que sentí cosquillas en el estómago.

Los románticos las llaman mariposas. De esas que no te dejan dormir, cuando tienes la mente tan activa que es imposible conciliar el sueño.

«Tienes un nuevo mensaje de Tintín41. Si quieres iniciar una conversación con él tienes que aceptar la invitación que te ha enviado por mensaje privado. Puedes acceder directamente en la pestaña de bandeja de entrada—mensajes—nuevos contactos. En caso contrario, clicas en la cruz».

«Aceptar».

Tintín41 está escribiendo:

¿Qué significa «yozakura»?

Los cerezos en flor que se iluminan de noche

¡Qué romántica!

Son las doce y cuarto y Nina continúa cantando.

«¿A qué horas llegarás? ¿Te queda mucho? No puedo dormir.»

Enviar mensaje a Paco.

—Llegaré tarde, la cosa se ha alargado.

—Sabía que no cumplirías tu palabra —contesto con resignación.

—Hablamos mejor mañana —zanja.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Ya te lo dije: en el Ateneu.

—¿Hasta las tres de la mañana?

—¿Ahora resulta que me controlas?

—No me cambies de tema, Paco. Sabes que no es eso... pero no me parece normal que pases tanto tiempo allí, vete tú a saber haciendo qué.

—¿A qué viene este numerito, ya de buena mañana?

—A que no sé qué te pasa, qué nos pasa. Necesito hablar contigo. Han ocurrido cosas y ni siquiera puedo contártelo porque siempre estás ocupado...o en el Ateneu.

—Venga, dime. ¿Qué pasa?

—No, así desde luego, no. Me gustaría que charláramos con calma.

—Como quieras, pero luego dices que soy yo quien no te escucha. Ah, por cierto, mañana tendré que volver al Ateneu. A ver si acabamos ya.

—Acabar...Si no sé ni lo que has empezado.

—Paso de esto, Magda, no tengo tiempo para tus reproches.

—No son reproches, es la verdad.

—Hasta luego, llego tarde al trabajo.

Siento que algo no funciona, pero no sé qué es.

En casa, me siento cada vez más sola.

¿Existe peor soledad que la de estar acompañado?

Me pregunto si habrá alguien más. Si las noches en las que Paco dice estar en el Ateneu son en realidad una excusa. Y si es así, ¿cómo no lo he visto antes?

—¿Tú crees que tiene una amante? —le pregunto a Oli por Candado.

—A estas alturas de la película, amigui, no sabría qué decirte. Pero eso lo descubrimos pronto. ¿Cuándo te ha dicho que tiene la próxima reunión del Ateneu?

—Pasado mañana, osea, el viernes.

—Pues apáñatelas como puedas; porque tenemos una misión.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a seguirle. ¿Se te ocurre un plan mejor?

—¿Seguirle? ¡Ni que fuésemos espías! Esto se me está yendo de las manos. Lo mejor será que hable con él, como adultos que somos. Se lo preguntaré directamente y ...

—Y quizá no te diga la verdad.

—La verdad solo tiene una cara, Oli.

—Qué filosófica te pones a veces, hija. De acuerdo, sé que no es la opción más madura y, si te me apuras, la que más riesgos supone: nos podría pillar. Pero, por otra parte, es la única manera que tienes de descubrir qué hace y si, como te dice, va la Ateneu. Contra antes lo sepas, mejor. Créeme.

Pienso en las últimas palabras de Oli y en su experiencia con Luis. No quiero sufrir. Si Paco oculta algo quiero saberlo, verlo con mis propios ojos.

—Sobre las nueve. Normalmente sale a esa hora. Te aviso y nos encontramos en el portal. Mejor vamos con tu coche. Le diré a mi hermana que se quede a dormir a casa y así está con sus sobrinos.

—Perfecto. E intenta no rallarte, sabes que estoy a tu lado. Siempre.

—Gracias, Oli... pero tengo un mal presentimiento.

Cuando Oli me contó sus múltiples historias con unos y con otros en Amor en línea imaginé que sería como un mercado del amor en el que cada uno compraba lo que quería. A decir verdad, hay de todo. Hombres que buscan un polvo y si te he visto no me acuerdo. Otros que quieren reemplazar a sus madres. A sus exparejas que ya ejercían de madres de sus hijos y de «madres» pareja. Y también los hay que simplemente buscan conversación.

Tienes un nuevo mensaje de Oso Amoroso.

«Aceptar»

—Hola, Yozakura. ¿Cómo estás? Veo que eres nueva. Me gusta conversar con gente diferente. Durante el día no puedo por mi trabajo y al llegar a casa no me espera nadie. ¿Puedo llamarte?

—me pregunta por el chat privado.

—No —respondo rotunda, aun sin entender el funcionamiento de la aplicación.

«Pero ¿qué estoy haciendo?», pienso mientras sacudo la cabeza y me dispongo a eliminar la aplicación del móvil.

—Tranquila. De verdad: no es para nada raro. No quiero sexo telefónico. Solo quiero hablar contigo. Los mensajes me parecen muy fríos.

No sé porqué he accedido a hablar con él. Quizá por mero aburrimiento. Por llenar el vacío que la distancia con Paco me provoca. Excusas, me digo.

Siento que la vida se descarrila, que estoy a punto de abrir la caja de pandora.

Tengo miedo.

¿Qué oculta Paco?

—Pero te llamo yo —digo como condición—. Cinco minutos como máximo.

Activo el número oculto del móvil y llamo al teléfono que me ha enviado en el último mensaje privado de Amor en Línea. Suenan dos tonos y una voz muy varonil responde:

—Buenas noches, Yozakura.

Las manos me tiemblan. El corazón late fuerte, desbocado y acalorado, la sangre ha pintado de rosa mi pecho.

—Hola —respondo por fin—, ¿no había un pseudónimo más cursi? —añado mofándome de él.

—No es tan rebuscado como el tuyo, desde luego. Pero eso no ha sido un problema para que hablemos.

—*Touché.*

Silencio. Me siento tan extraña. Fuera de lugar. De tiempo. De mi vida.

¿Pero qué estoy haciendo?

He tapado el micrófono del móvil con un pañuelo de algodón, como hacen en las películas antiguas de espías, para que no me reconozca la voz.

Menuda pánfila.

Me cuenta que trabaja como guarda de seguridad para una empresa de alarmas. Se separó hace seis años y desde entonces no ha vuelto a tener pareja. Lo que más echa de menos es llegar

a casa, conversar y explicar cómo le ha ido el día. Hablar. Dialogar. Charlar. Compartir.
—Una idea romántica y distorsionada de la vida en pareja —contesto con escepticismo.
Me despido de Oso Amoroso rápidamente y bloqueo el teléfono.

Tiempo. Quizá todas aquellas personas conectadas virtualmente a Amor en Línea buscan compartir su tiempo. Puede que hayan olvidado cómo hacerlo. Que no sean conscientes de ello. Encontrar a alguien con quien compartir los segundos, minutos, horas de su vida presente y futura, más allá del amor o del sexo. Eso vendrá después. Si viene.

No sé qué estoy haciendo, me siento tan perdida.

¿Tiene Paco una doble vida?

¿La tengo yo?

Necesito empezar a poner orden, cerrar conflictos.

Quizá debería empezar por el principio:

Papá.

Desde el despacho de la psicóloga —en Balmes— hasta casa hay cuarenta minutos a pie. Me gusta pasear por el centro sin prisa. Cambiar de itinerario. Descubrir nuevos caminos y callejuelas y comercios que antes estaban y de repente son nuevos. Caminamos sin fijarnos en los pequeños detalles que hacen única a nuestra ciudad. Las callejuelas de Gràcia. La entrada de la Universidad de Barcelona. Y su biblioteca. Parecía la de Hogwarts. Extraño el olor a madera vieja. Las escaleras de mármol, de grandes a pequeñas, rectas y en forma de caracol. Los libros con más años de historia que la historia que cuentan. El sonido de la fotocopidora de la copistería y ese aroma inconfundible de folios y dossieres y apuntes y fotocopias de apuntes. De campanas —pero no de las que suenan—, colillas —en mi época aún se fumaba en los pasillos—, partida de cartas —al mentiroso, al tres y al Remigio—. Echo de menos el tiempo en la universidad. A mis amigas. A esa vida en la que sentía que el futuro me quedaba demasiado lejano y el presente, era continuo.

—Me gustaría hablar contigo —le he dicho a papá por teléfono—. Podríamos encontrarnos en el puerto, en la cafetería a la que me solías llevar a merendar de pequeña.

—¿Aún está abierta?

—Por supuesto. A las seis, si veo que me retraso en el trabajo, te aviso.

—De acuerdo, hija.

Papá cuelga y me quedo con el sonido grave de su voz llamándome «hija».

¿Acaso no lo sigo siendo?

Mi rincón favorito de Barcelona es el puerto. Justo al lado de Colón. Donde todo acaba o todo empieza. Según la perspectiva. Como la vida. Recordamos los lugares no por su belleza o su particularidad, sino por las personas con las que hemos compartido ese momento o por cómo nos han marcado como individuos. Sentada en un peldaño del puerto, me bebí mi primer batido de cacao junto a papá. Grumos de chocolate disipándose en mi paladar.

Pienso en papá y Manuela. En la vida paralela de mamá.

¿Por qué se ha conformado con esta vida?

¿Por miedo a iniciar una nueva?

He salido del trabajo a las cinco y media, tiempo suficiente para llegar a mi encuentro con papá. Estoy nerviosa. El paso acelerado y los tacones se me resbalan por los adoquines de la historia de Barcelona. Un nudo en la garganta me impide tragar.

Veo a papá a lo lejos.

Está sentado en el banco que queda más cerca de la cafetería.

Cabizbajo, con semblante serio. Parece preocupado.

Me acerco a él y, antes de pueda saludarte, alza la vista:

—Magda, ... hija. Tenía tantas ganas de verte.

—Y yo a ti —contesto con emoción—. ¿Entramos?

La cafetería no ha cambiado prácticamente nada. En las baldosas hay nombres y dibujos y algunas anotaciones de quienes han pasado por allí a lo largo de los años.

Siento que mi infancia está impregnada en cada una de ellas.

—Hacía tanto que no veníamos —prosigue papá—, me sorprendió que escogieras este lugar para encontrarnos.

—Como antes —añado—, aún recuerdo cuando me traías aquí de pequeña a merendar.

A papá se le humedecen los ojos. Le señalo la silla para que tome asiento y me coge de la mano.

Un vuelco al corazón retumba en mi interior.

—¿Y qué merendamos? —le pregunto para romper el hielo.

—Pues no sé. ¿Qué te apetece?

—Lo de siempre: un chocolate con churros.

—Pues yo lo mismo.

Nos miramos y sonreímos. Siento que mi infancia ha vuelto.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué no me dijisteis antes que no eres mi padre biológico?

—Fue decisión de tu madre, no mía. No quería hacerte daño. ¿Qué te habría aportado saberlo? Lo único que se me ocurre es sufrimiento.

—Tarde o temprano lo habría descubierto, tal y como ha sucedido. Así es que el sufrimiento tan solo se ha prolongado en el tiempo.

—Créeme, hija, que la intención era ahorrártelo.

—Hablé con mamá. Me contó todo lo que recordaba de mi padre biológico que, por cierto, no es mucho. Nunca podré saber quién es en realidad.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa —añado con lágrimas en los ojos—, tú has cuidado de mí como tu propia hija.

—Y lo eres. Y lo seguirás siendo. Para mí eres mi hija, Magda.

Nos emocionamos. Papá busca un pañuelo para secarse las lágrimas. Busco uno en el bolso y se lo acerco. Cojo otro para mí.

—He estado pensando mucho. De hecho, estoy yendo a una psicóloga y, bueno, las cosas con Paco tampoco es que estén del todo bien. Pero esa es otra cuestión. De no haber sabido que no eres mi padre biológico, todo habría seguido igual. Es decir, ¿qué habría cambiado en nuestra relación? Nada. Entonces, ¿por qué tendría que cambiar por el hecho de que biológicamente no seas mi padre?

Papá me escucha atento, con los ojos abiertos y la mirada empañada de lágrimas.

—Y así quiero que siga. Como hasta ahora. Como padre e hija —concluyo.

—Siento el sufrimiento que esto te haya podido provocar. Nunca ha sido mi intención herirte.

—Lo sé, papá.

Me levanto de la silla y me acerco a él. Me coge de la mano. Se levanta y nos fundimos en un abrazo. Papá solloza. Siento su pecho retumbar en el mío. Me rompo con él.

¿Puede el amor de un padre y una hija escribirse con tiempo?

El camarero nos sirve dos tazas de cacao y una ración de churros.

—Esto huele que alimenta —dice papá mientras recobra la compostura.

—Y también quema —añado viendo el humo que sale de la taza—.

Se hace un silencio.

Papá sabe que nos queda otro tema pendiente: Manuela.

—¿Y ella?

—¿Qué quieres saber?

—No necesito detalles. Solo entender la relación que tenéis.

—Hija, no creo que puedas llegar a comprenderlo.

—Probemos.

—Es mi vida. Y es mi elección. Tu madre está de acuerdo. No nos hacemos daño. Amo a Manuela, es la mujer de mi vida. Y tu madre, la persona con la que he formado una familia. Nuestra familia.

—¿Y eso es todo?

—No te debo ninguna explicación. Sobre esto, no —dice seco—. Las únicas personas a las que nos atañe, es a nosotros.

Papá se recoloca en la silla. El chocolate se ha enfriado.

—¿Los probamos? —le pregunto señalando los churros.

Sonríe con una mueca.

Mientras le veo degustar el chocolate con churros como antaño, me pregunto si se han cambiado las tornas. Si soy yo la que podría provocarle sufrimiento, el mismo del que él me ha salvado durante estos años.

Quizá el egoísmo y la incapacidad de ver más allá no me haya permitido ver que, aunque no seamos una familia convencional, somos una familia. Y, al fin y al cabo, eso es lo importante.

—¿Quién soy yo —digo por fin— para decirte cómo ser feliz?

Papá me mira de nuevo. No dice nada. Tan solo me escucha.

—No es la familia que imaginaba, en honor a la verdad, pero recientemente he descubierto que tampoco existe la familia perfecta. Y que la felicidad no siempre es convencional.

Sonríe aliviada, no tanto por el acercamiento con papá sino porque quizá sea esta la clave de mi felicidad. La de mi familia con Paco y los niños. Esa que había imaginado perenne, inamovible.

El amor, como nosotros, evoluciona.

Puede que aun estemos a tiempo de solucionarlo.

—Te quiero, hija.

—Te quiero, papá —digo con la cara empapada de lágrimas y emoción.

Desde la estación de metro de Canaletes hasta casa hay diez minutos.

He tardado quince más en llegar. Me he detenido en el carril central de la Gran Vía, que cruza Barcelona con una cicatriz cosida a su espalda. Me he sentado en el banco que queda más cerca del semáforo.

Los últimos rayos de sol me acarician la cara. Me siento en paz.

El móvil de la manzana vibra dos veces en el bolso. Desbloqueo la pantalla y leo:

«Yozakura, seis nuevos pretendientes quieren contactar contigo. ¿Aceptas?»

Es lunes. La cita con Marcos es el viernes a las diez. Le he dicho que mejor quedamos en mi casa. Así juego en casa. Estoy atacada. Esta tarde he ido a Casa Viva y he comprado dos velas de canela —que es afrodisíaca— para colocar en el centro de mesa. Para cenar, he pensado el siguiente menú: de entrante, picapica (olivas, fuet y unas tostaditas de guacamole que son muy saludables). Como plato principal, he encargado risotto con trompetas de la muerte en la parada de comida para llevar de Montse. De postre, quesos variados. Si no le gusta el queso, cagada la hemos.

Creo que no me olvido de nada. ¡Ah, sí! la ginebra. Hay hielo en el congelador. Y la botella de güisqui que me regaló mi hermano hace tropecientos años. ¿Se habrá caducado?

Magda y yo siempre vamos al revés. Cuando ella está bien, yo me siento como el culo y así sucesivamente. Somos como el yin y el yan. Las Pin y Pon. Sonia y Selenia. Uy, no, esas no. Me ha aconsejado que para la cita me ponga los tejanos azules del Calzedonia —los que hacen efecto *push up* en el panderero— y la camiseta de tirantes tipo lencero de Etam. ¿La que me marca los pezones?, le pregunté en la Beata. «Esa, esa, que es sexy pero sutil», respondió guiñándome el ojo—: «Y no te pases con el maquillaje —me advirtió—que al natural estás mucho más mona. Un toque de *gloss* o cacao en los labios y lista».

Ella sabe infinitamente más que yo sobre cosmética y estilismo. Su lavabo parece un spa lleno de potingues, de cremas y perfumes —de día, de tarde, de noche y para ocasiones especiales—, sérum, crema facial de día, crema antiarrugas de noche, ampollas *flash* y no sé qué mierdas más. Yo me dejo querer por ella. Antes de su crisis existencial, hacíamos reuniones de chicas en su casa, cuando Paco se iba y podíamos despotricar a gusto. A los niños los encasquetamos con los abuelos. «Que venga María a casa si quieres, Olimpia, hija», se ofrece Sonsoles. Este fin de semana está con su padre, le digo. «Ay, sí, es verdad hija mía. Que ya se me había olvidado, que estáis separados».

Qué graciosa, la Sonsoles.

María ya vuela sola y no tengo que estar tan encima de ella. Luis y yo hemos llegado a un consenso y ambos vamos a la una: Hemos fracasado como pareja, pero tenemos el deber de ser los mejores padres para nuestra hija», me dijo en el juzgado, antes de firmar el convenio regulador de la guarda y custodia de María.

—No te me pongas melodramático, Luisito —contesté quitándole hierro al asunto.

La cera de las velas ha cubierto parte del mantel blanco resplandeciente y no tengo ovarios de quitarla. He rascado con el cuchillo y lo único que he conseguido ha sido empeorarla, además del agujerito que decora el mantel nuevo. He puesto la botella de Ribera del Duero sobre la mancha y la de agua para acompañarla. Una madera a modo de bandeja que compré en el Muy Mucho para el fuet, las olivas y las tostaditas, en un cuenco muy cuco con su «salsa de guacamole para untar» en el centro. El risotto está en el horno.

Son las nueve y cuarenta y cinco y el corazón me galopa en la garganta. Me cuesta tragar.

Me he cepillado los dientes tres veces y el aliento sigue oliendo mal. Suele pasarme cuando estoy nerviosa. Dice el dentista que «no tiene que ver con la higiene bucal sino con la boca del estómago». Pues lo tengo como un puño. Como le bese, lo tumbo. Me meo viva. Voy al baño, repaso con ojo de halcón el maquillaje, abro la boca, sonrío sin que se vea la encía, practico el saludo «Hola, Marcos, bienvenido a mi casa».

Qué pava eres, Olimpia.

«¡Joder! ¡Mierda!»

Grito: ¡Un momento! Tiro de la cadena, bajo la tapa, me levanto con los tejanos por las rodillas y me limpio con una toallita Chilly mentolada. Qué gusto.

Meto barriga, un poco más, me subo los tejanos, la cremallera se queda atascada. Señor, ayúdame, ni que sea una vez.

Voy de puntillas hasta la puerta y miro a través de la mirilla: es Marcos. Lleva una camiseta de cuello redondo, negra, y sostiene una botella.

—¿Me das un minuto? —digo apurada a través de la puerta.

«Respira, Olimpia, r-e-s-p-i-r-a.»

—¿Quieres que vuelva en cinco minutos? —espeto desde el otro lado.

—No, no. Es solo un momento. ¡Vuelo!

Tropiezo con la puta silla del comedor. La cera de la vela cae de nuevo sobre el mantel. Una mancha nueva. Las gotas de sudor me cubren la cara y borran el maquillaje como si fuese un lienzo mojándose al alba.

Respiro y me digo:

«Venga, Olimpia. Ante todo, mucha calma».

Voy a mi dormitorio, me quito la camiseta lencera con sus correspondientes roscones de sudor. Cojo la primera camiseta de la montaña de ropa que tengo para planchar y me la pongo. Corro de nuevo hacia la puerta. Los tacones, ¡coño! Paso de ellos y me calzo los estiletes. Me detengo. Me subo las tetas. Meto de nuevo barriga. Voy a explotar. Prueba de aliento entre las manos. Apesto, pero abro:

—Buenas noches, Buenorro...

«¡Joder! ¡Mierda!»

—...digo, Marcos.

*

30.

La cena ha sido un desastre. El risotto se ha quemado. El fuet estaba duro como una piedra.

—Está todo delicioso.

—No hace falta que mientas: el risotto es incomedible —me sincero.

—El peor que he probado —se ríe—. ¿Pedimos una pizza?

—¿Cuatro estaciones? —replico mientras cojo el móvil para llamar al Telepizza.

Nos hemos comido la pizza en el sofá, sentados a lo indio escuchando a Facto Delafe y las Flores Azules.

—Dos Estrella Galicia y pasando del vino —sugiere Marcos—, y añade—: Luego me encargo de preparar dos gin tonics de los buenos.

—Tengo una botella de Gin Mare Capri en la cocina.

—Si que me ha salido sibarita la vecina —se burla.

No puedo apartar la mirada de sus pectorales que se le marcan en la camiseta formando pequeñas dunas. Tiene unas facciones muy definidas y varoniles, y una barba estratégicamente recortada de tres días.

Me penetra con solo mirarme.

—¿No, Olimpia? —me pregunta.

Respondo que «por supuesto», sin tener ni pajolera idea de lo que me ha preguntado. Se da cuenta. Deja el trozo de pizza sobre la caja de cartón de la mesita. Se acerca y me pregunta:

—¿Puedo?

Y sin que pueda preguntar «¿qué?», se abalanza sobre mí y me besa. Estoy ardiendo. Acaricio su mejilla mientras nuestras lenguas juegan a encontrarse. Me humedezco. Siento su deseo buscándome. Nuestros cuerpos caen rendidos en el sofá, el uno contra el otro. Marcos presiona su pecho contra el mío mientras nos besamos apasionadamente. Sus manos me invitan a desnudarme. Alzo los brazos y me ayuda a quitarme la camiseta, dejando mis pechos al descubierto. Me acaricia los pezones, tersos y exultantes de deseo. Los besa con delicadeza y antes de que continúe, le detengo con la mano y digo:

—Vamos a mi habitación.

Marcos asiente. Caminamos con la torpeza de los amantes de medianoche. Le ayudo a quitarse la camiseta: un camino de vello se abre paso por su torso marcado, duro y milimetrado. Se me enredan los dedos acariciándole los pezones. De pie, se los beso, muerdo, lamo y vuelvo a empezar. Él gime. Besa el lóbulo de mi oreja, juega con su lengua y me susurra:

—Voy a comerte entera.

Ladeo la cabeza en la almohada sin poder contener el placer. Me retuerzo con las piernas rendidas a su miembro. Coloco las manos en sus glúteos y les clavo las uñas mientras me penetra.

Nos pasamos la noche follando. Ahora él, ahora yo. En la cocina, en el comedor, en la cama, en el baño. Soy la amazona de mi casa.

—Vamos al balcón —propone.

—¿Y si nos ven los vecinos?

—Mejor para ellos —contesta penetrándome de nuevo, con fuerza.

31.

En el AMPA estamos ultimando los detalles de la fiesta de final de curso de Los Unicornios. Es conveniente organizarla con, al menos, un mes de antelación. A última hora, cuando lo tenemos prácticamente todo preparado, siempre surgen las dudas.

Este año Paco no me ha ayudado con los preparativos.

En la editorial estamos hasta arriba de trabajo, la feria del libro de Madrid nos tiene completamente absorbidos. El parque del Retiro se convierte durante semanas en el epicentro de las letras a nivel nacional. Escritores y editoriales se concentran en la capital para dar a conocer sus obras, presentar novedades y promocionar a escritores que, aparte de firmar ejemplares, conceden entrevistas a los medios de comunicación y llenan de historias y poesía la ciudad.

Es el gran día para Pentagrama.

Del resultado dependen las ventas del año y, por supuesto, nuestro salario. El mundo del editorial ya no es como antes. El arte y la vocación no son suficientes para vender libros. Son pocas las ocasiones que me toca ir a Madrid para acompañar a un autor en la presentación de su obra. Desde que nacieron Eva y Nil he ido en tan solo una ocasión y, tal y como están las cosas por casa, no creo que sea el mejor momento para desaparecer.

O quizá sí. Antes de seguir a Paco.

—Haces un subi-baja a Madrid —me dice Josep, el director de Pentagrama, en la reunión de equipo—. Conchita te enviará los billetes del AVE por email. No estarás ni veinticuatro horas allí. Fuiste tú quien descubrió a Xavier y tú mejor que nadie puede guiarle por la ciudad, contactar con los medios, promocionar el libro...

—Pero, Josep ¿no podría ir Carmen esta vez? Ya sabes que voy de bólico con los niños. C-o-n-c-i-l-i-a-c-i-ó-n f-a-m-i-l-i-a-r —le recuerdo—. Me va fatal, en serio.

—Magda, bonita, soy empresario no una oenegé. Apáñatelas como quieras, pero el miércoles te vas a Madrid —sentencia.

No me extraña que la tasa de natalidad baje. La conciliación de la vida laboral y familiar es una utopía de las que muchos políticos se jactan de apoyar.

¿Cómo se supone que tengo que montármelo?

—El miércoles tengo que ir a Madrid —le digo a Paco mientras cenamos—. Me lo ha dicho hoy Josep. Cogeré el AVE a primera hora y volveré tarde, pero el mismo día.

Silencio.

—Paco, ¿has oído lo que te he dicho? —digo requiriendo su atención.

—Ajá.

—¡Paco!

—Que sí, Magda. Que sí. Envíamelo por wasap para que no se me olvide.

—Pero tú, ¿quién te crees que soy? ¿tu secretaria? Anótatelo tú en la agenda o en el calendario de la cocina... Desde luego que...

—¿Qué, Magda? ¿Cuál es el problema ahora?

—Pues que...Nada. Ninguno. Mejor vamos a dejarlo estar. Todo va fenomenal, Paco. Como siempre. Fenomenal —digo apretando los dientes.



Llego a Atocha a las nueve y cincuenta y ocho de la mañana. Madrid ha despertado llena de luz. Está radiante en su puesta de largo de las letras. Se respira literatura por cada esquina. El Retiro, lleno de casetas con pequeñas y grandes editoriales, saca pecho ante el aluvión de lectores que acudirá en busca de la mejor historia para leer.

Vanessa se ha quedado a dormir en casa y se ha encargado de llevar a los niños al colegio. Ejercer de tía una vez al año no te va a hacer daño —le dije cuando le pedí el favor—. Paco recogerá a los niños a las cuatro y media. Y, aunque al principio la idea de ir hasta Madrid me daba tremendo palo, una vez aquí me he dejado embriagar por el ambiente literario de la ciudad y el amor por las letras que desde pequeña siempre me había acompañado.

Necesito reconectar con aquello que me hace vibrar.

Oli me ha contado con pelos y señales la cita con su vecino. Primero, en un audio de casi diez minutos en Candado y después, por si no me había quedado suficientemente claro, en una llamada por teléfono. He dejado que se explayara y, entre suspiro y suspiro, le he dicho que me alegraba mucho por ella.

—Pero ya está. La cosa no irá a más.

—¿Por qué dices eso? Mira que eres ceniza —le regaño.

—Pues porque no, tía. Ha sido bonito. De hecho, ha sido increíble.

—¿Podrías decirme entonces cuál es el problema?

—Tiene treinta y ocho años y está soltero. No tiene cargas familiares. Es libre como un pájaro.

—Como tú —la interrumpo.

—No, Magda, yo no... y lo sabes. Tengo cuarenta y tres años, estoy separada y tengo una hija adolescente. No tengo la libertad que tiene él. Y, además, es lógico que no se quiera complicar la vida.

—¿Eso lo ha dicho él o lo has decidido tú?

—Te lo digo yo que sé cómo va la cosa. Ay, no me quiero ilusionar. No quiero sufrir más, Magda.

—Pero, dime ¿te gusta?

—No me gusta. Me encanta.

Las fases del enamoramiento son tres. La fase mariposa o también conocida popularmente como «enchochamiento», la fase garrapata en la que los amantes no se despegan el uno del otro y, por último, la fase culminación, en la que respiras amor por todos y cada uno de los poros de tu cuerpo.

Y aunque Oli aún no es consciente del alcance de sus sentimientos por Marcos, la maquinaria del amor ya se ha puesto en marcha.

—Ah, y a tu vuelta, tenemos una misión pendiente.

—Lo sé. Estoy aterrada.

Me encanta perderme por la ciudad. Cualquiera que sea. Los mapas no están hechos para mí. Me gusta descubrir lugares por mí misma, sin que nada ni nadie me los marque o imponga como la típica lista de lugares que te aconsejan visitar en una agencia de viajes.

Me alejo del Retiro y voy caminando hasta la Latina. Cuánta libertad. ¿Cuándo fue la última vez que pude volar?

Le digo a Xavier, el autor de Pentagrama, que la rueda de prensa comenzará a las once y que se ciña a hacer un resumen de la sinopsis del libro.

—No olvides mencionar que es una trilogía, que ahora se estilan mucho. Después tenemos un par de horas libres. Nos vemos de nuevo en la caseta de Pentagrama. A las cuatro y media empieza la firma de ejemplares.

Si tuviese que escribir un artículo de opinión sobre las mejores tortillas de patata —y aquí entraríamos en el debate de si una tortilla de patatas debería o no llevar cebolla— sin duda diría que la mejor era la que cocinaba mi abuelo cuando era pequeña. Después vendrían las otras. En el número uno del *ranking* de mejores tortillas que he probado, la preparan en mi bar de pinchos preferido: el Juana la Loca de La Latina. La exquisitez resumida en un solo mordisco.

—Un trozo de tortilla, por favor —le pido al camarero.

El sonido de las cañas y la espuma trepando por las copas heladas, los camareros cantando las comandas y el «oído cocina» de los pinches desde el alma del Juana. Sonrío. Otro más, le pido al camarero. «¿De tortilla?» Y de morcilla, por favor. El móvil vibra. Mamá me ha enviado un mensaje de wasap y un minuto después un audio que aún se está cargando. Mensaje y audio, ambos duplicados. Total, para decirme lo mismo. Le respondo con un emoticono de beso y abrazo sin haber leído el mensaje ni haber escuchado el audio.

De nuevo volando. Calma. Relax. La salida, por favor.

La tarde se ha posado sobre los toldos de Madrid como si quisieran mecer al sol. He quedado con Xavier en la caseta cuarenta y cuatro del Retiro, alquilada por Pentagrama durante la Feria del Libro para la firma de ejemplares de su libro.

No hay ni Dios.

—Poco a poco irá llegando la gente —le animo—, piensa que hay muchísimos autores aquí. La *crème* de la *crème*.

Ha firmado dos ejemplares, más que María Teresa Campos cuando presentó, años después, su libro en El Corte Inglés junto a Edmundo Arrocet. Un buen amigo mío, escritor y periodista, me dijo que había acudido a presentaciones de libros de todo tipo: llenas a rebosar de gente y también vacías, sin más público que el autor y el personal de la librería. Pero en todas, fueren las que fueren, había dado lo mejor de sí. Aunque fuese para una persona, «porque aquella persona merecía que diera lo mejor de mí», me dijo en la sobremesa que compartimos.

Xavier ha aprovechado la visita a Madrid para quedarse un par de días más en la ciudad. Yo, sin embargo, he cogido el AVE de las nueve y media de vuelta a Barcelona. Dos horas y media de trayecto más lo que tarde en llegar a casa desde Sants Estació.

Estoy agotada. Mamá no me ha enviado más mensajes. Al día siguiente tendré que llamarle y explicarle cómo me ha ido el viaje —relámpago, recalcaré— con todo lujo de detalles.

Oli está desaparecida en combate.

—¿Estás viva? —le escribo a través de Candado.

Oli está escribiendo.

—Estaba hablando con Marcos.

«Cómo no», pienso.

—¿Cómo están los amantes de Teruel?

—Menos cachondeo, eh. ¿Dónde estás?

—En el AVE. Aún me queda una hora para llegar a Barcelona. Ha sido un día larguísimo en Madrid.

—Pues aprovecha ahora para relajarte. Ya concretaremos el plan de misión imposible.

—Qué peliculera eres, si no fuese porque me temo lo peor, hasta me disfrazaba.

—No lo descartes.

—Oli, no lo decía en serio.

Tengo una hora de trayecto hasta llegar a Barcelona.

A casa. A mi vida. A Paco.

Sesenta minutos de vuelta a la rutina.

Tres mil seiscientos segundos para mí y Amor en línea.

—¿Qué llevas puesto? —me pregunta Ezequiel82.

—Unas braguitas y una camiseta de algodón —respondo con un emoticono guiñando el ojo.

Miento.

—Me gustaría verte la cara. En todas las fotos te la tapas —me increpa.

Cierro la conversación y elimino a Ezequiel82.

Serás absurda, me digo.

Quizá la bruja se había equivocado.

Quizá éramos dos en un laberinto con una única salida.

32.

El teléfono fijo ha sonado tres veces antes de que pudiese responder. Acto seguido han llamado al mío. Es mamá. Qué sorpresa. No me apetece hablar. Lo dejo sonar hasta que el teléfono se da por vencido —mamá no lo creo— y se apaga. A los dos minutos, Paco contesta una llamada y dice:

—Es tu madre. Que dice que quiere hablar contigo.

—Magda, cariño, te he estado llamando y nada. Pasas de tu madre. ¿Es que no ves las llamadas? El fin de semana iremos a Girona. ¿Vendréis con los niños verdad? —pregunta sin que tenga opción a negarme.

Paco me ha dicho que ha quedado para tomar algo con Santi durante el fin de semana. «El viernes es mi noche», me dijo antes de que pudiera rebatirle.

—Tendrá que ser el domingo, el viernes Paco ha quedado con su amigo Santi y no creo que podamos llegar para comer—informo a mamá.

Vanesa ha llegado a casa a las siete puntual. No he hablado con ella sobre el tema de papá y mamá y, de hecho, no creo que no haga. Tampoco creo que vaya a cambiar nada ni que a ella le importe. Vanesa es de otra pasta, mucho más liberal, con cero prejuicios. Muy *open mind*. Adora a sus sobrinos y aunque siempre le digo que deberían pasar más tiempo juntos, ella contesta lo mismo:

—Tiempo de calidad.

Oli me ha dicho que me vista con colores oscuros, no muy llamativos, me haga una coleta e intente ir con deportivas. Me veo disfrazada como en una de esas películas de espías en la que se descubren secretos sin grandes méritos.

No dejo de pensar en la bruja.

Paco no ha pasado por casa, se ha excusado diciendo que tenía que hacer no sé qué recado y que quedaría directamente con Santi. Oli me ha propuesto ir al Ateneu y, si Paco nos descubre, decirle que queríamos sorprenderle.

—Menuda excusa más tonta.

—Chica, si se te ocurre otra... —me riñe.

El Ateneu está en una de las callejuelas paralelas a la Rambla. Pasamos por Plaza Real, que continúa siendo lugar de encuentro del *indie* más psicodélico. Igual que la zona de Marina, donde está una de mis discotecas favoritas: el Razzmatazz. Oli y yo caminamos en silencio, como si la misión espía nos impidiera hablar.

El corazón se me acelera según nos vamos acercando.

Una parte de mí desea encontrar allí a Paco, darme cuenta de lo absurdo de la situación, de mis dudas, de creer a la bruja y...

¿Y si todo es una mentira?

No estoy preparada para otra.

—Es allí, ¿no? —me pregunta Oli señalando el local.

—Sí, el que hace esquina.

Cruzamos la calle y nos acercamos a la entrada principal del Ateneu. Nos miramos.

—¿Entramos? —dice Oli.

Y antes de que pueda responder, una mano se posa sobre mi hombro y exclama:

—¡Magda! ¿Pero cómo tú por aquí? —pregunta, sorprendido, Santi.

Oli y yo nos miramos. Ambas sabemos que la misión ha acabado. Hemos sido descubiertas. Y, lo que es peor, no sé qué contestar a Santi.

—Pues mira...que quería darle una sorpresa a Paco —atino a decir.

—Ah —responde.

—¿Esta aquí? —pregunta directamente Oli.

—¿Paco? ¡Ya me gustaría! Hace semanas que voy detrás de él diciéndole que venga y siempre me dice lo mismo: voy de culo con los niños. A ver si le das un respiro —me dice.

—¿Perdón? —respondo sin entender—. Entonces, ¿no ha venido en semanas?

—No. ¿Por?

Oli me tira del brazo en señal de retirada. Siento cómo me hundo. Paco no está allí y, por si fuera poco, hace semanas que no ve a Santi.

—Nos vamos. No le digas que hemos venido —le pide Oli a Santi—, para no fastidiar la sorpresa que tenemos preparada.

—Ajá—le guiña el ojo Santi como si estuviera tonteando—, pero ya me contaréis en qué consiste...si tengo que hacer algo.

Oli se despide de Santi y me coge del brazo. Estoy petrificada. La esperanza de encontrar a Paco en el Ateneu se ha desvanecido. Es como si un jarro de agua fría me hubiese caído, quitado la vena de los ojos y empaado sin previo aviso.

¿Dónde estás, Paco? ¿Y, con quién?

—Y ahora, ¿qué hago? —le pregunto a Oli sin saber qué hacer.

—Yo de ti, hablaría con él. Así, sin más. Directa al grano. Le esperas esta noche y le preguntas dónde ha estado. Deja que te diga él y después le dices que has ido al Ateneu y que allí no estaba. A ver qué contesta. Tienes que estar preparada para cualquier cosa. ¿Me oyes?

—Preparada...pero si lo que estoy es destrozada.

Oli me abraza y me rompo a llorar.

Quiero gritar, pero la voz me estrangula las cuerdas.

He quedado con Marcos cuatro veces más. Todas han sido distintas. Tengo una nube de mariposas revoloteando en mi estómago. María se mofa de mí. Dice que parezco una adolescente, pero con arrugas. Nos pilló el otro día hablando por teléfono.

—Mamá, ¿tienes novio o qué?

Me quedé muerta. Así me lo soltó. Sin anestesia. El color de las mejillas me delató.

—Marcos no es mi novio —respondí.

No lo es, me repito a mí misma una y otra vez. Olimpia, no te hagas ilusiones que luego pasa lo que pasa.

María no puede saber que Marcos es nuestro vecino. Lo que me faltaba.

No puedo dejar de pensar en él. En el olor de su piel. Sus manos acariciándome. Su mirada fija, clavada en mí mientras me penetra y yo me dejo llevar y muero de deseo.

Pero no puede ser. Esto no nos conduce a nada.

Deja de decir bobadas, Oli. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor.

Marcos.

¿Qué planes tendrá en verano? No me he atrevido a preguntárselo. ¿Quién soy yo para hacerlo?

Días antes de nuestra primera cita, había acudido junto al grupo de Las Singles —Carmen, Joana y Pili— a una agencia de viajes para planificar nuestras vacaciones de verano.

«Bienvenidos al crucero del amor. Les presentamos una opción diferente para sus vacaciones —decía el folleto publicitario de la agencia de viajes—, una experiencia inigualable para solteras y solteros dispuestos a encontrar el amor en alta mar. Un crucero que solo atracará en sus corazones.»

Pero en el mío ya no cabe otro.

Hemos quedado en el puerto a las seis. No sé qué piensan que van a encontrar aquí Carmen, Joana y Pili aparte de un dolor de piernas y la sensación de caminar como si fuesen unos alicates.

Cada una tiene su camarote; a mí me ha tocado el siete, mi número de la suerte.

En nuestra primera noche de travesía, Carmen se ha lanzado a la pista de la discoteca simulando ser Jennifer López al grito de «perrea, perrea». Toda coincidencia con Jennifer es pura casualidad. Piensas que bailas de puta madre hasta que te envían un vídeo de la noche anterior —a todas nos ha pasado— en el que te creías una diva —efectos del alcohol— y ¡oh, la realidad sin filtro!, lo hacías como el puto culo. Pero tú lo seguías dando todo, porque estabas eufórica, porque te sentías Jennifer López, con sus curvas, con su culo, con sus ojos y esas pestañas —postizas— que podrían apagar mil fuegos con un simple abrir y cerrar de ojos.

—Dame más gasolina, dame más gasolina.

—A Carmen le van a llenar el depósito entero como siga pidiendo gasolina —les digo a Pili y Joana.

—¿No será que tú también quieres que te lo llenen, Olimpia?

—Lo traigo lleno de casa, chata.

—Pues yo estoy en reserva —añade Joana—, me voy a bailar con Carmen. ¿Vienes, Olimpia?

—Luego. Me pido un cóctail y os acompaño.

¿Qué estará haciendo Marcos?

La barra es casa. Es salve. Es donde se recuestan los perezosos, donde observan los dandis a las dianas en las que clavarán sus dardos sedientos de sexo.

—¿Qué perfil de hombre es el tuyo? —me pregunta Carmen mientras se pide la segunda copa de la noche.

—¿Te refieres al físico?

—Y al carácter. Por ejemplo, yo no soporto los hombres que van más depilados que yo. A mí me gusta que el pelo les llegue hasta en el culo, con esos caracolillos que se les meten por la rabadilla y...

—¡Calla, coño! Un poco rarita sí que eres tú.

—Chica, tiene que haber de todo en la viña del Señor. Venga, dime, ¿cómo es tu hombre ideal?

Pienso en Marcos. En su torso. El perfume de su cuerpo impregnado en la almohada.

—Metro ochenta, moreno, manos varoniles...

—¿Ves? Todas tenemos una idea de lo que nos gusta.

—Ya, tía, pero el físico es secundario. Que no digo que la atracción física no sea importante, pero yo, sobre todo, quiero estar con alguien que me haga reír. Que me descojone de la risa con él. Que nos admiremos mutuamente.

—Y que folle bien.

—Y que follemos bien —añado—. Como decía el humorista aquel, no hay mujeres mal folladas,

hay hombres que no saben follar.

—Por el buen sexo.

—Por nosotras.

—Y yo quiero un hombre con el que me pueda correr, que he fingido tanto —se lamenta Carmen mientras se recuesta en la barra y se añade a la conversación—que ya no recuerdo la última vez que tuve un orgasmo, ni qué se siente, ni si era vaginal o clitoriano.

—Tías, ¿veis a aquel que está al lado del dj? —nos pregunta Joana.

—¿El que te está follando con la mirada? —añade Pili.

—El mismo. ¿Qué os parece?

—Es de las cinco de la mañana, como el Duracel del Borne —respondí tajante.

A ver. Hay tres tipos de ligues cuando sales por la noche: los de las doce, los de las tres y los de las cinco de la mañana. Un campo de nabos después de las cinco de la madrugada es como intentar follarte a Espinete en Barrio Sésamo. Misión imposible. La última vez que salimos por el Borne, Joana se fue a casa con un tío «de las cinco». Le advertimos que no aguantaría ni un asalto. Nos juró que tendría cuidado y que nos llamaría cuando el susodicho se marchase. Se fueron cogidos de la mano, balanceándose en la cogorza de la noche en la que no distingues si besas sapos, mentiras o braguetas.

El barco del amor está siendo el barco del terror. No dejo de pensar en Marcos.

¿Qué hará?

¿Dónde estará?

Y, peor aún: ¿por qué no puedo dejar de pensar en él?

Las primeras notas de *Ritmo de la Noche* empiezan a sonar. El dj lo da todo. La gente se vuelve loca en la pista de baile. Carmen, Pili y Joana empiezan a moverse como si tuvieran espasmos.

—Oli, vamos, que esta es de nuestra época.

Creo que he bebido demasiado. Mierda. Me está dando el bajón. Pili me anima a que vaya a bailar con ellas. No puedo moverme de la barra. Estoy mareada. Demasiado alcohol, me repito. Carmen mueve los brazos como un limpiaparabrisas y ladea la cabeza cada dos pasos. Voy a vomitar. Intento contener las arcadas, pero ya es demasiado tarde.

El ritmo de la noche ha acabado en mi vestido y salpicado los zapatos.

—Oh, Marcos —sollozo tambaleándome—, te echo de menos.

—Anda, vamos al camarote—me ayuda Pili mientras me recoge el pelo y me acerca un Kleenex para que me limpie la boca—. ¿Y quién es Marcos?

—Mi vecino.

—¿Tu...vecino? Anda, anda. Ya nos explicarás mañana. Ahora, a dormir la mona —bromea.

Desde el principio. Se lo he contado todo, absolutamente todo. Durante el desayuno, Carmen, Pili y Joana me escuchan atentas, apenas gesticulan. Solo les faltan las palomitas.

—Olimpia, tú te has colado por este tío —dice por fin Joana.

—Totalmente de acuerdo —añade Carmen.

—Ni que lo digas —sentencia Pili.

Las mejillas me arden. Una risa tonta, casi nerviosa, se apodera de mí.

—¿Y qué hago?

—¡Tienes que hablar con él, tía! —propone Carmen.

—A ver, primero que se aclare. ¿Tú qué quieres? —me pregunta Pili.

—¿Yo? ¿De qué?

—¿Qué esperas de él? ¿Quieres que la cosa vaya a más? —concreta Joana.

—Yo no he planteado nada. Simplemente me he dejado llevar... y no sabía que estaba tan,

tan...

—Olimpia, tienes que sincerarte con él. ¿Qué es lo peor que podría pasar? —me pregunta Carmen.

—No lo sé, pero, sea como sea, lo descubriré a la vuelta del viaje.

33.

No fui capaz.

Sé que debería encontrar el momento para hablar con Paco, decirle todo lo que sé, hablar sin tapujos y que me cuente qué ha estado haciendo todo este tiempo atrás. La psicóloga me ha dicho que hasta que no lo haga no podré avanzar. Que la ansiedad irá a más y que no debería alargarlo.

Qué fácil es hablar.

Me gusta pasear por Barcelona en verano. Las calles se acomodan a sus anchas como si la ciudad fuese mía. Pasear y degustar la primera horchata de la temporada o, en su defecto, comerme un cucurucho mediano con una bola de nata y otra de chocolate.

Qué tiempos aquellos en los que julio y agosto parecían una eternidad.

El olor de la piel tatuado en la sal del Mediterráneo, con su brisa acunándote en la tramontana de la Costa Brava.

Los amores de verano.

Tan frescos. Tan breves. Tan intensos.

Tan fugaces que al besarlos ya se estaban yendo.

En Pentagrama estamos hasta arriba de trabajo. Las novedades de septiembre tienen que salir antes del inicio del curso escolar. Las vacaciones son, si cabe, un periodo más estresante que el resto del año.

Me cuesta concentrarme. El móvil de la manzana se ha iluminado dos veces. Desbloqueo la pantalla haciendo un zigzag y veo que tengo una nueva notificación de Amor en línea. «Debería acabar con esto ya», me digo mientras voy a ajustes y desactivo todas las notificaciones.

Accedo al área personal de Amor en línea, clico en la bandeja de entrada y, con curiosidad, leo:

«Mankai.»

El término me suena. Hace referencia al momento de máxima floración de los cerezos. Lo había leído en el último libro en el que hemos estado trabajando en Pentagrama sobre cultura y tradiciones niponas.

Yosakura, tienes un nuevo mensaje:

«Soy Saga, encantado de saludarte.»

Borrar mensaje. Bloquear pantalla.

Una mezcla entre el abismo y la euforia se apodera de mí.

Es lo que siente antes de caer al vacío sin red.

Lo supe semanas después.

¿Existe mejor banda sonora que la del Mediterráneo acariciándote el alma?

La casa de Tamariu tiene tres dormitorios, un cuarto de baño y un comedor con cocina americana. El salón está lleno hasta rebosar de los juguetes de los niños: palas, dinosaurios, muñecos de goma (Spiderman, Batman, Capitán América, la Abeja Maya), el Mic y los últimos números de la revista infantil Petit Sàpiens, a la que mamá se suscribió «para que los niños se culturicen». En ochenta metros cuadrados convivimos todos: la Costa Brava, agosto, los helados de leche merengada y canela, las vidas paralelas de papá y mamá, los niños, Paco, nuestros secretos y yo.

Mamá tiene la costumbre de hablar dejando las palabras atrás, como si no pudieran atraparla. Escucho la primera frase y me pierdo las que le siguen.

—Si te vas a la habitación no te oigo —le regaño.

—¿Qué? —replica desde el dormitorio.

—Mamá —le digo acercándome—, te lo he dicho cientos de veces. Te crees que te escucho cuando vas hablando —tú sola, pienso— y te vas de un sitio al otro y sigues con tu discurso. Es imposible que pueda entender lo que dices si hablas desde la otra punta. Es que siempre haces lo mismo —sentencio.

Nada hace sospechar que papá y mamá tiene vidas paralelas. Que su matrimonio es de cara a la galería. Que la relación de papá y Manuela es sólida. Que mamá lo acepta, como tantas otras cosas. Y que así son felices.

¿Quién soy yo para decirles juzgarles?

Las conversaciones con Saga han ido a más. Sé que me estoy auto engañando, que es tan solo una cortina de humo de la realidad.

El tiempo vuela cuando hablamos. A veces por teléfono. Otras a través de la aplicación. Siempre escondida en el lavabo, en el zulo donde tan solo cabemos la mentira y yo.

—Me suena esa plaza —le escribo refiriéndome a la foto nueva de su perfil—. ¿Es Lisboa?

—¡Equilicuá! A orillas del Tajo, cerca de uno de los grandes de la literatura.

—Saramago —me adelanto.

—*Dentro de nosotros existe algo que no tiene nombre y...*

—*Eso es lo que realmente somos* —me apresuro a escribir—. Ensayo sobre la ceguera, una de mis novelas favoritas.

—Deberías estar aquí. Podríamos contemplar el atardecer desde el mirador de Portas do Sol.

Me siento arropada. Virtualmente acompañada.

Un espejismo en medio del desierto de mi vida.

Más que atracción por Saga, me siento atraída por las cosas que me explica. La conexión

que existe entre nosotros. Su sentido del humor. Sarcástico. Ese tono inteligente y embriagador en su voz.

Es como el aire fresco que entra por la ventana.

Sé poco de Saga, pero tampoco me importan los detalles sobre su vida. Si está soltero, casado, divorciado o viudo. Desconozco su edad, aunque, por la manera de expresarse, la intuyo. He calculado unos cincuenta y pocos. Imagino a un hombre de clase social media, tirando a alta. Con una vida económica cómoda, bastante bien resuelta. Puede que tenga hijos. Nunca ha mencionado que tenga familia, ni directa ni indirecta.

—¿Podremos conocernos físicamente algún día? —me pregunta—. Me gustaría conversar contigo cara a cara.

Silencio. Pausa. Dudas. Desierto. Mi vida.

—¿Sigues ahí? —me inquiere Saga.

—Sí. Pero no sé qué contestar a eso. No me lo había planteado.

—Y entonces, ¿por qué llevamos semanas hablando? —me reprocha.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé ni yo. Estoy hecha un lío. Lo siento. No debería...

Cierro la conversación. Bloqueo el móvil. Debo tomar una decisión. Una más.

¿Qué camino es el correcto?

La conciencia pesa cada vez más y más.

No puedo retrasar por más tiempo la conversación con Paco.

El atardecer cae sobre la orilla del mar como si quisiera bañarse en la bahía de Tamariu. Es mi momento preferido del día para acercarme a la playa, sentarme en la arena templada y oír las olas acariciándome el alma.

Mamá me ha dicho que se va con los niños a dar un paseo.

—Pero no les des chucherías —le advierto—, que esta noche hay pescado para cenar y ya me conozco el percal.

— ¡Ay!, hija, que ya lo sé. He criado a dos antes que tú —responde.

Papá se ha excusado inventándose no sé qué historia con tal de no tener que ir con mamá. Paco está sentado en el sofá.

Es el momento, me digo.

—Me gustaría hablar contigo —le digo mientras acerco una silla y la coloco enfrente suyo.

—¿Sobre qué?

—Tú ya lo sabes —añado seca.

—Pues como no me des más pistas... —responde con cierto nerviosismo.

—Tus salidas. Tus mentiras —me adelanto sin poder contenerme.

—¿De qué me estás hablando?

—Del Ateneu.

—¿Qué pasa con el Ateneu?

—No sé, dímelo tú. Fui a verte, ¿sabes? —le digo acelerada—, y no estabas.

—¿Me has espiado o qué?

—Paco, por favor, no les la vuelta a las cosas.

—Vale, sí, no estaba. Tenía otra cosa.

—¿El qué? Quiero saber qué cosa.

—¿Pero esto qué es, un tercer grado?

—¿Pero no te das cuenta? ¿eh? Que cada vez estamos más alejados. Que prácticamente no hablamos. Que ya no sabemos casi nada el uno del otro.

—En una timba —contesta tropezando con sus palabras—, estaba en el club Cabana jugando una partida.

No sé qué decir. No entiendo por qué Paco me lo ha ocultado.

—¿Un club?

—De póker —añade.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Por esto. Porque sabía cómo te pondrías y quería ahorrarme el numerito.

—Habría sido mejor saberlo...desde el principio.

—Pues ahora ya lo sabes.

—No me gustan estos sitios...dicho sea de paso. No más mentiras, Paco.

La última frase resuena en mi cabeza.

¿Quién soy yo para pedirle la verdad si ni tan siquiera soy capaz de verbalizar la mía?

Es un dolor profundo. Como si me atravesara los pulmones y no pudiese respirar. Tengo el llanto anudado a la garganta. No puedo tragar. No puedo llorar.

¿Con quién podría hablar? ¿A quién le puedo contar cómo me siento?

Oli no está. La psicóloga ya me aconsejó cómo debería actuar.

Siento que no puedo.

El mar se acerca a mí como si se prestase a ser mi confidente. Aléjate, le digo retrocediendo en la arena para que no me moje los pies. Es curioso lo de la marea. Nunca he sabido por qué sube o baja. En uno de los viajes con Paco, cuando aún éramos solteros y no teníamos que dar explicaciones sobre lo que hacíamos o dejábamos de hacer, fuimos a Zarautz y comprobamos lo poderoso que puede ser el mar sin que apenas te des cuenta. ¡Ay!, qué días aquellos en los que nos bebíamos un zurito tras otro en las calles de Getaria y probábamos casi todos los pinchos de la barra. Mis preferidos eran los de atún con guindilla y *foie* a la plancha. Años después, cuando la Pataky ya tenía a sus mellizos, degustó los mismos pinchos que nosotros en el bar Politea de la calle principal. Eso sí, a mí me acompañaba mi Paco y a ella Thor.

¿Qué se siente cuando no se siente nada?

Cuando tienes un hueco en el corazón y la vida late porque no sabe hacer otra cosa. Cuando se deja llevar por la corriente porque no es capaz de salir de ella.

La depresión se acuesta temprano y despierta perezosa. Se acomoda en el sueño de mi vida sin ilusiones ni objetivos que alcanzar. Sigilosa. Como la hiena en busca de carroña. Un buitre emocional que me va atrapando, tentando a la tristeza más absoluta. Sola, aunque esté acompañada. No tengo fuerzas para seguir. Me siento en la cuneta de la vida para dejar pasar a los demás. Veo pasar a mamá y papá, a Paco y a los niños, a Oli, María, Saga y Pentagrama.

Les grité, pero no me oyen.

La depresión me está estrangulando el corazón y me asfixia hasta dejarme sin razón.

Me siento tan vacía.

¿En quién me he convertido?

No me reconozco. No encuentro la salida de este laberinto en el que vivo.

No puedo. Que no, me repito. Que me pongo de los nervios solo de pensarlo, de imaginarme la escena. Me quedaré muda. O peor, empezaré a tartamudear. Aquí las asesoras del amor —Joana, Pili y Carmen— lo ven todo muy fácil. ¡Cómo no se trata de ellas!

—Tus mejores galas —me dijo Joana—, ponte tus mejores galas.

Ya, claro. ¿Podríamos concretar lo que entendemos por «mejores galas»? Magda no contesta mis wasaps. La he llamado un par de veces y nada. ¿A quién le pregunto? Estoy atacada. Lo mejor es que lo deje estar, que pase página, así estoy muy bien, recogida en mi área de confort.

¿Qué necesidad tengo yo de sufrir, de tirarme a la piscina, de intentarlo?

Entonces vuelvo a pensar en Marcos. En sus manos sujetándome las nalgas. La mirada fija. Las lenguas coordinadas, sus besos haciendo un camino por mi espalda. Las charlas en la cama. Una copa de vino. La madrugada.

Puedes y además lo vas a hacer, me digo frente al espejo. Déjate ya de gilipolleces, Olimpia. Eres una mujer madura: saca pecho, espalda recta, boca piñón, mirada fija, segura de ti misma.

Ha llegado el momento.

Me he puesto los vaqueros que están rotos sutilmente por la rodilla, las Converse blancas de plataforma que me dan un aire más juvenil y también me hacen más alta, una camiseta blanca de manga corta con escote en uve.

Antes de salir de casa me he puesto la canción del empoderamiento por excelencia: la reina Turner.

Bailo como si no hubiera un mañana *You're simply the best*.

Eres la puta ama, me digo.

Subo las escaleras con destino al cielo. A Marcos. Paso del ascensor. Me siento bien. Con fuerza. Con ganas. Voy directa a él. A mi amor. Nada ni nadie se va a interponer entre nosotros. Olimpia al poder.

Una puerta se abre. Sonido de llaves. Dos pasos. Tacones.

—Gracias. Necesitaba verte de nuevo —dice de repente una voz femenina.

Silencio.

Me he quedado paralizada escuchando la conversación en el rellano.

No respiro. No puedo.

—Y yo a ti —replica Marcos.

La voz femenina apuntilla el suelo con sus tacones hasta llegar al ascensor. «Adiós, Marcos», se despide antes de abrir la puerta.

La reina Turner me sugiere que me de media vuelta, que no haga demasiado ruido, que baje las escaleras destino a la Tierra con sigilo.

Tengo la cara empapada de sudor, las mejillas ruborizadas, la garganta seca como unas zapatillas de esparto.

¿Pero qué esperabas?, me digo negando con la cabeza.

—Buenos días, señora presidenta. ¿Nos va usted a convocar a alguna reunión nueva?

Algunos vecinos deberían estar prohibidos. Propongo colocar un cartel que diga: Reservado el derecho de admisión en esta nuestra comunidad.

Puto cotilla.

—¿Olimpia? —pregunta dubitativo Marcos mientras asoma la cabeza por el hueco de la escalera.

Mierda.

La reina Turner se retira. El empoderamiento se desinfla en mi barriga. Pecho hacia adentro. Espalda curvilínea.

Voy a empezar a llorar en cualquier momento.

No aflojes, Olimpia. Aguanta.

—Sí —respondo con un hilo de voz—, soy yo.

Dios. ¿Puedes ser más pava?

Vamos. Piensa. Invéntate algo. Reacciona, joder.

—...Voy a la azotea. Los del ático se han quejado de que hay muchas cagadas de... de...

de gaviotas. Muchas gaviotas.

Hostia puta. La cagada es lo que estás haciendo tú ahora.

—¿Quieres que suba contigo? —se ofrece el vecino cotilla.

—Ya le acompaño yo —le interrumpe Marcos—, que seré el próximo presidente y tengo que estar al tanto de todos los asuntos de la comunidad.

No me siento las piernas. Solo quiero irme, quitarme la ropa, dejar caer el agua en la ducha y echarme a llorar.

Está claro: Marcos está con otra. No cabe duda, los he escuchado en el rellano. Chica, ¿pero de verdad creías que te estaría esperando?

—¿Vamos? —me invita Marcos con la mano.

—Sí, sí —respondo.

Solo me salen monosílabos.

—¿Cómo han ido las vacaciones?

—Bien. Cortas —contesto.

—Tenía ganas de verte —dice.

—Ya.

Subimos las escaleras que dan a la azotea. Marcos espera que abra la puerta que dan a la terraza. Me doy cuenta de que no llevo las llaves. Me siento tan violenta que ni tan siquiera me importa.

Estoy enfadada conmigo, con Marcos, con la reina Turner.

—Perdona. Me he dejado las llaves, ya volveré otro día.

Me giro y topo con su pecho.

No le miro. No puedo.

—Oli, ¿estás bien? —me pregunta con delicadeza.

—Sí, estupendamente. Ya veo que tú también —contesto con ironía.

Eso no hacía falta, Olimpia, por favor.

—¿A qué viene eso?

—Pues mira, ya que estamos y que no tengo nada que perder, te lo voy a decir. ¿Sabes por qué? ¿Eh? ¿Eh? Porque no necesito a nadie. Y porque soy gilipollas, así, con todas las letras. G-i-l-i-p-o-l-l-a-s. Porque me he pasado todo el santo verano pensando en ti. Sí. ¿Te sorprende? Pues así he estado. Día y noche. Si ya se lo advertí a Carmen, Pili y Joana. Pero me dejé liar, me dejé engatusar por su romanticismo. Si es que... si es que debería haber seguido mi instinto.

Marcos me mira perplejo. Escucha atento. No dice nada.

—Cagada la mía, no de gaviotas. Que seáis muy felices. Tú y...

—Espera, Oli. ¿Me he perdido algo?

—La que se ha perdido soy yo. Que pensaba que podía haber algo más entre nosotros... Pero está claro que tú no opinas lo mismo. Os deseo lo mejor. A ti y a...a...

—Espera un momento —dice con una sonrisa dibujándose en los labios—, ¿todo esto es por Judit?

—Marcos, no necesito saber detalles sobre tu vida sentimental. Repito: que os vaya muy bien juntos.

—Oli —añade mientras coloca su mano en mi brazo—, espera. Judit es mi expareja. Debería haberte hablado de ella antes.

Soy una estatua. Encefalograma plano. No puedo reaccionar.

—Mantenemos una buena relación. Amistad. Solo eso, de verdad. Ha venido a despedirse de mí porque se traslada a vivir a Lyon con Jêrome. Su marido.

¿Tina? ¿Dónde estás? ¿Podrías volver? Necesito que me repitas eso de «You're simply the best».

—Lo siento —le digo avergonzada, con la mirada clavada en las Converse.

—Yo también he pensado en ti. Y mucho —añade.

Creo que voy a deshacerme. Las manos me sudan, el cuerpo me tiembla. No puedo soportar más la tensión. La mirada se me nubla, las lágrimas caen como un riachuelo por mis mejillas.

Sollozo, no de dolor, sino de alegría.

—¿Empezamos de nuevo? —sugiere.

—Sí, quiero —atino a contestar.

Mamá canta fatal. La canción del mítico Dúo Dinámico se ha convertido en su despedida particular de nuestras vacaciones familiares. Nos tararea la canción mientras los niños le tiran besos desde la ventanilla del coche y le gritan: ¡Nos vemos pronto, yaya! ¡Te echaremos de menos! Y Paco añade, como si nadie le escuchara, «pues yo no».

La vuelta a Barcelona en caravana de hormigas, con el aire acondicionado trabajando a destajo y los niños preguntando cada diez minutos cuánto quedaba para que llegáramos. ¿A dónde? ¿Al piso de la rutina? A los lunes, los martes, los miércoles, los jueves, los viernes, el fin de semana y vuelta a empezar. Yo no quiero llegar nunca a ese destino. Me bajaría del coche. Me apeo aquí, les diría a Paco y a los niños. No puedo seguir, ¿venís conmigo?

Volvamos a empezar.

Pongamos las fichas en el casillero de salida.

La tristeza se ha hecho un hueco en mi alma. Se ha agarrado a mi corazón como una garrapata chupándome la sangre. La felicidad. La autoestima. La vida. La soledad. La ilusión. La alegría. La valentía. La vida. La rebelión. La cobardía. La depresión. Y yo. Sin vida.

—¿Cuánto queda, mama? Tengo pipi —repite Nil a los cinco minutos.

—Y yo caca —añade Eva.

Durante los días que pasamos juntos en Tamariu, mamá ha aprovechado para hacerme el tercer grado sobre Vanesa:

—Tu hermana me tiene muy preocupada, Magda. ¿Tú no le has notado nada? Con la edad que tiene y no tiene ni novio. No nos ha presentado a ninguno desde que iba al instituto. El último fue ese del *percin*.

—*Piercing*, mamá.

Y como si oyera grillos:

— Solo piensa en salir con las amigas y no sienta la cabeza. Anda...a ver si hablas con ella y te cuenta. Y luego me llamas...

A mi tristeza tenía que sumarle las preocupaciones —absurdas— de mamá y su habilidad para delegar las preguntas que no se atrevía a formular.

—¿Y qué pretendes que haga? Le pregunto: Oye, hermanita, dice mamá que estás rara porque haces lo que te da la gana y no sales con nadie. ¿Qué te pasa?

—Que ni se te pase por la cabeza decirle que yo te he dicho nada.

—¿Te has planteado que quizá, solo quizá, Vanesa es feliz así? ¿Y si no quiere salir con nadie? ¿Debería hacerlo solo para que tú estés tranquila? ¿Para contárselo a tus vecinas y amigas? Lo que tengas que decirle, díselo tú. Ni que sea por una vez en tu vida.

Quizá Vanesa esté a tiempo de salvarse. De vivir la vida que quiera sin necesidad de aparentar. De no ser marioneta. De hacer y deshacer, libre de prejuicios y estigmas sociales.

Este mismo año, en la comida de Navidad, Vanesa nos presentará a Nerea, su novia. Mamá se pondrá la mano en el corazón simulando que le da un infarto. Papá le pedirá que se deje

de numeritos. Brindaremos por ellas. Mamá no se lo contará ni a sus vecinas ni a sus amigas. Tapiará de vergüenza la relación de Nerea y Vanesa.

Pobre mamá. Aún no sabe en qué consiste la libertad.

—El verano ha sido tranquilo. Playa, excursiones y familia.

—¿Habéis tenido tiempo para vosotros? —me pregunta la psicóloga refiriéndose a Paco—, ¿para hablar?

—Sí, y me sentí como una estúpida.

—¿Por qué?

—Me recordé a mamá haciendo un tercer grado.

—¿Qué pasó?

—Le dije que sabía que la última noche no había estado en el Ateneu. No quise entrar en más detalles. Y le pregunté directamente qué había hecho. Dónde había estado. «Una partida de póker en un club», dijo. El Club Cabana. No había oído hablar de él en mi vida.

—¿Por qué no te lo dijo desde un principio?

—Para que no le juzgase...sabe que estas cosas no me gustan. Ya cuando estábamos en Inglaterra organizaba timbas con sus amigos. Nada serio, solo como un acto social. Cuando regresamos, dejó de jugar. Y nunca más hablamos sobre el tema.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—A pesar de haber hablado, presiento que hay algo más. Pero no sé qué es. Me siento apática, apagada. Sin ganas de nada.

—Magda, tomar conciencia y aceptar la realidad no solo te liberará emocionalmente, sino que además te devolverá el control sobre tu vida. Es cuestión de tiempo y debemos ir poco a poco. ¿Cuándo tienes la próxima visita con el psiquiatra?

—Creo que el jueves doce, si mal no recuerdo.

—Ajá. Por favor, me gustaría que cuando te visite le comentes la sensación de apatía y falta de concentración que me has descrito antes. Es muy importante que ajustemos la medicación tantas veces como sea necesario para que amortigüe la sensación de tristeza profunda y te ayude a seguir adelante: la depresión es una carrera de fondo y cada día cuenta para salir de ella. No hay prisa, Magda, iremos poco a poco y con paso firme.

—Es que estoy... me siento tan perdida —respondo sollozando.

—Lo sé, es como si estuvieras en medio de la niebla y hubiese empañado todo aquello que te ilusiona y hace sentir viva. Así es que vamos a empezar por el principio: desbloquear emociones para avanzar.

—¿Y cómo se hace eso?

—He pensado que podrías escribir una carta en la que describas, con pelos y señales, cómo te sientes. Qué sientes. Todo lo que se te pase por la cabeza, sin filtros. Me gustaría que la pudieras leer en voz alta en la próxima sesión.

—¿Con qué finalidad? —pregunto escéptica.

—Tomar conciencia de cómo estás en este momento. Este ejercicio también te ayudará a tener un guión mental para seguir avanzando. Digamos que, si fuese una novela, sería tu escaleta vital. Necesitamos saber cuál será la siguiente escena. Además —añade antes de pueda contestar— te será muy útil para la conversación pendiente que tienes con Paco.

—¿Otra?

—Hasta que no te quede la menor duda. El miedo y la imaginación, en este caso, son malos consejeros. Despejar incógnitas te ayudará a poner orden en tu vida. Recuerda: somos dueños de nuestra conciencia y responsables de nuestros actos.

Orden. Eso es lo que necesito. Poner orden en mi vida.
Despejar cualquier atisbo de miedo. Sin incógnitas.

Las medias verdades nunca han sido buenas consejeras y yo lo sé.

Durante el minuto en el que la secretaria del doctor Pérez —mi psiquiatra— me ha dejado en espera con un amable «un momento, por favor, no se retire que voy a mirar en la agenda el primer hueco libre que tiene el doctor», pienso en la carta que quiero escribir, cómo y a quién irá dirigida.

—Ha habido una anulación. Si quiere, la podría visitar mañana a las cuatro —dijo, por fin, la secretaria.

—Estupendo, allí estaré. Muchas gracias.

—A usted y que tenga un feliz día.

El doctor Pérez me ha advertido de que con el aumento de la dosis de la Paroxetina es de esperar que tenga más somnolencia. Más si cabe, pienso. Por las mañanas me cuesta despertar. Cuatro alarmas en el móvil de la manzana, y una más de por si acaso en el reloj despertador de la mesita de noche, se aseguran de que no me quede dormida.

Las noches son distintas. El Lorazepam me deja en k.o. técnico a los cinco minutos de habérmelo tomado. Poco a poco, y según van transcurriendo los días, me voy habituando a la nueva medicación. Los beneficios del tratamiento psiquiátrico han empezado a calmar la ansiedad y la sensación de tristeza profunda de la que creía que no podría salir nunca.

Escribir. Yo. Pero ¿el qué?, me pregunto mientras hago girar el boli Bic entre mis dedos como cuando estudiaba en la universidad delante de un folio blanco, inmaculado.

El típico bloqueo del escritor, me digo.

Inicialmente, la propuesta que me ha hecho la psicóloga sobre redactar una carta me ha parecido un disparate. Pero después, tras meditarlo y visualizar cómo la escribiría, qué diría y, a quién se la remitiría, me ha picado la curiosidad.

¿Cómo sería la Magda escritora?

Elocuente, perspicaz, con letras salpimentadas de humor y guiños a las lectoras, ¿qué digo?, féminas de la revolución y de los nuevos cuarenta, cincuenta, sesenta —¡vivan las décadas! —, que se comen la vida sin importarles la dichosa operación bikini que, a nadie, salvo a las marcas, les interesa.

Una campanilla en la literatura.

Audaz y romántica, intensa en sus palabras, como en la vida.

Una soñadora que escribiría sobre un mundo mejor, real y mágico.

La prosa tintineante de Magda Ruiz Serrano —anunciaría la faja de mis novelas.

La cuestión es encontrar la manera de que las emociones y los sentimientos fluyan. De que pueda expresarme con absoluta libertad.

Ah, ¿pero eso es posible? Una declaración de intenciones, me digo.

Honesta, sincera, sin tabúes.

Esa es la carta que quiero escribirme.

Querida Magda.

Ha llegado la hora de darte una tregua.

De dejar de castigarte y atormentarte por hechos ajenos a ti.

De enfrentarte a tus miedos. A todos aquellos que no te permiten avanzar.

De coger fuerzas y reencontrarte contigo misma.

De conectar con lo que eres.

Empoderarte y dejar atrás lo que ya no te aporta. Aunque te duela.

De echar el freno antes de caer en el abismo.

Plantearte qué es lo que te suma y prescindir de lo que te resta.

Hablar con Paco. Sabes perfectamente que ese debería ser el primer paso.

¿Cómo le vas a decir por todo lo que estás pasando?

Tan importante son las palabras como el tono. Tú mejor que nadie lo sabes.

¿Cómo quieres que sea tu vida de ahora en adelante?

Al imaginarlo, quizá quieras salir corriendo, pero huir no es una opción. Ya no.

Puede que el miedo se apodere de ti ante la posibilidad de que tu vida se desmorone. De perder aquello por lo que has luchado durante estos años, que tanto te ha costado construir:

Tu familia.

Empieza una nueva etapa.

Una sin mentiras.

No más evasivas. No más culpa.

Tan solo tienes que ser tú misma.

El respeto comienza en uno mismo, como la libertad.

Desde que escribí la carta me siento mejor. La ansiedad ha ido disipándose poco a poco, como el gas en una Coca-Cola. He conseguido dormir del tirón, sin sobresaltos ni ahogos ni pensamientos en bucle. Las visitas con el psiquiatra y la psicóloga se han ido espaciando. Tengo la sensación de que poco a poco estoy recuperando el tiempo y el espacio que había perdido.

Aun así, quedan muchas cosas pendientes por resolver.

Amor en línea. Saga. La conversación con Paco.

Reconducir mi vida.

Hace semanas que no me conecto a Amor en Línea. Saga me ha llamado en varias ocasiones. Ninguna de ellas le he respondido. Ante mi silencio, me ha enviado varios wasaps en los que me proponía quedar, vernos y quizá, ¿quién sabe? —decía— éste podría ser el inicio de algo.

Algo.

Merece saber la verdad. Ya no puedo ni quiero posponerla por más tiempo.

Quiero ser consecuente con mis decisiones, honesta con mis sentimientos.

La pantalla del móvil de la manzana se ilumina y vibra dos veces, anunciando dos nuevos wasaps.

—Dice un proverbio japonés que la lluvia es un problema solo para quienes no quieren mojarse —me escribe—. No pensaba que lo fuese para ti.

—Y no lo es, solo que necesitaba tiempo para meditar —respondo escueta en otro wasap.

—¿Sobre qué? ¿Tan importuna ha sido mi propuesta? ¿Es un crimen querer verte?

—No he sido del todo sincera contigo. Quizá cuando te lo explique, lo entiendas.

—¿Explicarme, el qué? Perdona, pero no te sigo.

—Estoy casada —añado tajante—. Amor en línea ha sido una equivocación. Yo no debería...

—Espera, espera. Antes de que sigas. Los dos somos ya mayorcitos y conocemos las reglas del juego. ¿No? Ahora no me vengas con tonterías.

—¡No lo son! No he estado jugando contigo, te lo aseguro. Hay una parte de verdad en las conversaciones que hemos tenido. Me gusta hablar contigo, pero no puedo continuar con esto, no de la manera que tú quieres. Yo...he tenido que tomar una decisión.

—Y dime, ¿en qué momento lo has hecho? ¿hace una semana? ¿ahora? ¿o siempre has sabido que no esto no nos conduciría a nada?

—Hace poco.

—¿Sabes qué? Que te den culo.

No. No quería acabar así con Saga. Tampoco hacerle daño. Pero a veces en la vida no se

tiene elección, no depende de ti, por mucho que te esfuerces, por mucho que lo intentes.
Sucedé. Puedes lamentarte o aceptarlo.
Y yo ya había decidido mojarme bajo la lluvia.
Con Paco.

40.

El amor me sale a borbotones. Marcos y Oli, como Juana y Sergio, son ahora los enamorados. Qué pava. No camino. Levito. El corazón me late a ritmo caribeño, veo la vida tecnicolor, los pajarillos cantan, las nubes se levantan a mi paso.

Existen diferentes tipologías de parejas: Las independientes, las Mi Cari, o Kelly family (pack completo de padres e hijos), las Open / Close Mind y Marcos y yo: Los Lapa o 24/365.

¿Para qué esperar al tiempo reglamentario si el corazón nos invita a estar siempre juntos?

—Me gusta quererte —me susurra Marcos al oído mientras acaricia mi muslo.

¿Puede haber una declaración de amor más bonita?, pienso mientras el roce de su boca me hace cosquillas en el oído.

Me giro, le miro y muerdo su labio inferior con suavidad. Nos besamos lentamente, buscándonos y jugando con nuestras lenguas en un remolino de saliva y excitación. Marcos coloca mi mano sobre su pantalón, en la entrepierna. Puedo notar su erección bajo los vaqueros.

Me humedezco.

—Quiero follarte ahora mismo —dice al tiempo que me abre la camisa y pasea sus dedos sobre mis pechos desnudos.

—María está a punto de llegar. No tenemos mucho tiempo —respondo con la voz entrecortada, excitada.

—Pues no lo perdamos.

El sexo con Marcos es una noria a la que te subes y nunca sabes cuándo va a parar. Si verás las vistas desde lo más alto o quizá disfrutarás de varias vueltas completas hasta llegar al fin del viaje. A veces rápido. Otras más pausado. Pero, sin lugar a duda, el mejor que he probado.

—¿Cómo estás? Que no sé nada de ti. ¿Hacemos un cafelito? —le propongo a Magda a través de Candado.

Magda está escribiendo.

—¿Perdida yo? Eso tú, que desde que estás emparejada no hay quien te vea —responde con cierto tono de incompreensión.

—Chica, déjame disfrutar, que lo mío he pasado —le digo y añado un emoticono de cara sonriente.

—Pues nos vemos lo antes posible, porque yo también te tengo que contar.

—¿Ah sí? ¿Todo bien? —le pregunto.

—Han sucedido cosas —contesta—. Hablé con Paco y...me dijo dónde había estado.

—Cuenta.

—Te lo cuento de viva voz que no es un tema para hablarlo por wasap. Pero, estate tranquila, ¿ok? Estoy bien. Poniendo orden en mi vida.

—¿Cómo quieres que esté tranquila? ¿No me puedes adelantar algo? ¿Te llamo?

—Que no. Mañana. ¿Te va bien a las seis en el Café Risto? —me propone.

—Seis y media mejor, que tengo hora a las cinco con la gine y si no iré muy justa. ¿Pero

seguro que no quieres que hablemos antes? —insisto.

—Que no, cansina. Mañana te lo cuento todo. Prometido. Te *ai lof vii*.

—*Mi tu*.

María ha llegado a casa puntual. A las diez te quiero ver entrando por la puerta, le había advertido antes de que saliera con su amiga Jéssica.

Se lleva bien con Marcos, cosa que me tranquiliza porque no sabía cómo reaccionaría cuando le dije que, en realidad, nuestro vecino era mi novio.

—¿Novio?, ¿tú?, ¿no será El Cotilla? —me preguntó.

—No, ¡por Dios! Hija mía, que tu madre aún tiene buen gusto. Es Marcos.

—Marcos, Marcos... ¡Ala! ¡Ese! ¡No-me- lo-puedo-creer, mamá! Me puto flipa su rollo. Mi madre con el buenorro del vecino, ¡toma ya! Y encima es más joven que tú. ¿Pero sabe la edad que tienes? —me inquirió, incrédula—. Y añadió: Ahora lo entiendo todo.

—¿Disculpa? Aquí tu madre —dije posando como una modelo del Telecupón— tiene tirón para rato. Ya sabes: quien tuvo, retuvo. Y, exactamente, ¿a qué te refieres con «ahora lo entiendo todo»?

—Nada, que la novia de papá decía que acumulabas mala leche por no f...

—¿Qué? Desde luego... Ya hablaré yo con tu padre, ya.

Desde que estamos juntos —oficialmente juntos, digo— siento que por primera vez desde hace mucho vuelvo a tener control sobre mi vida.

Ya no me importa el qué dirán.

Solo me interesa lo que concierne a esta nueva familia que hemos creado.

Definitivamente, es posible volver a ser feliz de otra manera.

41.

Las visitas ginecológicas son un must a partir de la primera regla, aunque debo reconocer, que no ha sido hasta pasados los cuarenta que es la especialidad, en comparación con el resto, en la que más visitas acumulo.

—Recuérdame, Olimpia, ¿cuándo fue la última citología que te hicimos? —me pregunta mi ginecóloga.

—Justo hace un año, lo tengo marcado en el calendario.

—Ajá —contesta mientras me pide que no me mueva e introduce el espéculo en mi vagina para tomar una muestra—. Te pediré también una mamografía.

—No me he hecho nunca una.

—A tu edad ya las pedimos, solemos repetirlas cada dos años. ¿Cuándo tuviste la última menstruación?

—Uf, la regla —contesto poniendo los ojos en blanco—, hace ya tres meses que no me viene. Me empieza a hacer el tonto. Además, últimamente he tenido un poco de sangrado.

—¿Doloroso?

—No, tan solo un poco de molestia en la barriga y, algún día puntual, sensación de mareo. Supongo que debo de estar pre-menopáusica, ¿no?

—Ahora lo veremos, es pronto para saberlo. Si te parece, haremos una revisión completa. ¿Me la preparas para una ecografía, por favor? —le pide la ginecóloga a la enfermera—. Enseguida vuelvo.

—Tranquila, que yo de aquí no me muevo —bromeo mientras me señalo las piernas colocadas en la camilla.

La enfermera me unta un líquido transparente, viscoso y frío por el vientre. Enciende el monitor que queda a la derecha de la camilla.

La ginecóloga regresa, y dice:

—Allá vamos, veamos cómo están estos ovarios.

Dos segundos, una mueca que precede a una sonrisa y la vida te cambia en una camilla:

—Olimpia, querida, tus ovarios funcionan a la perfección. No estás pre-menopáusica, sino embarazada.

42.

Los niños duermen. Les he contado por decimonovena vez el cuento de Hansel y Gretel. El inicio de curso les deja, por suerte, dormidos a las ocho de la tarde.

Cierro la puerta de la habitación de Eva y Nil mientras los dedos de mis pies apuntalan el parqué como una bailarina en El lago de los cisnes. Diana Krall canta sola *I'm confessin' (that I love you)* en el salón.

El comedor se ha llenado con su voz.

Paco ha retirado la mesa y las sillas para convertir el comedor en una pista de baile improvisada.

Me acerca su mano invitándome a bailar. Me sonrojo.

Le siento.

Anudamos los dedos como si fueran teclas componiendo una balada. La nuestra. Recuesto la espalda sobre la palma, amplia y varonil, de su mano. Apoyo la cabeza sobre su pecho. La culpa se deja caer sobre la conciencia y, sin poder contenerlas, las lágrimas afloraran como un riachuelo que desciende desde la cima de la montaña.

Antes solíamos bailar descalzos, en calcetines o zapatillas. Vestidos, desnudos o en pijama. Con y sin niños. No había ritmo ni pasos predeterminados. Tan solo nos mirábamos y nos encontrábamos.

Tengo la cara cosida a su torso.

*I'm confessin' that I love you,
Tell me, do you love me too?
I'm confessin' that I need you.*

Los pies de Paco se detienen de golpe. Mi corazón vuela. Por unas milésimas de segundo la ansiedad ha dejado de cabalgar desbocada por el prado de la incertidumbre.

¿Es este el momento adecuado?

Las paredes vuelven al silencio. La culpa me late dentro. Yo también tengo que contarle mis secretos. El sudor parece aceite hirviendo en la palma de mis manos. Paco sostiene la mirada. Las niñas de mis ojos emocionadas. Las pupilas dilatadas de dolor. De silencio. De callar durante tanto tiempo.

La música enmudece cuando pronuncio la frase de las frases. La única capaz de decirlo todo sin haber, ni tan siquiera, empezado.

La excelentísima y mágica sentencia que avecina tempestad.

El abracadabra de la caja de Pandora:

—Paco, tenemos que hablar.

Inspiro fuertemente, como si quisiera llenar los pulmones de valor antes de exhalar toda la verdad. Paco me envuelve en sus brazos y antes de que continuase, dijo:

—Yo también quería que habláramos.
—No sé por dónde empezar.
El silencio se llena antes de que pudiera seguir con mi discurso:

*Honestly, I do, need you every moment.
In your eyes I read such strange things (...)*

43.

Para decir la verdad tan solo hay que tirar del hilo de la mentira.

El desencadenante ha dado paso al conflicto. Al verdadero. A ese que ni siquiera Paco intuye. Al que se me anuda en las entrañas y me roba la vida. Me aplasta la conciencia contra la almohada.

¿Qué puede haber más que la mentira?

Alevosía.

—Los últimos meses han sido duros... emocionalmente muy duros para mí —digo antes de que las lágrimas empiecen a brotar por mis ojos—. ¡Me han ocurrido tantas cosas! Muchas de ellas no se las he podido contar a nadie... A nadie —corrijo enseguida— salvo a la psicóloga y psiquiatra que me han estado visitando durante este tiempo.

Paco me mira con ternura. Me escucha atento.

Puedo sentirle cerca de mí.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes, pero no sabía cómo. No podía. No...

—¿Y cómo estás? —me interrumpe.

Y antes de que pueda contestarle:

— No tienes que contarme lo que sucede en esas visitas. Lo único que quiero —dice levantándose el mentón a la altura de su boca— y que necesito que recuerdes siempre —recalca— es que para mí lo primordial siempre serás tú.

Lo sencillo sería echar el freno de mano, dejarme llevar por aquel soplo de aire fresco, oxígeno en nuestra relación, hacer el amor tendidos en el reencuentro y seguir adelante reforzados. Sin embargo, le he dado mi palabra a la psicóloga de que hablaría con Paco. Y, más importante aún, me lo había prometido a mí misma.

Un segundo puede transportarte a lugares tan lejanos como las alas de la imaginación te permitan volar. En el comedor ya no hay paredes, ni techo ni Diana Krall ni pies descalzados.

Tan solo Paco. Tan solo yo. Nosotros.

El olor a césped mojado me embadurna el olfato. Al fondo, la primavera inglesa, mantas de picnic y banda sonora con acento británico. Hemos dejado atrás nuestro presente para viajar en el tiempo. Nos hemos detenido en un beso. Observo de nuevo a mi amor, amigo y compañero.

Este es, sin lugar a duda, el momento para tirar del hilo de la verdad.

Se lo debo.

Ya no puedo disimular por más tiempo que todo va bien, que soy feliz, que tengo todo lo que quería, que somos una familia perfecta, unida, felices los cuatro. A cualquier cosa le llaman canción.

Respiro profundamente, le cojo fuerte de las manos y digo, casi sin respirar:

—Hay más.

—Sea lo que sea, te escucho —contesta con la mirada acariciándome el alma.

—He estado con otro hombre.

Epidural, por favor. Anestesia general. Demasiado tarde. Paco tiene la cara acartonada. Inexpresiva.

Diana, canta una de tus canciones para suavizar, le suplico.

—Físicamente no —corrijo rápido—, fue algo virtual. A través de una aplicación —matizo—. Todo sucedió por teléfono. No nos vimos jamás. Te lo prometo. Me sentía sola. Perdida. Discutíamos mucho, ¿recuerdas aquella época? No hace tanto— me justifico buscando refugio en su reacción—. Oli estaba con sus historias. Y tú... tú no sé dónde estabas, Paco. Cada vez salías más con Santi. Al Ateneu. Apenas coincidíamos en casa. No hablábamos. Y yo...yo ya no sabía quién era.

Ha pasado de la empatía a la apatía. De escucharme a oírme. De verme a no mirarme. De volar a aterrizar al subsuelo de la realidad.

De bailar a no pestañear.

—¿En qué pensabas? —atina a decir por fin.

—En ti.

—¿En...mí? ¡No me jodas, Magda! Si hubieses pensado en mí me lo habrías contado desde el principio. Cómo te sentías. Lo que te pasaba. Y quizá no habríamos llegado a esta situación, te habría ayudado como siempre he hecho —dice sacudiendo las manos con ira y apartándose de él.

—Lo siento. ¡Lo siento mucho! —exclamo—. Para mí también ha sido muy difícil, ¿sabes? Papá, mamá, sus secretos... —grito, desesperada.

—No sé de qué me hablas.

—Todo se ha roto. Todo en lo que creía. He descubierto cosas que ni tan solo pensaba que existían. La doble vida de papá. Su amante.

—¿Amante?

—Sí, de ahí las llamadas. Su insistencia en hablar conmigo. Y no solo eso: Mamá lo sabía. Lo sabe y consiente. Y, ¿sabes qué? Que yo no soy nadie para juzgarles porque entonces debería hacerlo también conmigo y... Estoy cansada de intentar llevar una vida en la que no me reconozco, que ya no me pertenece.

¿Puede el fuego convertirse en hielo en tan solo un segundo?

Puede.

Siento el crujido de mis venas rompiéndose.

¿Puede un corazón hacerse añicos en un segundo?

Puede.

44.

Se nos ha ido de las manos. A él, a mí y a Diana, que, viendo el percal, nos ha abandonado en una conversación en la que ya no hay interlocutores sino gritos y reproches. Dejamos de escucharnos para recriminarnos mutuamente el pasado y el presente. La rutina y la taza de café olvidada en el mármol de la cocina.

Las idas de uno y las venidas del otro.

La distancia, esa que tan solo se recorta con palabras.

—Estoy en tratamiento psiquiátrico, por depresión y ansiedad.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Paco, no pretendo culparte ni te que te responsabilices de cómo me siento. Solo intento tender un puente entre tú y yo. Que hablemos. Que nos comuniquemos. Por favor.

Reniega con la cabeza, me mira y dice:

—Vamos a tranquilizarnos. Es muy tarde. Estamos muy alterados. Necesitamos descansar y hablar con calma de todo esto —me pide.

—Ahora que ya hemos empezado, creo que deberíamos aclararlo todo.

—Estoy muy cansado.

—Y yo, Paco, pero... no podemos postergarlo más. Solo te pido que abras conmigo como yo lo he hecho. Que recortemos esta distancia que siento. Hablemos —le suplico.

Paco baja la mirada, como si con ella también lo hiciera la vergüenza de lo que me va a contar:

—Tengo un problema. Uno muy gordo. Y no sé cómo resolverlo.

—Te escucho —le digo acercándome a él y sosteniéndole la mano.

Le cae una lágrima por la mejilla. Hacía mucho tiempo que no le veía llorar. Me asusto. No entiendo qué puede ser tan grave. La cabeza me va a mil.

45.

—Tengo deudas, Magda. Muchas deudas.

—¿De qué me estás hablando? —contesto sin entender nada.

—De todas estas semanas... meses... Del Club Cabana.

Un momento. No puedo pensar con claridad.

—No ha sido, sino muchas partidas de póker. Al principio iba con Santi. Nos reuníamos un grupo de amigos, lo pasábamos bien. Después me hablaron del Club Cabana, un antro en el que se organizaban partidas de más alto nivel.

No doy crédito a lo que estoy escuchando.

—Y llegaron las apuestas fuertes. Y con ellas las pérdidas... las deudas.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto exaltada.

—Lo siento, Magda. ¡Lo siento tanto! —se rompe a llorar—. Lo he perdido todo.

—¿Todo? ¿todo? ¿qué es todo?

—Todos nuestros ahorros.

Paco da un puñetazo en la pared mientras le miro estupefacta. No puedo creer lo que ha hecho.

No soy capaz de articular ninguna palabra.

—Lo siento, Magda.

A la mañana siguiente Paco no despierta a mi lado.

Su almohada aún guardaba el peso de la conciencia.

En el recibidor encuentro una nota que dice:

«Llevo a los niños al colegio. Creo que será mejor que nos demos unos días para pensar. Lo siento.»

46.

El dolor me oprime el pecho como un ladrillo hundiendo los cimientos de nuestra relación. Envío un mensaje a la secretaria de Pentagrama diciendo que tengo fiebre y que no puedo ni moverme de la cama.

—Necesito verte urgentemente. ¿Tienes un hueco para hoy mismo? —le pregunto a la psicóloga con un hilo de voz.

—Permíteme un momento, tengo que revisar la agenda. Veamos —dice mientras la oigo pensar en voz alta: «Marta viene a las dos y luego Genís y Claudia tienen visita... quizá podría a...»—. Tendría que ser a partir de las doce, antes tengo a dos pacientes —dice, por fin.

—De acuerdo. Allí estaré. Muchas gracias.

La distancia emocional se recorta sin tijeras.

Con amor. Empatía. Comprensión. Amistad. Generosidad. Respeto. Confianza. Gratitude. Humildad. Franqueza.

Y honestidad.

Quizá aún estábamos a tiempo, pienso.

Hablar con la psicóloga me ha ayudado a tomar distancia ante la revelación de Paco. Durante la visita hemos planteado varias opciones para solucionar esta situación. Cuando me ha preguntado cómo me sentía le he dicho que sobre todo asustada y en shock.

—No esperaba esto. No es una decepción, es sobre todo miedo a perderlo.

—¿Y cómo está él?

—Me ha pedido tiempo. Estaba totalmente hundido. No quiero dejarle solo, ahora más que nunca siento que debemos estar juntos, remar en la misma dirección.

—¿Crees que podéis solucionarlo?

—Quizá te parezca extraño...pero es ahora cuando me siento más cerca de Paco. Ambos nos hemos sincerado y, aunque no le he dicho lo de mi padre biológico porque sinceramente no viene al caso, creo que hemos llegado a un punto de no retorno. De seguir juntos o decir hasta aquí.

—¿Y tú qué quieres, Magda?

—Yo estoy asustada. Mucho. Y quiero que me explique todo con pelos y señales y me prometa que nunca más caerá en esto. Que empiece una terapia si es necesario. Los ahorros...en fin. No te voy a decir que no me duela, porque nos ha costado mucho tenerlos. Pero esa es otra cuestión. Ahora, lo importante es revolver esto, saber qué deudas tiene y quedarse a cero.

—¿Te das cuenta? Hace unos meses te hubieses hundido por completo en una situación como ésta, pero ahora, gracias a que estás más estable emocionalmente, eres capaz de recomponerte y buscar soluciones. Evidentemente, esto no significa que no te afecte, sino que tienes las herramientas suficientes como para enfrentarte a ello.

—Lo único que quiero es estar en paz.

—Pues adelante, Magda. Guíate por tu instinto.

Vale. Que no cunda el pánico. Estoy em-ba-ra-za-da, me repito aún desconcertada por la noticia, mientras bajo caminando por Balmes en dirección a casa. La madre que me parió, si es que ya me vale. A estas alturas de la película no, Olimpia, hija mía, que parece que naciste ayer. Globito, el globito. Pero si estás cansada de decírselo a María: «Utiliza siempre un preservativo».

¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Cómo se lo voy a decir a Marcos?

C'est fini. Ha sido bonito mientras ha durado, me dirá.

Tengo que llamar a Magda. Necesito hablar con ella.

Se me nubla la vista. ¿Será por mi estado? También puede ser ansiedad. Saco un pañuelo del bolso y me seco las lágrimas. El rímel ha teñido de negro mis mejillas y no puedo quitarlo por más que frote. Tenía razón la chica de Mac, «este waterproof no se va ni con aguarás». Creo que me voy a desmayar. Un banco, necesito un banco para sentarme. No sé si voy a llegar.

Es igual, me tiro al suelo.

No me da tiempo.

Cuando consigo abrir los ojos y focalizar la miopía, hay un corrillo de personas a mi alrededor.

¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Una chica me abanica con una revista y otra me pregunta si quiero beber un poco de agua.

—Señora, señora, ha perdido el conocimiento. No se mueva, se ha dado un buen golpe en la cabeza —me pide el chico que sostiene mis piernas en alto—. ¿A quién quiere que avisemos? ¿Vive usted muy lejos? La ambulancia está a punto de llegar.

Le contestaría al chavalín que a los cuarenta y tres a una no se le trata de señora y mucho menos de usted. Que los cuarenta son los nuevos treinta y que los treinta son los antiguos veinte. Pero da igual. No es el momento ni el lugar.

—Marcos, en mi teléfono. Llamar a Marcos —les digo aún aturdida, antes de ponerme a llorar.

Qué bochorno. Han llamado a una ambulancia y me han trasladado a Hospital Clínic.

—La sangre es muy escandalosa, pero por suerte no es un corte profundo —me informa la enfermera en el box de Urgencias—. Voy a desinfectarle la herida y a coserle. Serán tan solo unos puntos. Ah, su marido y su amiga han llegado. Están fuera esperando.

—¿Mi...marido?

—Eso ha dicho. Si quiere, puede pasar. Está muy preocupado.

—No estoy preparada para hablar con él —le digo a la enfermera.

—Como quiera —contesta sin entender a lo que me refiero.

—Es que... estoy embarazada —añado—. Me lo han dicho esta mañana.

—Vaya, felicidades —contesta—, en ese caso tendremos que hacer una ecografía para cerciorarnos de que el bebé está bien.

No aguanto más.

Empiezo a llorar desconsoladamente. Me cuesta respirar.

¿Será éste el final de mi historia con Marcos?

Un embarazo no estaba planificado. Deberíamos haber tenido más cuidado. ¿Cuántas mujeres se quedan en estado en la cuarentena? La menopausia es peligrosa. Si ya me lo decía mi madre: tu hermano nació de milagro.

Cuanto antes se lo diga, mejor.

No más secretos. La vida, como la verdad, tan solo tiene un camino.

De frente y recto.

—¿Le podría decir que pase, por favor? Tengo que hablar con mi... Con Marcos.

Le he dicho a papá que necesitaba verle urgentemente. Se ha extrañado por la insistencia de mi llamada y por el tono en el que le he hablado.

—¿Qué te pasa, hija?

—Te lo cuento en persona.

Papá me escucha y no gesticula. Asiente con la cabeza.

—Entonces descubrí que no iba al Ateneu, sino a un club donde se organizan partidas de póker.

—¿Cuánto? —me interrumpe papá—, ¿cuánto se ha gastado?

—Todo —respondo con la barbilla temblando—. Todos nuestros ahorros y algo más.

Papá cierra los ojos y los aprieta. Le tiembla el pulso.

—No te he llamado para que le juzgues, sino para que nos ayudes.

—No sé si debería hacerlo.

—Te lo pido por favor, papá. No veo otra salida. Por favor —repito.

—¿Cuánto dinero necesitas?

—Cincuenta mil.

—¿Cincuenta mil euros? ¿Me tomas el pelo?

—Sé que no debería pedírtelo y... y la otra opción que se me ocurre es pedir un préstamo.

—Ni se te ocurra. ¿Pero tú estás segura, hija? ¿Crees que puedes confiar en alguien que te ha mentido de esta manera y que no vuelva a hacerlo?

—¿Y quién soy yo para hacerlo, papá? ¿Quién eres tú? —espeto al tiempo que me arrepiento de la última pregunta—. Solo quiero darle, darnos —rectifico—, una última oportunidad.

Papá me mira fijamente. Piensa, lanza un suspiro y dice:

—Cuenta con ello.

La camilla está fría. Tengo las manos blancas, con las venas marcadas por el frío y el cuerpo destemplado. He olvidado por qué estoy aquí. El golpe y el mareo son secundarios.

La puerta del box se abre y antes de que entre puedo oler el perfume de su piel.

Marcos.

—Menudo susto nos has dado —dice acercando su sonrisa hasta mí—. Nos tenías muy preocupados.

Me acaricia la cara. Me coge de la mano. Me mira y me dice que cuidará de mí.

—¿Nos? —pregunto sin caer en el plural.

—María está fuera. Está muy asustada.

El corazón se me acelera. ¿Es este el momento? Al grano, pienso.

—Tengo que hablar contigo —le digo sin preaviso.

—Dime —responde mientras pasea sus dedos por mi mano con delicadeza.

—Ay, Marcos... Si es que no sé cómo decírtelo. Ni yo misma...Es que...

—Oli, va, shhh. No hace falta que hablemos ahora. Lo más importante es que estés bien. Estoy a tu lado. ¿Vale?

—Ya, pero esto tienes que saberlo, porque también te concierne a ti. Estoy embarazada —digo sin titubear.

Silencio. Las paredes enmudecen.

Fuera se oyen los pasos de los celadores y enfermeras, el trajín de un hospital que no descansa, vías para la vida, gotero para el dolor, cariño para las familias, diagnósticos inesperados.

—Embarazada —repite—, ¿estás em-ba-ra-za-da! ¿cómo...? ¿en serio?

Marcos se mueve hacia un lado y otro del box mientras se pone las manos en la cabeza y repite «embarazada, está embarazada» y agita los brazos y me mira y le miro y parece que se emociona y de nuevo dice «embarazada, está embarazada». Finalmente se acerca a mí, me coge de la mano y me dice:

—¿Cómo ha podido ocurrir?

Y antes de que pueda contestar, añade:

—¿Y de cuánto estás?

—Me han dicho que de dos meses—digo con la boca pequeña.

—Yo no sé...qué decir. No me esperaba esto. Ni siquiera habíamos hablado del tema. No me había planteado ser padre.

—Ya lo sé, yo tampoco lo hubiese imaginado...pero nos la hemos jugado y la cuestión es que ha pasado. Y ahora, ahora tenemos que decidir.

—Decidir. Pero si... Es que no sé qué decir.

Marcos me mira y me pregunta:

—¿Estás segura de que es mío?

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me deja helada, petrificada en la camilla. Un sudor frío cae desde las sienes hasta la barbilla.

—¿Pero de qué vas? —le recrimino cuando reacciono—. ¿Y de quién sino va a ser? —replico ofendida por la pregunta.

—Oli —dice acercándose hasta la camilla—, necesito saberlo. Ya está. No nos conocemos tanto y... hemos estado tonteando un tiempo y yo no sé...

—¿Con quién he estado? ¿Te piensas que voy echando polvos con el primero que me encuentro? ¿eh? ¿es eso?

Marcos se arrodilla, me coge de nuevo de la mano, me pide disculpas. Lloro. Nunca le había visto así. No entiendo nada.

—Eres lo mejor que me ha pasado —dice por fin—. Y ahora mismo no sé qué decir, solo que estoy asustado. Un embarazo no era precisamente algo que planeaba. Ni tú tampoco.

Silencio.

Nos miramos. Intento leer en sus labios qué sucederá.

—Está claro que no —contesto—, pero ha pasado.

Enmudecemos. No me había planteado ser madre de nuevo. Volver a empezar.

Pero ¿acaso decidimos sobre nuestro destino o lo escribimos mientras vivimos?

—Tengo miedo, mucho miedo —contesto—. Si seguimos adelante con el embarazo todo cambiará, te lo aseguro. Nada será igual. Sé de lo que hablo y me asusta perderte. Yo también tengo que pensar en ello.

—En cualquier caso, es una decisión que tenemos que tomar los dos.

La felicidad es efímera. Volátil. Subjetiva. Inesperada, como la vida.

Como las decisiones.

Han pasado dos semanas desde que hablé con papá. Los cincuenta mil euros llegaron en tres transferencias distintas, con un par de días de diferencia entre una y otra.

Paco no sabe que he podido reunir el dinero que falta para pagar su deuda. Se ha hospedado, temporalmente, en casa de Santi. La idea no me hizo ni pizca de gracia cuando me lo comunicó. Habría preferido que fuese a casa de sus padres, pero eso tan solo habría empeorado la situación, que ya de por sí es delicada.

Casa sigue siendo casa, solo que está vacía. Sin música. Sin paredes. Sin recuerdos ni brazos que me recojan cuando acaba el día. Sin arrugas en la cama ni batalla de almohadas. Sin pelea de sábanas. Vivo en un cuerpo vestido de piel y adornado por un corazón que late como un reloj de cuco.

Son las diez.

Me duele la cara, las pestañas y las cejas de retener la tristeza. Un pie en tierra y otro al borde del precipicio.

Qué cerca está de nuevo el abismo.

—¿Cómo están los niños? —me pregunta Paco por wasap.

—¿Quieres hablar con ellos? —le respondo con otra pregunta.

—No puedo, lloraría al hacerlo.

Silencio. Suspira. Suspiro.

—Te echan mucho de menos.

Como yo, pienso.

—Deberías hacer un esfuerzo —le pido—, no por ti sino por ellos.

—No es que no quiera, ¿entiendes? —me recrimina—, es que no puedo —recalca—. Se me hace un nudo en la garganta tan solo de pensarlo.

Más silencio. Dolor. Más dolor. Qué profundo. Qué amarga la sinrazón.

—¿Cuánto tiempo piensas estar en casa de Santi? —digo cambiando de tema—. Tendrás que volver algún día —añado con la boca chica.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que volveré.

—Sí...la cuestión es cuándo.

—Aún no lo sé, Magda.

Distancia. Kilómetros.

—Necesito un par de días más para meditar —contesta—. No te mereces esto.

Septiembre nunca ha sido tan frío. Se me está congelando la vida, el cuerpo camina solo, sin alma, sin corazón, sin ti, sin vida.

Oli me ha enviado un audio de cinco minutos. Lo he escuchado atenta, sorprendida por lo que me estaba contando:

«Estoy embarazada de dos meses. Ya sé lo que me vas a decir, pero, ahórratelo. Marcos ya lo sabe. Hemos hablado y...hemos decidido seguir adelante. ¿Te lo puedes creer? Voy a volver a cambiar pañales. Quiero verte, abrazarte y celebrarlo. Te quiero, te quiero, te quiero. ¿Cuándo nos vemos?».

—¿Emba...ra-za-da? —le contesto en otro audio como si al decirlo y espaciar las sílabas lo fuese asimilando. Suspiro. Sonrío. ¿Quién soy yo para dar lecciones morales? — Si es lo que quieres, perdón, queréis, adelante. Yo siempre estaré a tu lado. Por cierto, que el sábado no puedo, he quedado con Paco. Si quieres el domingo y me lo cuentas todo con detalles...Y yo también te quiero, tonta.

Le he propuesto a Paco vernos a la nueve. No puedo aguantar más. Le he preguntado a mamá si podía quedarse con los niños la noche del sábado a domingo. Sea como sea —me digo mientras los nervios se retuercen en mi estómago—, tenemos que tomar una decisión y resolver esto.

—De acuerdo. A las nueve en Les Gens que J'aime —responde.

La ansiedad retumba en mi pecho lleno de miedos.

Nuestro futuro pende de un hilo.

¿Seremos capaces de tirar de él o se romperá para siempre?

52.

«Si se lo hubieran preguntado, Hervé Joncour habría respondido que su vida continuaría de ese modo para siempre».

Seda. Alessandro Baricco.

He llegado a Les Gens que J'aime cinco minutos antes de la hora que hemos quedado. Me siento como una quinceañera en su primera cita. Es el mismo lugar donde años atrás me pidió matrimonio, el bar más emblemático de la calle Valencia. El París existencialista en pleno Eixample, donde igual te sirven un cóctel que te echan las cartas del tarot. Me viene a la mente la bruja.

Bajo las escaleras que dan al subterráneo del local y voy directa a la barra.

—Un Bloody Mary bien picante por favor —le pido al camarero—, pero sin alcohol— remarco.

Los taburetes se agolpan como ingleses esperando su pinta en la vieja Inglaterra, con el esbozo de los culos que se han sentado sobre ellos y dos centímetros de polvo bordeándolos, dejadez de los dueños, en la tapicería de los asientos.

Espero a Paco en la mesa que queda más alejada de la barra, en la parte derecha, un rincón íntimo y propicio para conversar. Mientras hago tiempo, le envío un wasap a Oli:

«Perdida, ¿dónde andas? Necesito hablar contigo. Por favor, llámame, es urgente».

La vida se ha detenido, como si quisiera tomarse un respiro, como si le doliese latir y aun así necesitara hacerlo, como el corazón de Paco y el mío. Mis piernas se deshacen por momentos, intentando mantener la calma y la compostura, escurriéndose sudorosas entre los pantalones

Al fondo, en un rincón que evoca misterio, veo a la bruja.

Tiene la mirada fija clavada en mí.

¿Podría preguntarle por lo que sucedería a partir de entonces?

—Ambas sabemos por qué estás aquí —me respondería con voz misteriosa.

A decir verdad, jamás hubiese imaginado lo que estaba a punto a ocurrir.

Pánico. Dolor de estómago. Ganas de vomitar. Nervios. Quiero salir de aquí corriendo, llorar, gritar, alejarme de este lugar, de la decisión final. Vértigo del futuro, de la incertidumbre. Estoy paralizada en un laberinto del que no sé si podremos salir juntos.

El resultado final de la ecuación de nuestro amor.

El cuerpo se ha deshecho de mis pensamientos, abandonados a la intemperie, como si ya

no se perteneciesen. Como dos elementos que se repelen, que no atienden a la razón.

Ay, la razón.

¿Puedo ser racional en el momento más emocional de mi vida?

Sal corriendo de aquí, me grita la ansiedad.

Cuerpo y mente alineados. Emociones activas.

Nota mental: no olvides respirar.

La bruja sigue mirándome.

Se ha hecho un silencio en mi corazón que ha durado minutos, quizá horas. Hiperventilo. Cojo aire de nuevo, intento llenar los pulmones de serenidad. Recuerdo las palabras de la psicóloga.

La emoción me tiembla en las manos. No consigo mantener el pulso quieto. Los dedos tocan un piano imaginario.

Paco entra en el bar.

Ha llegado el momento de la verdad.

La luz tenue del local se ha abierto en canal para iluminar el camino hasta la mesa donde me encuentro, Bloody Mary en mano, piernas descruzadas y cansadas de guardar la apariencia.

—Siento mucho el retraso, Magda —dice mientras tomaba asiento guardando las distancias.

Se disculpa con la voz titubeante. Una gota de sudor frío le cae desde la sien hasta la mejilla derecha, acaricia la barbilla y se suicida en caída libre la suelo, presa de la ley de la gravedad.

—Tranquilo—contesto—, no llevo tanto esperando.
Miento.

La bruja me lanza una mirada recriminatoria y el camarero de complicidad.

—Buenas noches, señor. ¿Le apetece un Bloody Mary picantito igual que la señora? —pregunta el camarero.

—Hum, mejor un gintonic, por favor. Gracias.

—¿Alguna ginebra en especial?

—Tanqueray.

—Ahora mismo —dice alejándose.

La complicidad, la amistad, las mariposas. Sí. Las mariposas. Ya no recordaba cuándo había dejado de sentirlas. En qué momento dejaron de unirse nuestros pies en la cama. Ya no te encontraba entre las sábanas. Ya no olía tu piel en mi almohada. Ya no sabía quererte. Ya se me había olvidado. Sí, quererme a mí también.

¿Cuándo fue la última vez que lo hice?

La bruja nos mira a ambos.

—¿Cómo estás? —le pregunto con los ojos empañados de emoción.

—Bien, bueno...nervioso —suspira—. Si es que no lo sé ni yo.

La bruja. El sonido de las copas. El camarero toma nota a la pareja de al lado. Suena «*La vie en rose*» de Édith Piaf. Otra, otra, otra, escucho decir al lobo solitario que espera atacar a alguna soltera perdida en el local.

Silencio entre los dos.

Paco coloca las manos sobre la mesa y las alarga buscando las mías. El sudor de la incertidumbre dibuja una línea recta desde su gin tonic hasta mi copa.

Estoy paralizada. No siento el cuerpo. Quiero alargar mi mano y enlazarla con la suya, pero mi cerebro ya no recibe las señales que le envío.

Ya solo piensa el corazón.

—Te he echado de menos —me dice.

El silencio es la mejor respuesta a las preguntas que no la necesitan.

Se acerca a mí, me mira fijamente, coloca su mano en mi mejilla.

Me acaricia con ternura. Recojo su mano. Se la beso.

—Y yo a ti —añado sollozando.

—Lo siento tanto, Magda. Estoy tan avergonzado. No sé cómo he podido dejarme embaucar en algo así. Gastar todos nuestros ahorros. Endeudarme. Endeudarnos —rectifica—, y, lo que es peor, mentirte.

—No he venido aquí para recriminarte nada. ¿Me oyes? —le digo emocionada—. Estoy aquí porque te quiero y porque sé que juntos podremos resolverlo.

Hago una pausa para medir bien mis palabras. Y sigo:

—No más mentiras. Ni tuyas ni mías —le digo conciliadora—

—¿Y el dinero qué debo? ¿Cómo voy a devolverlo?

—Esa es la otra parte de la que te quería hablar. He hablado con mi padre. Se lo he contado todo... Todo es todo —recalco—, y él se ha prestado a dejarnos el dinero que faltaba para cubrir las deudas...

—No quiero meter a tu padre en esto —me interrumpe.

—Ya lo sé. Y a mí tampoco me hace especial gracia hacerlo, pero hay situaciones en las que tenemos que dejar el orgullo a un lado y dejarnos ayudar. Se lo devolveremos, eso seguro, cuando podamos. Es un préstamo.

—Me siento tan avergonzado.

—Paco, basta ya. Flagelarte con la culpa no va a resolver nada, sino a empeorar una situación que ya de por sí es complicada. Mírame —le digo subiéndole la barbilla y buscando la complicidad en su mirada—: Ahora ya no podemos hacer nada por cambiar el pasado, pero sí podemos avanzar para reconducir el futuro.

—De acuerdo, pero se lo devolveremos todo, hasta el último céntimo.

—¿Cómo hay que hacer el pago de la deuda?

—Me dijeron que mejor en efectivo pero que, si no podía ser, mediante varias transferencias.

—De acuerdo. Creo que podremos adelantar un importe en efectivo y, el resto, lo transferiremos. Mañana mismo nos ponemos a ello.

Nos abrazamos fuerte, como si quisiéramos traspasarnos el alma.

Un minuto, sesenta segundos juntos.

¿Es suficiente para que todo cobre de nuevo sentido?

El ruido de una copa rota nos sobresalta y nos separa.

La bruja se levanta y se marcha.

Desde Les Gens Que J'aime a casa hay cuatro minutos en coche. Veintidós andando. Dieciocho en autobús.

Salimos del bar con las manos anudadas y los corazones unidos, como un jarrón que tras romperse une sus piezas de nuevo. Con las cicatrices emocionales aún tiernas, recuperándose, poco a poco.

Es tan solo cuestión de tiempo, pienso. Lo importante es haber llegado al reencuentro, cerciorarnos de que la base de nuestro amor está intacta.

Que con confianza y respeto seguiremos adelante como siempre hemos hecho.

—He venido en coche, lo tengo en el parquin de aquí a lado. Iba muy cargado con las dos maletas que me llevé a casa de Santi—dice excusándose—, ¿vamos a casa y las deshacemos juntos?

—Por supuesto —contesto con una sonrisa que emana paz.

Las calles de Barcelona se han despertado cuando nos escuchado cantar junto a Bowie nuestra canción preferida —Heroes— con las ventanillas del coche bajadas y nuestras voces acompañándole en los coros.

*I, I will be king
And you, you will be queen
Through nothing will drive them away
We can beat them, just for one day
We can be heroes, just for one day*

Dibujo olas en el aire con el brazo extendido por la ventanilla —abierta de par en par—, llenándome de oxígeno y libertad.

¿Puede respirarse la felicidad?
Paco conduce y canta y sonrío aliviado y canta y acelera.
Yo canto y sonrío y le miro.
El corazón vuela.
Vibramos de felicidad.
And you, you can mean
And I, I'll drink all the time
'Cause we're lovers, and that is a fact
Yes, we're lovers, and that is a fact

Bowie tararea el último estribillo de nuestra canción. El semáforo se pone en rojo. Paco aminora la velocidad, mete primera, punto muerto. Freno de mano. Me mira. Nos besamos, como si fuese la primera vez que lo hacemos. Acariciamos nuestras lenguas, suaves, tranquilas, ya sin enredos.

El impacto es seco. El dolor prolongado. El cinturón me oprime los pulmones hasta dejarme sin respiración. El airbag del copiloto salta.

Paco sale despedido por la luna del coche.
Qué frío el asfalto.
Qué helada se queda la noche.
Ambulancia. Luces blancas y rojas.
Bowie ha dejado de cantar.
¿Por qué ya no late nuestro amor?

—Cariño —me susurra mamá—, despierta, mi niña.

Me duelen las entrañas. Las venas. El cuerpo.

Ha sido un sueño. Una pesadilla, me repito.

Aprieto los ojos fuertemente y recuerdo borrosas las luces. El sonido de las copas. El dolor del asfalto. Mi alma temblando.

—¿Dónde está Paco?

He olvidado cómo se respira. Huele a sangre. Tengo taponados los orificios de mi nariz por costras reseca que me impiden coger aire.

He perdido la noción del tiempo y del espacio.

Ya no sé qué es real. Vivo en el limbo de la realidad y la ficción.

Suspiro y al hacerlo me duele el pecho.

El corazón sigue latiendo como por inercia.

—¿Dónde está Paco? —pregunto de nuevo.

Mamá suspira, se pone la mano en el pecho. Me acaricia el pelo, lo echa hacia atrás. Tiene la cara desencajada, pálida.

—Paco... Paco no está. Ya no está, vida mía.

No comprendo lo que dice y no lo quiero comprender.

Luces blancas y rojas.

Bowie ha dejado de cantar.

Cierro los ojos.

No quiero despertar.

Han venido los primos de Almería. Los compañeros de instituto. Muchos de sus alumnos. Algunos exalumnos. Vecinos, amigos, familia. Nuestros hijos. Levito entre la multitud que se agolpa en la entrada de la capilla donde se va a celebrar la misa.

Eva y Nil caminan cogidos de mi mano. No hablan, tan solo observan.

No se separan de mi lado.

Papá está sentado junto a Manuela en la segunda fila. Me señala el primer banco que está reservado para nosotros, donde ya se encuentran los padres y hermana de Paco.

Están rotos de dolor.

Mamá me sigue y se sienta junto a mí, entre Nil y Eva.

Oli ha venido con Marcos. Se acerca al banco y me coge de la mano. Me dice que estará detrás, que si la necesito viene a mi lado. No quiere molestar. Se aleja cogida apoyada en el hombro de Marcos, que le acaricia la barriga con delicadeza.

La misa empieza a las doce en punto. El párroco nos da la bienvenida en un tono cálido y de concordia. Cuando pregunta, todos asentimos y respondemos al uníson: Amén. Sea la paz en tu gloria. Ave María purísima.

Santi se ha ofrecido voluntario para decir unas palabras. Se acerca al párroco y éste le ofrece el micrófono.

Hace mucho calor.

Se oye el llanto de un niño, alguien que tose, muchos suspiros.

—Paco no era mi amigo, era mi hermano —dice con la voz entrecortada y las manos temblorosas—. Mi compañero de aventuras. Esa persona a la que puedes acudir siempre, sea lo que sea de lo que se trate. Solidario, generoso y amante de la vida. Aún no puedo creer que te hayas ido —se rompe—, ni cómo voy a vivir sin ti, tío. Te quiero, amigo.

El dolor enmudece en la sala.

Se oyen las lágrimas.

Santi devuelve el micrófono al párroco, que le agradece las palabras.

—Y ahora, oremos: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...

Las manos de Nil y Eva se resbalan entre el sudor de mis dedos. El corazón me late desbocado en la garganta. Mamá me mira. Me pregunta algo. Intento leer sus labios.

El cuerpo no me pertenece. La mente hace rato que ha volado.

Cuando despierto, papá me sostiene las piernas en alto. Manuela me abanica y mamá me humedece la cara con un poco de agua y un pañuelo.

Eva y Nil lloran desconsolados.

—Mamá, manita. ¿Estás viva? —me pregunta Eva balbuceando.

—Sonsoles, llévate a los niños a fuera, por favor —le pide papá—. Manuela, ¿me ayudas a incorporarla para que pueda respirar un poco mejor?

—Quiero irme a casa. Quiero irme ya —les pido antes de romperme a llorar.

Mamá se ha trasladado a vivir conmigo y los niños. «El tiempo que haga falta», me dijo cuando llegó a casa. Eva y Nil han regresado al colegio. Según la psicóloga, cuanto antes vuelvan a la rutina, mejor. Ellos también tendrán que hacer un duelo. Papá y Manuela se encargan de llevarlos y traerlos, además de hacer algunos recados que les pide mamá:

—Necesitaremos media docena de huevos y patatas para la tortilla, a Nil se le ha acabado el gel de ducha de piel atópica. ¡Ah!, han llamado otra vez los del seguro del coche y el abogado, que dice que hay que revisar el atestado.

El psiquiatra me ha aumentado la dosis de Lorazepam.

Estoy adormilada todo el día.

—Esta tarde vendrá Olimpia. Me ha dicho que traerá unas galletas para merendar—me informa mamá—, que dice que tiene mucho antojo de dulces. Ay que ver, cómo se le nota ya la barriga, eh. ¡Ah!, ha dicho que te levantes, te duches y que te pongas guapa.

—No quiero ver a nadie —respondo con tristeza.

—Seguro que a ella sí —añade mamá—. Si alguien puede animarte, esa es Olimpia.

—¿Qué es lo que no comprendes? ¿eh? —la increpo—. Te he dicho que no quiero ver a nadie. A absolutamente nadie. Estoy muerta en vida.

Mamá traga saliva, se gira y, mientras se aleja, como si no hubiese oído mis últimas palabras, me dice:

—He preparado un puré de calabacín que verás tú qué bueno. Te vas a chupar los dedos.

Oli llega a las cinco puntual. Mamá la saluda efusivamente, acto seguido le acaricia la barriga y le pregunta si ya saben si será niño o niña.

—Yo creo que será una niña, pero aún es pronto para saberlo —contesta Oli.

Mientras se acercan al dormitorio las oigo murmurar, pero no consigo escuchar qué dicen.

La puerta se abre:

—Ya han llegado las mejores *cookies* de Barcelona, recién salidas del horno.

No contesto.

—¿Café con leche, solo, descafeinado o pasamos directamente al alcohol duro? —bromea Oli.

Me arranca una mueca. Una intención de sonrisa.

Me alegra ver de nuevo a mi amiga. Echaba de menos sus ocurrencias, su intensidad y ese sentido del humor tan suyo, ridículo y sarcástico a la par.

Oli ha conseguido que me levante de la cama. Me he duchado. Me ha hecho un peinado imposible y aunque ambas sabíamos que lo de menos era el resultado, la tristeza se ha disipado por unos minutos.

Quizá aún haya esperanza, me digo.

Porque ésa es la última que se pierde.

Puede que, en este nuevo laberinto, deba buscar otra salida.

Me pregunto si seré capaz de hacerlo.
Sola. Sin Paco.

El dolor del alma solo se puede recuperar con tiempo y cariño.
Es posible aprender a amar en la distancia que separa la tierra del cielo.

—Han pasado seis meses y aún le espero —le digo a la psicóloga en el despacho—. Apenas duermo. Me despierto por las noches sudorosa, pensando que todo ha sido un sueño. Una pesadilla. Una puta broma de la vida. Entonces me doy cuenta de que no, que es cierto. Que Paco no volverá. Y me vuelvo loca.

—Es normal que te sientas así, Magda. Ha pasado muy poco tiempo y estás sometida a un estrés post-traumático que aún durará unos meses, quizá años, dependiendo de cada persona. Es un proceso que forma parte del duelo —responde tendiéndome la mano—. Escucha, iremos poco a poco, tienes a muchas personas a tu lado que te quieren y que te ayudarán a recorrer este camino. Yo también, no te dejaremos sola.

—No puedes asegurarlo. ¿Acaso podía Paco? Se fue. No tuvimos tiempo de despedirnos. ¿Y si lo que quiero es morirme? Yo también iba en el coche. ¿Por qué él? ¿Por qué no yo? Justo en aquel momento, cuando habíamos decidido volver a empezar. Darnos una nueva oportunidad. ¿Por qué, por qué? —replico con ira apretando los dientes.

—Fue un accidente, Magda. Nada ni nadie podía presagiarlo. Tienes que darte tiempo. El duelo es un camino largo, con muchos altibajos. Y yo estaré a tu lado para ayudarte a seguir adelante, paso a paso. Tienes una gran red de personas que te quieren, Magda. Dime, si hubiese sucedido al revés, ¿cómo te gustaría que estuviera Paco?

—Bien, que estuviera bien—contesto con la emoción anudada a la garganta—, pero eso no me consuela.

—Mira —añade acercándome una libreta y un bolígrafo—, nadie puede ponerse en tu lugar, ni la persona más empática podría entender el dolor que sientes. Pero te aseguro que encontrarás no uno sino muchos motivos para aferrarte a la vida. Quizá no ahora, pero lo harás.

—No puedo, ahora no puedo pensar en eso. Me siento culpable por estar viva.

—El accidente no fue culpa tuya, Magda. No hubo elección. Tienes que dejar de machacarte por eso.

—No sé si seré capaz.

—Lo harás, pero como te he dicho antes, necesitas tiempo y para ello vivirás diferentes fases del duelo. Me gustaría que, cuando te veas con ánimo, le escribas una carta a Paco. Una en la que puedas despedirte. En la que te perdones. En la que describas todo aquello por lo que merece la pena vivir, lo que te ilusiona. Las pequeñas cosas. Cuando la tengas, dímelo.

—De acuerdo, pero no sé cuánto tardaré en hacerlo.

—No hay prisa, entretanto seguiremos con las visitas. ¿Cómo están los niños?

—Eva tiene pesadillas y episodios de mucha ira, sobre todo por las noches. Nil no habla de él. Es como si no hubiese existido.

—¿Qué dice su psicólogo?

—Que es normal y que cada uno está viviendo el duelo de una forma distinta.

—Si me permites, hablaré con él por si podemos hacer una sesión conjunta.

—Gracias. Esto me supera a todos los niveles.

—¿Duermes por las noches?

—Desde que el psiquiatra aumentó la dosis del Lorazepam sí. Antes me ahogaba, aunque sigo con mucha ansiedad.

—Es importante que logres descansar, ya habrá tiempo para ir regulando la medicación. Ahora lo más importante eres tú. ¿Continúas de baja?

—Sí, aunque en la editorial me han propuesto que vuelva...pero a mi ritmo. Que no me presionarán. Y, de hecho, creo que me vendría bien tener una rutina.

—Opino igual. Sin presiones, poco a poco. Ir retomando tu vida con calma.

—Hablaré con el director, y con mi doctora. Necesito tomarme las cosas con mucha calma, en la editorial el ritmo es frenético y ahora no lo podría soportar.

—Habla con tu responsable. De momento, y hasta la próxima visita, céntrate en descansar y rodearte de aquellas personas que te suman. Con las que te apetezca estar. Por otra parte, me gustaría que pudieras ir escribiendo un diario. Digamos que será como tu diario de vida, de sensaciones y, ¿por qué no?, de ilusiones.

—Ilusiones, pero si no tengo ninguna.

—No es necesario que sean grandes ilusiones, sino las pequeñas cosas. ¿Qué sé yo? Estar con tus hijos, despertar a su lado. Compartir tu tiempo con ellos.

—De acuerdo, lo haré. Pero no te prometo un *best-seller* —le digo con ironía.

—Tiempo al tiempo —sonríe la psicóloga.

Cada persona evoluciona a su tiempo, como las flores de los cerezos año tras año. Cada período de floración es distinto. Cada flor es única. Cada amor es irrepetible. Nacemos, morimos y renacemos. La belleza de la vida es efímera. Debemos aprender a amarla presente y dejar que se vaya cuando se marchita.

La primavera ha nacido con Carolina, mi ahijada. Oli y Marcos han insistido en que nadie mejor que yo para elegir su nombre. Su nacimiento ha sido como una inyección de alegría en vena en medio de la tormenta.

Recuerdo la primera vez que la sostuve entre mis brazos.

Fue también la primera vez que sentí un ápice de felicidad.

De vida.

Desde la última visita con la psicóloga he conseguido calmar la ansiedad y marcarme una rutina, muy básica, de tareas a realizar diariamente. La medicación y el paso del tiempo han taponado la herida emocional. Trabajar me va bien para mantener la mente ocupada: he llegado a un acuerdo con Pentagrama para hacer una jornada intensiva. Mamá me visita cada día y se encarga de la ducha y cena de los niños, Vanesa se queda a dormir una vez por semana y papá me ayuda con las cosas de la casa.

Nos hemos convertido en una piña de amor inquebrantable.

Una que no imaginaba que volvería.

Aún así, me queda el dolor de alma.

61.

El dolor, ese que me no me dejaba respirar y con el que casi no podía vivir, ha ido disminuyendo poco a poco. Gracias a mi diario, he encontrado en la escritura una válvula de escape. Tras la primera página, he escrito muchas otras y así hasta completar un diario de vida al que he titulado «Hanami», en honor al periodo de floración de los cerezos.

Es mi ventana de letras. Quizá a una nueva vida que era incapaz de imaginar.

Un espacio intangible que tan solo me pertenece a mí y en el que no solo podía imaginar otra realidad, sino que también me hace feliz.

Felicidad.

¿Acaso es posible sentirla de nuevo?

—La tengo —le digo a la psicóloga antes de tomar asiento en el despacho.

Es la primera vez que me ve sonreír así en meses.

—¿Te refieres... a la carta de despedida? —me pregunta con curiosidad.

—Sí, después de meses, he podido escribirla. Pensaba que no sería capaz de hacerlo, pero lo he hecho. He podido —respondo orgullosa.

—Me alegro mucho, Magda.

—¿Quieres que te la lea?

—No —responde rotunda.

—¿No?

—Es una carta para Paco. Como te dije, me gustaría que escogieras un lugar especial para leérsela en voz alta. Es importante que lo hagas. Que puedas despedirte de él. El ejercicio consiste en escucharte y volver a conectar con tu yo interior. Imagina el escenario. Cómo, dónde y cuándo quieres hacerlo.

—Hay un lugar. Uno en el que llevo pensando desde que empecé a escribir. El Templo Dorado, en Kyoto. Es un lugar especial en el que no solo se dejan ofrendas, sino que también sirve para meditar y encontrar la paz.

—Y dime, ¿por qué este lugar? —preguntó intrigada.

—Quizá pienses que es una locura. Tiene que ver con Hanami, es un término japonés que se refiere a la máxima floración de los cerezos. La vuelta a la vida. He estado investigando sobre esta celebración y todo lo que comporta. Y es allí donde quiero leerle la carta a Paco. Salir del laberinto, iniciar una nueva vida.

—¿Y cuándo te gustaría ir?

—Cuando florezcan los cerezos.

Tras la visita con la psicóloga, he ido caminando hasta casa. Hacía tiempo que no reparaba en los detalles de las calles. Hay cosas que han cambiado y otras no. Como mi vida. Como yo. Siento los nervios anudados a mi estómago, los que se sienten antes de saltar al vacío sin saber si habrá red. Necesito continuar dando pasos.

Avanzar.

No sé qué pasará mañana, ni pasado, si la vida volverá a sacudirme con dureza o si por el contrario viviré en paz.

¿Acaso alguien puede predecir lo que va a suceder?

Pienso en la bruja, en su predicción y en el laberinto en el que se ha convertido mi vida.

Saldré de este, me digo.

La ilusión me araña el corazón, aún tierno de emociones, recomponiéndose poco a poco como un jarrón que tras romperse necesita unir de nuevo sus piezas.

Al llegar a casa, mamá me espera con el semblante serio. Está preocupada.

—¿Dónde estabas? Iba a llamar ya a tu padre y hermana. Olimpia también está intranquila. Me ha dicho que la llames en cuanto vuelvas.

Son mis personas. Mi círculo. Gracias a ellos sigo aquí, me digo.

—Ahora la llamo. Diles a papá y a Vanesa que estoy bien. Hablamos luego.

Voy directa al balcón. Abro la puerta corredera y salgo. Cierro los ojos e inspiro profundamente. Las primeras notas de primavera se cuelan en mi olfato, como si quisieran embriagarme con su frescura.

Ligeras, volátiles, risueñas.

Cojo el móvil y busco en Spotify nuestra canción.

Me coloco los auriculares, le doy al play y Bowie empieza a cantar:

*I, I will be king
And you, you will be queen
Through nothing will drive them away
We can beat them, just for one day
We can be heroes, just for one day*

Sonrío, como si haciéndolo todo volviese a cobrar sentido.

Uno nuevo. El que necesito para seguir caminando.

Para salir del laberinto.

—Me tenías preocupada. ¡No me des estos sustos, tía! —me regaña Oli por teléfono.

—Lo siento, no era mi intención hacerlo. ¿Cómo está mi ahijada? —le pregunto desviando su atención.

—Preciosa, ¿qué te voy a decir yo? Es un *copy-paste* de su padre.

—¿Y qué tal Marcos? ¿Cómo lleva la paternidad?

—Pues la verdad es que mejor de lo que él mismo pensaba. Ahora resulta que es él quien no quiere separarse de Carolina. A ver, que yo tampoco. Tú ya me entiendes, Magda. Pero que no pasa nada si los suegros se quedan un rato con ella, ¿qué se yo? Y hacemos vida de pareja. Ya no recuerdo el último polvo que echamos.

Nos reímos. Oli siempre consigue arrancarme una carcajada, aun cuando no tengo ganas.

—¿Y dónde has estado? A tu madre casi le da algo. Me ha llamado esta tarde asustada: que habías salido de la psicóloga y aún no habías llegado. ¿Qué pasa, Magda? A mí puedes contármelo.

—Nada en particular y todo... a la vez —empiezo.

—Chica, concreta, que no te sigo.

—Últimamente he pensado en lo que me dijo la bruja.

—¡No me digas que sigues con eso...!

—Espera, escucha, que no es eso. ¿Y si la vida fuese un laberinto en sí misma? ¿Y si en cada etapa, circunstancia o experiencia que vivimos tenemos que ingeniárnoslas para encontrar la salida, la solución o el aprendizaje? ¿No sería eso a lo que se refería la bruja?

—Demasiado filosófico para mí, Magda. Tengo a una niña chupando de mi teta ahora mismo.

—Vale, tampoco te pido que lo entiendas. Es solo que... que quizá haya encontrado un nuevo sentido a mi vida. Estaba equivocada: no se trata de encontrar la salida, sino el punto de partida.

—¿Y dónde está el tuyo?

—En Kioto.

Les he convocado a las seis en casa. Mamá, Eva, Nil y Oli han llegado los primeros; han venido directos del colegio. Oli, Marcos, María y la pequeña Carolina han llegado poco después. Papa y Manuela han sido los últimos.

En sus caras puedo leer cierta inquietud.

Intuyen que tengo que contarles algo importante.

—Gracias por venir —comienzo—. Os he reunido porque necesito comunicaros algo. Una decisión importante que he tomado. Antes —prosigo con la voz temblorosa y emocionada— quiero agradeceros el apoyo, cariño y ayuda durante este último año. No ha sido fácil para nadie y sé que tampoco para vosotros. Dicho esto, y después de haber reflexionado mucho, ha llegado el momento de dar un paso. Uno hacia adelante. Necesito dejar descansar al pasado. Despedirme de Paco.

Todos me escuchan atentos. Eva y Nil no se pierden detalle de lo que digo.

Mamá mueve la pierna. Oli traga saliva mientras Marcos la abraza. María sostiene a Carolina. Papá y Manuela se miran cómplices.

—Desde que Paco se fue he intentado encontrar un nuevo sentido a mi vida. La salida. Ahora sé que estaba equivocada. Que obcecarme en cambiar el pasado o entender lo que ha pasado, no me ayudará a avanzar. Porque hay cosas y sucesos que no atienden a la razón. Como la muerte. Como el accidente. Como que Paco ya no esté. He encontrado la manera de que siga viviendo en mí, pero de una manera distinta. En mi recuerdo, latiendo dentro de mí.

Todos me miran y escuchan atentos.

— Y lo que he hallado no es la salida, sino el punto de partida. Y es allí desde donde quiero reiniciar mi vida, una nueva etapa. Para hacerlo, necesito nuevamente vuestra ayuda. Por eso os he reunido hoy aquí. Para pedirlos un último favor y agradecerlos el amor que me dais cada día.

Papá se toca la barbilla, pensativo, y tras unos segundos pregunta:

—¿Y cómo podemos ayudarte, hija?

—Apoyándome, como habéis hecho hasta ahora. Y cuidando de Eva y Nil mientras esté fuera.

—¿Fuera? ¿Dónde? —pregunta enseguida mamá, inquieta.

—Tal y como os he dicho, he encontrado mi punto de partida, pero antes tengo que cerrar una etapa. Despedirme de Paco, dejarle ir. Y quiero hacerlo en un lugar que me transmita paz, que me una espiritualmente con Paco. Un espacio físico y temporal que ver con el renacer: el Templo Dorado de Tokyo. Me gustaría hacer este viaje sola, coincidiendo con la celebración de Sakura, la máxima floración de los cerezos. Despedirme allí de él.

—Cuenta con nosotros —se avanza Oli, emocionada.

Dice un proverbio japonés que el viaje más largo empieza con un primer paso.

Nunca pensé que tendría que darlo sola.

Pero aquí estoy, tal y como decidí.

En el punto de partida de mi nueva vida.

El avión ha aterrizado en Kioto a la hora prevista. He enviado un wasap a Oli, papá y mamá diciéndoles que estoy bien. Se han tranquilizado.

Me duele el estómago y la cabeza es como una bomba de relojería a punto de explotar. La última escala desde el aeropuerto de Schiphol a Osaka ha sido muy larga.

Necesito ir al hotel, dejar la maleta y darme una ducha.

Mañana me espera un día intenso.

Por fin iré al Templo Dorado.

Desde la estación de Kioto, el autobús ha tardado cuarenta minutos hasta la parada de Kinkakujimae. El Paseo del Filósofo se encuentra en el barrio de Higashiyama, un lugar muy tradicional, según he podido leer en la guía que compré sobre Japón. Nishida Kitaro, el profesor que le dio nombre, era un filósofo japonés que daba clases en la universidad. Dicen que aprovechaba el trayecto hasta la universidad para contemplar los cerezos en flor y meditar en silencio, únicamente roto por el suave murmullo del agua procedente del canal de Shishigatani.

El camino que me conduce hasta el Templo Dorado empieza en el templo de Eikan-do, situado en el extremo sur del Paseo del Filósofo. Desde este punto puedo divisar la ladera de la montaña de Higashiyama, un lugar precioso donde los haya.

Hay turistas en todas las épocas del año, pero ahora, coincidiendo con la primavera y la fiesta de Hanami, está mucho más concurrido.

Mientras camino, sostengo la carta que le he escrito a Paco.

Por unas décimas de segundo siento miedo.

¿Qué me ha traído hasta aquí?, me pregunto.

Aprieto fuerte la carta en mi mano y continúo caminando.

Según avanzo, observo a los turistas que aprovechan para hacer un descanso y tomar algo en una cafetería o bien comprar un recuerdo de su viaje en alguna de las tiendecitas que hay.

No me detengo. Aligero el paso.

Según la guía, entre un punto y otro del sendero hay treinta minutos exactos.

Busco mi punto de partida.

El cielo está pintado de alegría y los cerezos se alzan majestuosos cubriendo el paisaje de un blanco impoluto y rosa palo.

Por fin he llegado al Templo Dorado.

La emoción me araña las entrañas y por un momento siento vértigo.

El templo es uno de los edificios más hermosos que he visto jamás. Sus paredes, doradas y relucientes, están recubiertas de oro. Antiguamente estaba concebido como una villa de descanso, pero después se convirtió en un templo zen.

La entrada al templo me ha costado cuatrocientos yenes. Según he podido leer, tienes que conservarla porque trae suerte.

La guardo en mi bolsillo.

Tan solo acceder, hay un estanque de agua que representa el budismo japonés con piedras e islas y pinos.

El paisaje no puede ser más bonito.

Emana calma.

Un lugar sagrado que no olvidaré jamás.

Me pierdo en el jardín, diseñado con sutil delicadeza y buen gusto.

Está lleno de cerezos. Flores blancas que decoran sus ramas.

Me alejo del camino y me siento bajo uno de los cerezos. Me recuesto en él, como si su corteza fuese mi sustento.

Cojo aire y lleno los pulmones de la paz que me transmite este lugar.

Desdablo la carta, arrugada entre mis manos. Abro el sobre donde la he guardado y leo:

Amor mío:

Dicen que el amor se transforma y yo creo es posible sentirlo. En cada paso, en cada suspiro, en cada latido. Te siento conmigo. Estoy segura de que te encantaría este sitio. Recostada en un cerezo, te leo, te siento, como la vida que cambia de ciclo.

Ahora necesito dejarte ir. Decirte hasta luego.

Sellar nuestro amor eterno, para que perdure en el tiempo.

Infinito e intangible.

He vuelto a la vida, al punto de partida, como la flor de los cerezos, que nace y muere cada primavera.

Que renace y evoluciona.

Que no se marchita.

Como nuestro amor, que seguirá vivo en mi corazón.

Por siempre, latiendo en mi interior.

Cada día, el resto de mi vida.

Te quiero.

Fin.